

¡TIERRA TRÁGAME!

Una novela de

*Martina
Minkoff*



¡Tierra trágame!

Martina

Minkoff

©2015. Martina Minkoff.

Todos los derechos reservados.

Tabla de contenido

Adiós cubos estelares.

Una Audrey Hepburn de pacotilla.

Y yo con este moño.

Borregos.

La tortilla se da la vuelta.

La noche de los horrores.

¡Yo no he sido!

Me quiere, no me quiere...

Con las manos en la masa.

Dulce Navidad.

Sobre la autora

Adiós cubos estelares.

Monedero. Pintalabios. Rímel. Kleenex. Peine. Espejito. Mi boli de la suerte. Pastillas de menta. Móvil. Y las llaves. Listo. Cerré el bolso y me miré por enésima vez en el espejo de la entrada para insuflarme ánimos y comprobar que estaba impecable. Y la verdad es que lo estaba. Ni mi madre se lo hubiera creído al verme de tal facha: un severo moño al que había aplicado lo menos un bote de laca, un modesto collarcito de perlas (falsas), una blusa

vaporosa color champán (Isa hubiera dicho que era simplemente amarillenta), falda clásica azul marino justo por encima de la rodilla, y por último y para contrarrestar el aspecto de señorita Rottermeier que me daba todo el conjunto, unos alegres taconazos de 10 centímetros y del color de moda de la temporada: coral (Isa hubiera dicho que eran simplemente rosas). Todo nuevo y con pinta de caro, aunque nada lo era. Se trataba del resultado de una exhaustiva tarde de compras en el Zara y los cajones de liquidaciones del Corte Inglés. El bolso donde acababa de meter mis pertenencias lo había encontrado en la tienda de los chinos de debajo de mi casa, y daba el pego total: según Richi,

que entiende mucho de diseñadores (aunque, como yo, no haya visto un Manolo Blahnik más que en las reposiciones de *Sexo en la ciudad*), imitaba a la perfección el estilo de los Ferragamo. Eso, claro, si no leías la etiqueta “Made in Taiwan” en el bolsillo interior. En definitiva y para qué negarlo, estaba hecha una impostora, un fraude total. Bajo aquella fachada de ropa impecable pero más falsa que un billete de tres euros se escondía la misma que hasta hace dos días servía cafés en el Starbucks. Suspiré frente al espejo y sacudí la cabeza para disipar aquellos pensamientos tan negativos. Resultado: un mechón fugitivo se me soltó del moño. Regresé sobre mis

pasos hasta el baño para recoger unas cuantas horquillas de repuesto: la ensaimada aquella que llevaba en el cogote iba a necesitar más soporte y estructura de apuntalamiento que la Sagrada Familia.

Era mi primer día de trabajo y no podía llegar tarde. Pero una de las ventajas de aquel nuevo puesto era lo cerca que quedaba de mi casa, tramo que podía cubrir fácilmente caminando. Aunque lo de “fácilmente”, con aquellos tacones tan monos y tan rematadamente incómodos, estaba por verse. El Starbucks también me quedaba cerca. Era esa una de las pocas ventajas de aquel puesto, que gracias a dios quedaba

ya enterrado junto a muchos esqueletos más en el pasado de mi existencia. Al Starbucks iba en bici, cosa que me podía permitir ya que la política de la empresa dejaba a sus empleados ir en zapatillas y vaqueros si así lo deseaban. O con atuendos más... más... “originales”, por decir algo: sin ir más lejos ahí estaba Richi, uno de mis mejores amigos y compañero de desgracias en el Starbucks, que parecía un queso Gruyere de la de piercings que llevaba en la cara, y en otras partes de su anatomía, que ahora mismo prefiero no imaginar. Yo los vaqueros viejos y las Converse gastadas las ocultaba con facilidad con el delantal (que además, me iba enorme) y tras el mostrador que nunca

abandonaba, y lo mismo con el pelo: confieso con cierta vergüenza que en los días del Starbucks mi melena veía el champú con la misma frecuencia que pasa el cometa Halley. Total, la gorra aquella que nos encasquetábamos lo mismo podría haber ocultado una cresta verde que una alopecia galopante, y nadie se hubiera dado cuenta. Ahora que lo pensaba, la “libertad de expresión corporal” (o sea, la licencia para ir hechos unos espantajos) en la política de empresa era otra ventaja más de trabajar en el Starbucks, junto, como ya he señalado, que me quedaba a un tiro de piedra de mi piso. Y a eso había que sumar que allí trabajaba Richi y con mi mismo horario, lo cual hacía la jornada

muy llevadera: Richi es la persona más positiva y alegre que conozco, así tenga que servir trescientos *lattes* con leche de soja al día.

“Cubos estelares” era el nombre que le dábamos al Starbucks, por nuestra manía de traducirlo cualquier nombre anglosajón, porque sí y porque nos hacía más gracia. No olvidemos además que Isa y yo habíamos hecho hispánicas y por tanto tirábamos hacia lo castizo y defendíamos a capa y espada la lengua de Cervantes ante la invasión abrumadora de anglicismos siempre que había ocasión. Así, a Tom Cruise le llamábamos Tomás Crucero, a Michael J. Fox, Miguel J. Zorro, al Windows,

Ventanas, y en fin, así con todo.

El caso es que no había puesto aún un pie en la nueva agencia y ya echaba de menos mi trabajo anterior. Pues sí que estábamos bien. Intentando emular el espíritu optimista de Richi, me centré en el maravilloso universo de oportunidades que este nuevo puesto iba a abrir ante mí. Yo, trabajando como flamante redactora en una agencia publicitaria. Y todo se lo debía a Isa, no sé qué hubiera hecho sin ella (bueno, sí lo sé: seguir sirviendo macchiatos hasta llegar a ser una octogenaria con zapatillas Converse tras el mostrador de un Starbucks).

Isa es mi mejor amiga: nos

conocemos desde parvulitos, ahí es nada. Fuimos al colegio juntas, al instituto juntas, y a la universidad juntas. Las dos estudiamos filología hispánica, carrera inútil donde las haya, ya que a mí, como ha quedado claro, me había servido para acabar viéndomelas a diario con la máquina del expreso, por mucho que pudiera recitar “La vida es sueño” de Calderón mientras silbaba el pitorro de la leche y nadie podía oírme. A Isa, que era mejor estudiante que yo, tampoco le había ido mejor, y ante la perspectiva de ponerse a limpiar escaleras con su madre (que es un oficio muy digno, ojo, el problema es que Isa no aguanta a su madre), decidió encerrarse a cal y canto a prepararse

unas oposiciones. Hacía ya semanas que no la veía y aún no había podido agradecerle en persona lo del puesto. Antes de desaparecer engullida por montañas de apuntes y tochos de temarios, Isa había hecho un trabajillo como traductora *freelance*, o sea, independiente, en Whittaker & Phillips, una ultramoderna agencia de publicidad de la que no decía más que maravillas: que si el ambiente era guay, que si la decoración era la pera, que si los empleados cobraban un huevo, que si los incentivos eran la hostia, etc. etc. (todo esto, que quede claro, son palabras textuales de Isa, que por mucha carrera de filología que tenga también tiene la lengua más suelta que un

camionero). El caso es que a Isa se le acabó el proyecto y el chollo, y haciendo gala de un espíritu sacrificado (o masoquista) se puso con las *opos*, no si antes comentarme que en Whittaker & Phillips andaban buscando un redactor en el departamento creativo. Yo, según Isa que me quiere mucho, daba la talla.

Llevo escribiendo cuentos desde el Pleistoceno, es verdad, pero dudaba yo de que la calidad literaria de estos me ayudara para aterrizar en un puesto como el que me describía mi amiga. Mis cuentecillos, si bien no me iban a ganar un Pulitzer, servían para echarnos unas risas los sábados por la tarde en mi casa antes de salir de marcha. Metíamos unas

pizzas en el horno, sacábamos unas cervezas, nos acomodábamos en el sofá o por el suelo y Richi me pedía el “material” nuevo de la semana para leerlo en voz alta, pues era el que le echaba más gracia y el que mejor pronunciaba, y eso que un piercing le atraviesa la lengua y un aro le cuelga del labio inferior. Bien mirado tenía más mérito él recitando que yo redactando.

En fin, mis amigos recibían cada sábado mis historias con regocijo (no es que los sobornara yo a base de cervezas para que escucharan, de verdad) y me animaban siempre a que me tomara lo de escribir más en serio. Pero claro, ¿qué iba a hacer yo? ¿Mandar mis

manuscritos a Planeta o Alfaguara y convertirme en el hazmerreír de la empresa editorial con mis historias de medio pelo? No, gracias. ¿Encerrarme a lo García Márquez con *Cien años de soledad* (o sin ir más lejos, como Isa con los temarios) hasta sacar a base de sudor y lágrimas la obra cumbre que me rescatara del anonimato, del oprobio y de paso de la pobreza? Tampoco me atraía la idea. Yo soy de las que si se tiran dos días sin pisar la calle se deprime, se derrumba y tiene la certeza que de ahí a morir sola, en bata y rodeada de gatos, hay solo un insignificante paso. El caso es que seguía como siempre, o sea, con mi puesto de barista (una palabra muy snob

para dar a entender que era camarera de las de toda la vida), escribiendo en mis ratos libres y compartiendo el resultado con la pandilla, que modestia aparte y aunque quede mal decirlo, quedaba encantada con el resultado. Nuestro particular club de lectura distaba mucho de la imagen prototípica que uno pueda hacerse (amas de casa amargadillas compartiendo té y suspirando por las aventuras pseudo eróticas de la protagonista de la novela de turno): aquella tarde sin ir más lejos, cuando Isa sacó a colación lo de Whittaker & Phillips, Richi se acababa de atragantar de la risa en un fragmento de mi cuento y le salía la cerveza por la nariz, el Locomías (de quien ya hablaré en su

momento) estaba aprovechando el paréntesis para fumarse un porro en el balcón, y la Sole (última integrante de nuestro selecto círculo) andaba en la cocina buscando otra bolsa de patatas fritas.

-Mariola, tía, deberías pedir el puesto, por intentarlo no pasa nada - insistía Isa por enésima vez.

-Di que sí, tía, que escribes dabuten -este era el Locomías, que a pesar de andar en el balcón y con el porro, daba muestra de una envidiable habilidad de coordinación o *multitasking*. Isa volvió a la carga:

-Mira, hacemos esto: me imprimes tu currículum y me das unas cuantas

muestras de tus cuentos, y yo el lunes los llevo a la agencia. Es mi última semana allí y luego ya no vuelvo: lo tomas o lo dejas.

Y a regañadientes, lo tomé. No sé si fueron las cervezas que ya me había metido entre pecho y espada y me habían insuflado ánimos, o las palabras reconfortantes del Locomías (quien calificaba mi literatura con epítetos tan valiosos como “molona”, “chachi”, o “pa cagarse”), o la reacción ante la lectura de Richi, que invariablemente acababa muerto de risa, o de la Sole, quien víctima de la tensión y el intríngulis del argumento se acababa comiendo ella sola mis existencias de

patatas y ganchitos. Y no olvidemos los argumentos esgrimidos por Isa, quien por otro lado era la que más sentido común tenía del grupo, o de hecho la única que lo tenía. Me aseguró y requete aseguró que el puesto de redactora que buscaban llenar no requería experiencia, pero sí buena actitud, motivación, predisposición al trabajo en equipo, y sobre todo un uso impecable de la ortografía y la gramática, cosa que, gentileza de la ESO y de un sistema educativo permisivo y deficiente, parecía ser más difícil de encontrar que un trébol de cuatro hojas en el desierto de Atacama. Total, que me dejé engatusar y antes de salir todos de marcha como un sábado cualquiera le

confié a Isa una carpeta con lo que me había pedido. En cuanto pisamos el primer antro me desentendí de todo aquello: recuerdo que sonaban los Celtas Cortos, todo un clásico, y cuando oigo a los Celtas Cortos me pongo lela.

Cuando a los pocos días recibí una llamada del departamento de recursos humanos de Whittaker& Phillips casi me caigo de culo y me quemo con el pitorro de la leche que en aquel momento andaba manipulando. El Starbucks estaba hasta los topes y le tuve que pedir a Richi que se hiciera él cargo solito mientras atendía al móvil en la trastienda. A pesar del ruido, que una cortinilla de lienzo no conseguía atenuar,

me llegó claro el mensaje de la directora de recursos humanos, una mujer súper simpática, súper eficiente, y a la que sin saber por qué le atribuí desde mi lado de la línea telefónica una imagen súper maquillada y súper convencional: a los del equipo creativo de Whittaker& Phillips les habían encantado mis cuentos y a pesar de mi falta de experiencia en la industria de la publicidad, habían decidido contratarme. No necesitaba pasar por una entrevista previa: el puesto era mío, si bien se trataba de algo provisional. Tras un periodo a prueba, de ser este exitoso, se llegaría a la resolución de contratarme de manera fija, con un sueldo anual que ahora y aquí me da

reparo repetirlo. Solo diré que la mención de la cifra en boca de la súper directora de recursos humanos hizo que me temblaran las rodillas y cayera de culo, ahora sí, sobre una caja atestada de vasos de papel. Lo tomaba o lo dejaba. Otra vez en esa disyuntiva. Pero me fue muy fácil decidirme, o fue el numerito de marras más bien el que decidió por mí. Con ese número mágico en mente, ese sueldazo que jamás me iba a sacar en el Starbucks aunque sirviera lattes a una legión napoleónica a diario, acepté, claro que acepté. Me despedí de mi interlocutora con la promesa de estar puntual en las oficinas de Whittaker & Phillips de ahí a una semana y corrí al mostrador, donde Richi estaba

agobiadísimo preparando un chai grande con mitad de leche de soja y mitad semidesnatada a una niña pija que le miraba asqueada los piercings y los tatuajes. Le solté la noticia de sopetón y nos pusimos dar brincos como posesos, dejando a la pija y a su chai con un palmo de narices.

De esa guisa nos encontró Miguel, o Miguelón, el gerente del Starbucks, y no me quedó otra que armarme de valor, llevarlo a la trastienda y darle también la noticia: dejaba el trabajo por una oportunidad nueva. Me guardé de decir “mejor” y por supuesto de mencionarle mi futuro sueldo, que tampoco era cuestión de refrotarle en la narices que

iba a ganar más que él. Miguel, a quien llamábamos Miguelón cuando no había clientes a la vista, era un buen tipo y a todos nos caía bien. Miguelón reaccionó como me lo esperaba: me dio un abrazo de oso (el sufijo en su nombre no era en vano) y me dijo henchido de orgullo “esa es mi niña”. Casi se me cae la lagrimita. A pesar de la hora punta de la mañana y de que el Starbucks estaba atestado, nos sacó a Richi y a mí al patio posterior (donde los empleados salían a fumar en los descansos sin más testigos que el contenedor de basura y algún gato despistado) y nos ofreció uno de sus Marlboros, “para celebrarlo”. Por si esto fuera poco, sacó de la trastienda una botella de champán que había

quedado del último cumpleaños y la descorchamos al grito de alegría, alegría, procediendo a beber a morro, y es que ninguno de nosotros éramos muy sibarita. Eso sí, Miguelón seguía siendo el gerente y como tal debía dárseles de responsable, y no olvidemos que el reloj no marcaba ni las nueve de la mañana. Así que nos tuvimos que conformar con un sorbito y un par de caladas más, y regresemos como si tal a nuestros puestos. A pesar de lo breve, había sido un detallazo por parte de Miguelón. Superándose a sí mismo, el que hasta ese día había sido mi jefe fue más allá de los cigarros y el champán: me dijo que tras mi jornada diaria no hacía falta que volviera. Él se encargaba, no

obstante, de que recibiera mi paga íntegra de la semana. Podía tomarme lo que quedaba de esta para prepararme para mi nuevo puesto, o para ir de compras y hacerme con un atuendo más apropiado, cosa que dijo acompañando sus palabras de una mirada de arriba abajo hacia mi persona que lo decía todo.

Seguro que en Whittaker& Phillips no iba a tener un jefe como Miguelón. Ni compañeros como Richi. ¿Y si me estaba equivocando con mi decisión? Ni todos los sueldos del mundo podían pagar la camaradería y los buenos momentos que compartíamos en aquel lugar, por lo demás anodino e

insustancial. Y había otros alicientes en los cubos estelares, o bueno, quizá solo uno más, pero qué aliciente, madre mía qué aliciente: me refiero al buenorro. “El buenorro”, a falta de otro apodo mejor (simple, sí, chabacano, también, pero sobre todo gráfico y descriptivo), era el nombre con el que Richi y yo habíamos bautizado a un cliente habitual que llegaba todos los días a las 9:25 de la mañana y pedía religiosamente siempre lo mismo: un caramelo macchiato doble con leche entera. El buenorro pagaba su consumición y sin mirarnos ni a Richi ni a mí se alejaba caminando calle abajo envuelto en una bruma de misterio y dejándonos a los dos suspirando y con un palmo de narices.

Richi y yo hacíamos apuestas a a ver qué llevaría el buenorro puesto esa mañana (y es que el buenorro, sin ir pijo, vestía muy bien: a Richi le volvían loco unos pantalones más justitos de la cuenta que se ponía en contadas ocasiones, y a mí me fascinaba verlo con una chaqueta vieja de pana que usaba en los días fresquitos), y nos picábamos para ser quien le atendiera en cuanto llegaba al mostrador. Pero era todo en vano. Por mucho que desplegara ante él la mejor de mis sonrisas, por mucha caída de pestañas previamente ensayada ante el espejo (vale, lo reconozco con vergüenza, y qué), y por mucho mimo y esmero que pusiera en los malditos macchiatos, que me salían

que ni a Ferrán Adriá, el buenorro no se había dignado siquiera a mirarme a la cara en el año y pico que llevaba yo tras el mostrador. No creíamos que fuera gay (al menos eso hubiera sido un consuelo), o eso aseguraba Richi, que decía que por mucho que a él le pesara, el buenorro “no entendía”. La que no entendía era yo. ¿Qué le hubiera costado al buenorro darme las merecidas gracias, o dedicarme un atisbo de sonrisa, que seguro que era preciosa aunque esto por desgracia quedaba relegado al dominio de mi imaginación? Bah. Deberíamos cambiarle el nombre y en vez de buenorro llamarlo no sé, “el borde”, “el pasota” o “el ahí te den”. Claro que quizá me estaba pasando un

pelo: ¿quién me decía a mí que la actitud fría del buenorro no se debía a un terrible desengaño o a una situación vital difícil y dolorosa? Quizá su anegada madre andaba en el hospital y él se partía el lomo en un trabajo mal remunerado para pagarle las facturas. Igual a él mismo le habían pronosticado una enfermedad incurable y le quedaba un mes de vida. O su novia lo había dejado por su mejor amigo, el mismo que le había robado los planes de la empresa y ahora se paseaba en yate por Marbella. Igual su gato se había suicidado. O igual simplemente tenía almorranas. Yo qué sé.

Pero volviendo a donde estábamos,

me convencí de que en Whittaker & Phillips echaría de menos la visión diaria del buenorro, quien por cierto, ese día todavía no había atravesado la puerta de los cubos estelares. Miré la hora en el móvil: las 9:30. Qué raro. ¿Y si había entrado justo cuando andábamos todos en el callejón, y ese día se había tenido que largarse sin su macchiato? Lo que le faltaba al pobre, con lo que llevaba encima: la madre, el gato, la novia... vale, vale, eso eran solo imaginaciones mías. El caso es que el buenorro o no llegaba, o peor, ya se había ido, y recordé entonces con horror que aquel era mi último día en los cubos estelares y por tanto aquella mi última oportunidad de regalarme los ojos con

su apolínea visión. ¡Nooooooo!. Me dio un ataque de pánico y compartí mis peores temores con Richi, que despachaba en ese momento un chocolate y casi se achicharra por mi culpa.

-Tranqui, Mariola, no te me pongas histérica. Mira tú, hablando del rey de Roma...

Dejó la frasecita en el aire y el chocolate en el mostrador, y yo me volví hacia la puerta siguiendo con la mirada la de Richi, que ya se estaba atusando el delantal, el muy ruin. En efecto, el buenorro se dirigía con paso decidido y apresurado hacia el mostrador. Pues eso era todo, me dije para mis adentros con

gran alivio: simplemente se le había hecho tarde. Richi, que por muy amigo que sea también puede ser muy ladino, hizo un ademán para adelantarse y ser él quien atendiera al buenorro. Ah, eso sí que no. No en mi último día, mi última oportunidad. Cuando Richi se puso a mi vera le metí tal pisotón con mis Converse que no le quedó otra que quedarse allí plantado y lanzándome improperios por lo bajini. Me desentendí de los “bruja” y “so zorra” que me llegaban a mis espaldas mezclados con gemiditos lastimeros y me centré en el buenorro, que ya estaba esperando en el mostrador. Ah, qué bombonazo. Estaba más guapo que nunca, si es que era posible rebasar el

grado máximo de guapura y buena planta del que él era el máximo estandarte. Se había dejado una barbita de dos días que le daba un aire más bohemio, y las leves ojeras que rodeaban sus ojos azules, lejos de afearlo, le aportaban un aire distante y misterioso. Ahh, seguro que ha pasado la noche en vela, atormentado y escribiendo poemas de amor, me dije. O no. Lo mismo había tenido dolor de barriga por darse un atracón de fabada la noche anterior. No tenía tiempo para andar haciendo conjeturas: antes de que el buenorro abriera sus irresistibles labios para pedir, me adelanté a sus deseos: “un caramel macchiato doble con leche entera, ¿no?”, le solté con la voz más sensual que pude poner. Pero ni

con estas el buenorro se dejaba impresionar. Con aire ausente asintió y se llevó la mano a la cartera para pagar su consumición. Comencé a manejar la máquina de expreso presa de una terrible agitación: sí, aquella era la última vez que lo veía. Recalco: que lo veía yo a él, ya que él en año y pico me veía todos los días sin verme, esto es, sin reparar en mi insignificantísima persona. Aquella era la última vez, me repetí por enésima vez. La última oportunidad de hacer algo, lo que fuera, una locura. Ahora o nunca. Otra vez: lo tomaba o lo dejaba. Y claro, lo tomé. No sé qué extraño ente se apoderó de mí, ni qué resortes se movieron en mi interior para lograr me hacer lo que hice a

continuación.

Antes de proseguir debo aclarar una cosa: puedo estar un poco colgada y ser un pelín irresponsable, lo reconozco, pero a la vez soy más tímida que un caracol tuerto y nunca, jamás de los jamases, llevo la iniciativa en cuestiones amorosas (así me iba como me iba). No había aprendido nada de Isa y Sole, que no se cortaban un pelo para acercarse a los tipos que les gustaban ya estuvieran en un bar, en el metro o en la misa del gallo. Yo jamás de los jamases le había pedido salir a un chico, ¡vade retro!, ni siquiera me había aproximado a alguien del sexo contrario para hacerle una propuesta, deshonesto u honestísima,

daba igual.

Por eso resultaba del todo inexplicable que así sin más hiciera lo que aquí describo: tomé uno de los rotuladores que usábamos para escribir los nombres de los clientes en sus vasos correspondientes y no liarnos con los pedidos (caso que, mala pata, nunca se había dado con el buenorro, de ahí que siguiéramos tirando del apodo pues su nombre real seguía siendo una incógnita) y sin pensármelo dos veces escribí mi nombre y mi número de teléfono con primorosa caligrafía en el vaso del macchiato. Richi, que aún andaba frotándose el pie magullado, no se perdió detalle de mis movimientos, pero

la impresión y la sorpresa debieron ser tan gordas que no pudo ni reaccionar. Fue, me imagino, como asistir impotente a la llegada de un tsunami que descarga toda su furia sobre la costa, la misma costa en la que unos minutos atrás uno se tomaba un daiquiri plácidamente y sin preocupaciones. Yo, como también dicen que pasa en las situaciones catastróficas y devastadoras, lo recuerdo todo como a cámara lenta: el trazo de rotulador deslizándose sobre la superficie de cartón, mi mano tendiéndole el vaso al buenorro, su masculina mano recibiendo, su otra no menos masculina mano depositando el cambio justo sobre el mostrador, el *clin clin* de las monedas, y por último un

“graaaaciiiiiaaaaaas”, así, distorsionado y a ralenti, saliendo de su tentadora y jugosa boca, que ya se giraba junto con el despampanante cuerpo al que pertenecía, que a su vez cruzaba ya la puerta, y que ya nunca volvería a ver. O sí: como que le acababa de dar al buenorro mi número. Salí de mi marasmo y el universo a mi alrededor recuperó su ritmo vertiginoso de siempre. ¿Pero qué había hecho? Ay Dios, ¿pero qué había hecho?!, grité ahora con desesperación sacudiendo a Richi por los hombros, que aún seguía malherido (en el pie y en el orgullo) por el pisotón que le había propinado.

-Ay Richi, ¿pero cómo me has

dejado hacer esto? ¡Me muero de vergüenza! ¡Me muueeeero!” -Me acuclillé bajo el mostrador y me cubrí el rostro con las manos, en una actitud, lo reconozco, un pelín dramática.

-Bah, nena, no te pases que no es el fin del mundo -Richi a todo conseguía quitarle importancia. Aún así le debí dar pena al chico, pese al pie magullado, y se agachó a mi altura. Me sacudió ligeramente de los hombros para infundirme ánimo:

-Además, igual te llama, ¿no? -dijo a modo de consuelo, pero nada, yo seguía sumida en la infamia.

¿Qué estaría haciendo el buenorro ahora? ¿Habría visto ya mi número?

Puede. ¿Se habría terminado el macchiato y habría tirado el vaso a la papelera más cercana sin verlo? Ojalá. ¿Se estaría desternillando de risa por mi gesto infantil? Era lo más probable ¿Se habría quedado de piedra por mi atrevimiento? También podía ser ¿Consideraría la remota opción de llamarme? Imposible. ¿Pensaría que estaba loca? Ahí acertaría. Y lo peor no era eso. Lo peor era la incertidumbre que iba a seguir al acto demencial de haberle dado mi número. ¿Qué pasaría a partir de ahora? ¿Me llamaría o no me llamaría? ¿Me llamaría o no me llamaría? ¿Me llamaría o... Nada, que aquello tenía trazos de convertirse en el eterno deshoje de la margarita. Estaba

claro que lo más nefasto iba a ser convivir con tal aluvión de preguntas rondándome a todas horas la cabecita.

Richi, a quien el lado tierno y comprensivo le duraba menos que una tarta a la puerta de un colegio, parecía haber llegado ya a una resolución:

-Y si no te llama te lo mereces, so perra, mira que ir por ahí dando pisotones de elefante. Mira que era rencorosillo; ya sabía yo que lo del pisotón le había sentado fatal.

-¿Qué llevabas, las Dr. Marteens?

No estaba yo para ironías, así que le contesté con la más inocente verdad, con lo que al menos conseguí cambiar de tema:

-No, si llevo las Converse de siempre, que son blanditas... -Solo conseguí que Richi pusiera los ojos en blanco y me diera por imposible.

“A lo hecho, pecho”, me dije saliendo de mi escondite y enfrentándome a la realidad de los clientes y los pedidos. Qué pena que yo de esto último ande un poco escasa, aunque eso no viene al caso ahora, y en fin, que no se me ocurría otro dicho del que echar mano. Volviendo una vez más a la pregunta clave, la de si me llamaría o no me llamaría, fuera como fuera, y para bien o para mal, pronto saldríamos de dudas.

Una Audrey Hepburn de pacotilla.

A las tres, cuando salí de los cubos estelares, llamé por fin a Isa para darle la noticia. Quiero decir lo del nuevo trabajo, no lo de mi vergonzoso numerito con el buenorro. Esto me lo guardé para otra ocasión, al menos hasta que se me pasara el soponcio, cosa que calculaba, se demoraría aún unas cuantas décadas. Aquella noche íbamos a salir todos a tomar unas tapas para celebrarlo. Pero Isa, que se estaba

tomando lo de las oposiciones como una cruzada personal, no pensaba dejar la montaña de apuntes y libros con las que se había dilapidado voluntariamente. Así que me dio una rotunda negativa. Tenía planeado estudiarse un tema a la semana, cosa tan suicida como imposible, al menos a mi parecer, pero ella estaba decidida cual kamikaze lanzándose en picado desde las alturas. No dejaba de asombrarme lo sacrificada, lo abnegada que era mi amiga, encerrada como monja de clausura mientras los demás, para variar, andábamos de picos pardos. Habría que hacerle un monumento. Más que nada por tener algo a la vista que nos recordara su existencia, porque ya

me podía despedir de la Isa de carne y hueso por una larga temporada.

Cuando llegué a la plaza del Martirio (un nombrecito muy apropiado para mi situación tras el fiasco con el buenorro) ya estaban todos en torno a una mesa de terraza repleta de tapas y jarras de cerveza: Richi -esperaba que se le hubiera pasado el mosqueo por lo del pistón-, el Locomías y Sole. También se había apuntado Miguelón, que salía con nosotros en contadas ocasiones ya que además de sacarnos unos cuantos años nos rebasaba con creces en lo que que a responsabilidad y seriedad se refiere: tenía mujer y un bebé de meses, razones por las que

sabíamos de antemano que sería el primero en dejar la reunión apenas menguaran las cervezas. Brindamos por lo de mi trabajo, por las oposiciones de Isa, por los cubos estelares, por la obra de Sole (luego hablaré de eso) y por cualquier otra tontería que se nos ocurriera sobre la marcha. Cuando la conversación decayó, al muy bocazas de Richi le faltó tiempo para contar mi “incidente del macchiato”, como quedó bautizado el episodio de esa mañana y como pasaría a partir de entonces a formar parte de los anales de la historia. Los allí reunidos comenzaron a hacer cábalas y conjeturas como si yo no estuviera presente. Richi dudaba de que el buenorro me llamara. Hablaba desde

el conocimiento: él había estado presente todas y cada una de las mañanas en las que el buenorro había entrado en el los cubos estelares y constataba que jamás se había percatado de mi existencia. Sole, que en el fondo era una romántica, me daba un voto de confianza. Además estaba encantada con toda la historia y se frotaba las manos de pura ilusión, haciendo tintinear las múltiples pulseritas de hojalata que eran parte intrínseca de su atuendo. El Locomías cambiaba de opinión cada cinco minutos, lo cual por otra parte era lo normal en él. Era más mudable que una veleta. La voz de la razón provenía como siempre de Miguelón, que solo se expresó con un categórico “el tiempo lo

dirá” que parecía decirlo todo. Menos mal que el temita no dio para mucho: el pitorreo a mis expensas mermó a la par que las papas bravas, los champiñones al ajillo, los montaditos y las múltiples cervezas, así que decidimos abandonar la plaza y acercarnos a algún otro bar con más marcha por la misma zona. Todos menos Miguelón, que se alejó cabizbajo y a mi parecer un tanto bamboleante camino a la estación de metro.

Era lunes y los bares estaban prácticamente vacíos. Pero ni una cosa ni la otra habían sido jamás impedimento para que los miembros de la pandilla (con la excepción de Santa

Isa) nos aventuráramos con una noche de marcha. Entramos dándonos empujones a un bar que escupía música trance desde el interior, bueno, el único que empujaba era Richi, que se volvía loco con el trance, o el techno, o el dance, o el chill-out, la verdad es que no lo tengo muy claro porque a mí todo me suena al mismo chunta-chunta y nunca me he molestado en aprender las diferencias. Cada vez que lo pensaba me parecía imposible que un grupo tan heterogéneo como el nuestro hubiera llegado a estar tan unido. Si Richi hubiera vendido a su madre por que el DJ pinchara uno de aquellos diabólicos temas, a Sole le pasaba lo mismo con cualquier cosa que despidiera un tufillo folklórico. A ella lo

que le va es el flamenco pop, aunque tampoco le hace ascos a los clásicos, o a lo que ella denomina “clásicos”, término que abarca desde Manolo Escobar hasta Azúcar Moreno, pasando por los Chunguitos o las Grecas, ahí es nada. Claro que también le tiran, aunque no lo reconozca abiertamente, algunas finuras del otro lado del Atlántico: sabíamos que escuchaba a Kate Perry, y una vez hasta le descubrimos en el iTunes algunos temas de Britney Spears, lo cual nos dio motivo de burla durante un mes largo, y aún se lo seguimos recordando de vez en cuando. El Locomías es otro cantar, y nunca mejor dicho. Él es feliz con cualquier cosa que tenga una tonadilla y sea

pegadiza (creo que porque tiene problemas de memoria y si algo no es lo suficientemente machacón, jamás llega a retenerlo). Por eso su punto fuerte son las canciones de verano: se las sabe todas y hasta es capaz de ordenarlas cronológicamente. A Raffaella Carrá la llama “Santa Rafaela”, y es escuchar el famoso “Rumba Samba Mambo” de Locomía que le falta tiempo para subirse a la barra y ponerse a agitar como un poseso los imaginarios abanicos. De ahí el misterio de su apodo. Isa y yo, por otro lado, tenemos gustos más afinas, quizá por habernos criado juntas. A las dos, por ejemplo, nos gusta la música celta. Y en realidad creo que ahí acaban las afinidades, ahora que lo pienso. Ella

amplió sus horizontes musicales hacia terrenos más... más étnicos, por decirlo de alguna manera. Hace tiempo nos compró en el Starbucks la colección completa de “Música del mundo” que vendíamos allí mismo, y que abarcaba desde sitares indios hasta tambores africanos, pasando por ukeleles hawaianos o flautas peruanas. A mí con esto me pasa como con la música del Richi: todo me suena igual. Aunque quizá me precipite en mi juicio, y es que nunca he escuchado uno de los Cds enteros: más o menos por el segundo tema visualizo un ascensor imaginario que sube y sube eternamente con la melodía del Cd como música ambiental, y me entra tal soporcillo que me quedo

frita al instante. A mí también me va lo clásico, pero a diferencia de Sole, lo clásico de verdad: los Rolling, Led Zepellin, los Ramones, The Cure, y en fin, que es rebasar la frontera del 80 y pico en lo que a música se refiere y cualquier panorama me parece estéril e insulso.

Lo de los gustos musicales es solo un ejemplo de cuán dispares son los miembros de nuestro selecto grupo. Podría seguir describiendo otras facetas de nuestra personalidad y pasaría lo mismo: parecemos un conjunto de calcetines dispares, cada uno de un color y una talla, y todos desparejados. Además de verdad, ya que por aquel

entonces ninguno tenía novio, novia, o pareja a secas. Y creo yo que esa en definitiva era la clave de nuestra complicidad y camaradería. No es ningún secreto que los novios, novias o parejas a secas son elementos discordantes que vienen a estropearlo todo.

Bueno, pues ahí estábamos en el bar de turno agitándonos al ritmo del trance, y parecía que la noche del lunes iba a ir para largo, porque el DJ iba a piñón fijo y parecía más probables que llovieran ranas antes de que le diera por pinchar algo más variado. A ver, creo que esto tengo que aclararlo. No es que la noche fuera para largo porque a todos nos

pirraba el trance como a Richi, que ya ha quedado claro que no. Lo que pasa es que en el grupo teníamos una especie de pacto o clave que marcaba el final de la juerga y el regreso a casa, algo así como el típico “la penúltima y nos vamos”. Nosotros nos íbamos cuando en el garito de turno hubiera sonado al menos una canción del gusto de cada uno de los allí presentes. Así que ahí estaba yo, un lunes y resignada a quedarme sin los Rolling y a escuchar hasta la madrugada trance, techno, dance o lo que rayos fuera aquello que escupían los altavoces, que a mí me sonaba precisamente a eso: a rayos. Pero yo no soy de las que se rinden fácilmente ante la adversidad, no (bueno, aunque

precisamente no lo hubiera demostrado aquella misma mañana de cuclillas tras el mostrador), así que decidí poner al mal tiempo mala cara, o a la mala música, buen cuerpo, y bailar como una condenada hasta reventar las Converse si hacía falta. No olvidemos que celebraba lo de mi nuevo trabajo, y me sentía como una reina (una reina en zapatillas y cuyo intento de ligarse al buenorro había sido un rotundo fracaso, pero en fin). Además una vocecilla interior, eso que llaman “conciencia”, y que en mi caso se parece mucho en tono y timbre a la de Isa, me decía que eso de salir de juerga un lunes por la noche iba pronto a tocar a su fin. Con el nuevo trabajo vendrían nuevas

responsabilidades y nuevas restricciones, como la de pernoctar entre semana. Por fin se había dado el milagro: se me estaba contagiando la sensatez de Santa Isa. Esa noche sería la última. Tocaba dejarse los pies en el intento. Tal y como me estaba moviendo no me extrañó escuchar el habitual coreo de mis amigos que me rodeaban en la pista: “Mariola se va de la bola, Mariola se va de la bola”. Este sonsonete me acompaña para bien o para mal desde que nuestro grupo se había formado como tal y salíamos juntos de baretas, y se basaba en la tendencia que parezco mostrar de ir a mi aire y desentenderme de todo y de todos en cuanto me bebo un par de cervezas.

En fin, podría ser peor: podría acabar como el Locomías, encaramado a la barra y gritando a todo pulmón “Locovox-locomía”.

Mis amigos pues me llaman Mariola, aunque mi nombre completo es María de la O, que solo uso en documentos y asuntos más oficiales (o sea y por tanto, casi nunca). Y es que yo no me identificaba para nada ni con vírgenes ni con la famosa “María de la O, qué desgraciaíta, gitana, tú eres, teniéndolo tó”. No: yo era Mariola y en efecto se me iba la bola: escribía historias disparatadas, hacía el ridículo constantemente, vestía como si viviera una eterna adolescencia, y no conseguía

ahorrar un duro, aunque gracias a mis amigos me consideraba la persona más afortunada del mundo. Mi particular universo estaba en orden: esperaba que aquel nuevo puesto, por la razón que fuera, no acabara con la perfecta armonía que aquella noche parecía reinar sobre mi vida.

A la mañana siguiente no estaba yo para armonías precisamente. Llevaba la cabeza como un bombo, aún me retumbaban los oídos y tenía los pies desechos. ¿Pero qué había estado haciendo? Me recordé a mí misma bailando como un primate y sonreí de medio lado. Pero antes de que los gratos recuerdos me embargaran, me vino

también a la mente el episodio de la mañana anterior en los cubos estelares. “Tierra trágame”, dije con un gemidito que quedó ahogado en la almohada. Al menos, pensé para mi consuelo, ya no tenía que volver a trabajar: no solo evitaría otro encontronazo con el buenorro, sino que además podía pegarme la mañana entera en la cama hasta que se me pasaran todos los malestares, que eran muchos y muy variados. Pero no era cuestión de quedarme entre las sábanas autocompadeciéndome por mi estupidez. Recordé uno de los motivos por los que Miguelón me había dado el resto de la semana libre y sobre todo, la miradita de compasión que me había echado

fijándose en mi atuendo. Debía aprovechar el día e irme de compras. Aunque, lo reconozco, lo que finalmente consiguió sacarme de la cama fue el pensar en los cruasanes que vendían en la panadería frente a mi casa y que solo me podía permitir los fines de semana, porque de lunes a viernes iba con el tiempo justito para llegar al Starbucks. Fue pensar en los cruasanes calentitos y recién horneados y ya estaba escaleras abajo monedero en mano y por lo demás muy poco glamurosa: me puse el pantalón del chándal para estar por casa y me hice una coleta rápida. Ya tendría tiempo el resto del día para cambiar esa situación. Volvía yo de la panadería mordisqueando un cruasán cuando me

paré en seco frente al escaparte de la tienda de los chinos: allí estaba el bolsito de mano tan mono que luego resultó ser, como aseguraba Richi, una reproducción perfecta de un Ferragamo. Y allí estaba yo, convertida sin proponérmelo en una burda copia de Audrey Hepburn en las primeras escenas de *Breakfast at Tiffany's*. Matizando algunas cosillas sin importancia, meros detalles. Mi barrio no era precisamente Manhattan, y la tienda “todo a euro” de los chinos distaba mucho del exclusivo escaparte de Tiffany en la Quinta Avenida frente al que paraba la protagonista mordisqueando como yo, un cruasán. En cuanto a mí misma (y con la salvedad del cruasán, pues seguro que el

mío era infinitamente mejor que el de la película), en pantalones de chándal, si me comparaba con la Hepburn... bah, mejor no seguir. El caso es que entré en la tienda y me compré el bolso. No era para nada mi estilo: los bolsos que había tenido hasta la fecha eran todos de bandolera, pero ya tenía edad más que suficiente para probar algo un pelín más sofisticado. Como debió de decir algún filósofo, “renovarse o morir”. Además en este caso “renovarme” me salió tirado del precio; de hecho, me había gastado más en la panadería que en el Ferragamo de pega, lo cual me subió el ánimo y me dio fuerzas para enfrentarme a una jornada de compras en el centro comercial.

Antes de salir llamé a Isa para contarle los pormenores de la noche anterior y para que se apuntara a venir de compras, aunque ya me temía su respuesta. Isa estaba totalmente agobiada con las oposiciones, más que agobiada, histérica perdida. En su nueva etapa de estudiante de clausura debía tirar de los ahorros ganados haciendo trabajitos temporales de *freelance*, pero no sabía durante cuánto tiempo los podría estirar. Así que si no se sacaba las oposiciones a la primera tendría que volver a vivir con su madre, a la que como ya ha quedado apuntado, tenía una tirria que no veas, por no decir un terror atávico que no sabía yo de dónde le

venía (a mí su madre siempre me pareció una mujer de lo más maja y dicharachera, que me sacaba una cerveza cada vez que iba a su casa cuando aún no habíamos cumplido Isa y yo los dieciséis). Isa se podía haber permitido irse de casa, si bien tenía que conformarse con un piso compartido. Pero en eso había tenido suerte: a su compañera de piso apenas le veía el pelo, de hecho, no sabía aún a ciencia cierta si su nombre era Graciela o Marcela, o algo parecido, motivos por los que se había ganado el ramplón apodo de “la fantasma”. Pero vivir con la fantasma (que debía de gozar una intensísima vida social, por no decir que era un pendón desorejado) tenía sus

ventajas: Isa podía gozar de la independencia y libertad que tanto apreciaba, el piso estaba siempre limpio como una patena, y por si fuera poco, gracias a sus múltiples contactos, o ligues o lo que fuera, Isa había conseguido más de un trabajo temporal, como el último de traductora en Whittaker & Phillips; por ende o de rebote, yo también debía estarle agradecida a la fantasma. El bajón de Isa era tal al otro lado del teléfono que me dieron ganas de confesarle el incidente del macchiato, por aquello de que las penas compartidas lo son menos, o de que mal de muchos, consuelo de tontos, pero al final me lo pensé mejor y me quedé calladita. Al fin y al cabo y

con un poco de suerte aquel episodio pronto no daría de más y se quedaría en simple anécdota relegada al olvido. Me despedí de Isa infundiéndole ánimos y mientras me preparaba para salir de compras me deleité como una boba en la contemplación de mi última adquisición, el Ferragamo falso. El día prometía. Seguro que lo acababa victoriosa y coronada de trofeos en la forma de gangas, ofertas y múltiples descuentos.

No fue así precisamente. A medida que recorría las galerías y me detenía en los múltiples escaparates, mis ánimos y fuerzas iban decayendo a un ritmo vertiginoso. No encontré nada que reuniera los tres principio básicos de

toda nueva adquisición, a saber: a. que me gustara; b. que me quedara bien y c. y más difícil de cumplirse, que estuviera al alcance de mis bolsillos. El universo parecía haberse conjurado sobre mí y si encontraba una faldita o unos pantalones que cumplieran el punto a., resulta que fallaban en b y c, y así resultaba también si realizaba cualquier otra de las posibles permutaciones. Total, que me volví a casa arrastrando los pies y hecha un guiñapo, y lo que es peor, con las manos vacías.

En realidad, la causa de mi bajón moral a medida que pasaban las horas en el centro comercial no era mi constatada inhabilidad para ir de

compras, sino el ponerme a divagar nuevamente en las consecuencias de haberle dado mi número al buenorro (sí, ya sé, ya estaba de nuevo con el temita, que estaba adquiriendo un matiz obsesivo). Admitámoslo: la había cagado. De no haber hecho lo que hice podría hacerme la encontradiza, ahora que ya no trabajaba en los cubos estelares. Podría no sé, haber estado como un cliente más en el Starbucks a la misma que él y haber iniciado una conversación ahora que no debía atender a nadie desde el mostrador, o podría haberlo seguido hasta su destino incierto (que imaginaba que era, a saber por qué, un edificio ultramoderno en el centro, donde el buenorro era, a saber

por qué, un alto ejecutivo que ocupaba un puesto importantísimo) o en fin, podría haber hecho muchas otras cosas, aunque alguna de estas cosas y ahora que lo pensaba rozaban por mi parte el perfil de un acosador sexual de primera. En fin, en vez de gozar de este consolador abanico de posibilidades a cada cual más disparatada, debía sin embargo andar escondiéndome como las cucarachas, por temor a que el buenorro me identificara como la tonta del culo que había osado a dejarle su número en un vaso de cartón.

Llamé a Richi: necesitaba su ayuda. No con lo del buenorro (eso ya no tenía remedio) sino para enfrentarme a otra

jornada de compras lo antes posible. No me iba a rendir tan fácilmente y el tiempo corría que se las pelaba: en menos de una semana (cinco días descontando el rotundo fracaso de esa tarde) tenía que renovar mi vestuario. Richi era una contradicción andante. Además de los piercing en el rostro que le daban la apariencia de chamán de una tribu amazónica, y de todos los tatuajes a cada cual más pintoresco, acudía con frecuencia a un peluquero al que apodábamos “Eduardo manos tijeras” (creo que no hace falta que explique el motivo). Y su forma de vestir no se quedaba atrás. Su armario era una mezcla de adquisiciones en tiendas de segunda mano y rastrillos, donaciones

de amigos, y aportaciones de Sole (que en originalidad nos ganaba a todos, como explicaré en breve). Vamos, que iba hecho un esperpento. Y sin embargo parecía una enciclopedia andante de la historia de la moda: se conocía los estilos de todos los diseñadores, actuales o pretéritos, los hitos que habían marcado tendencia, seguía en la tele la semana de la moda en París y Nueva York, y era echarle el ojo a cualquier prenda ya fuera en un escaparate, una revista o una transeúnte despistada, que te soltaba de carrerilla la marca, el estilo, el tejido y la composición, y por si fuera poco, te hacía una valoración del conjunto juzgando si resultaba apropiado para la

ocasión y hasta ponía nota del uno al diez. Lo dicho: necesitaba su ayuda. Desesperadamente. Me detuve en una tienda de discos de vinilo que también vendía camisetas y pósters de grupos pasados de moda, que yo, por supuesto, consideraba clásicos y hasta sagrados. Encontré una camiseta de Queen con un aire glam-rock que haría las delicias de Richi, y que también hizo las mías, así que compré dos iguales: una roja para Richi, que iba a usar para sobornarlo y que me acompañara el día siguiente, y otra amarilla para mí, y porque sí. Solo esperaba que no nos diera por ponérselas a la vez, porque íbamos a parecer Zipi y Zape, o peor, una versión andante y humana de la bandera

española.

Richi, que ya había acabado su turno en los cubos estelares, estaba en casa de Sole, como casi todas las tardes desde que esta había comenzado a confeccionar el vestuario de su última obra, que se estrenaba en menos de un mes. A Sole la habíamos conocido Isa y yo durante nuestro primer año en la facultad y habíamos conectado al instante; por eso las tres nos seguimos viendo cuando a los pocos meses de comenzar los estudios, Sole los dejó colgados. Había empezado la misma carrera que nosotras porque no sabía muy bien qué hacer con su vida y al menos hispánicas tenía fama de facilona.

Pero un par de clases de lingüística y otras tantas de literatura medieval fueron suficientes para hacerle arrojar la toalla. Sole se matriculó entonces en un curso de cosmetología y luego en otro de corte y confección porque siempre le había gustado hacerse ella sus rudimentarios trapitos, y es ahí, ahora sí, donde Sole halló su vocación. Aún recuerdo la primera prenda que Sole confeccionó en el curso, y que me mostró con orgullo: unos horribles pantalones hechos con retales y acabados en campana que no se los regalarías ni a tu peor enemigo (aunque tu peor enemigo hubiera estado en Woodstock y atufara a pachulí y marihuana). Pero en este mundo hay gustos y gente para todo, y no faltó quien

le echara el ojo a los creativos, por decir algo, diseños de la Sole. Y así había acabado en su profesión actual: Sole se encargaba del vestuario de varios grupos de teatro, algunos bastante importantes, y hasta había colaborado por medio de algunos de sus diseños con el famoso Circo del Sol, ahí es nada. En definitiva, que ya podía yo reírme de los pantalones de *patchwork*, pero la Sole era la única con un trabajo estable, bien considerado y mejor remunerado, y que sobre todo, la llenaba y la hacía feliz.

Sole, a pesar de tener dinero y medios para vivir sola, compartía un enorme piso en el casco viejo con un número incierto de inquilinos. Aquello

era, seamos claros, una comuna en toda regla. Para ir a casa de la Sole una tenía que mentalizarse para lo que allí se iba a encontrar: un continuo trajín de gente que entraba y salía a sus anchas y que no respetaba la privacidad de nadie aunque este “nadie” fuera servidora y estuviera haciendo sus cosas en el baño. Por no mencionar la presencia de mascotas de todo tipo y el artesanal de plantitas de marihuana con las que uno se topaba (mascotas y plantas) hasta en los rincones más insospechados. O la permanente música de fondo: una algarabía de bongos y guitarras que parecía provenir de una banda de dementes y masoquistas. Pero basta ya de criticar: Sole era feliz así, y aunque a

los demás nos costaba comprenderlo (sobre todo a Isa, que no ponía jamás un pie en lo que ella llamaba “la cueva de Alí Babá y los cuarenta guarrones”), no nos quedaba otra que respetar su peculiar estilo de vida.

La puerta del piso de Sole estaba abierta, como siempre. Tras sortear unas cuantas litronas vacías y saludar con la mano a unos cuantos rostros que me eran ya familiares, llegué al cuarto de Sole, una enorme habitación de techos altos que también hacía las veces de estudio. Richi estaba subido en una silla y en paños menores, y Sole, desde el suelo y con la boca llena de alfileres, le colocaba en esos momentos y sobre sus

partes nobles algo parecido a unos gayumbos dorados. Vaya cuadro.

-Ef que ef para la nueva ofra -me trató de explicar Sole, sin dejar que los alfileres se le cayeran de la boca.

La “nueva ofra” o nueva obra, me explicó Richi sin impedimentos de dicción, no era otra que “The Rocky Horror Show”, el musical de la década de los 70 que dio lugar a la posterior producción cinematográfica, de la que todos éramos forofos. Y Sole en este momento estaba dándole las últimas puntadas al atuendo del propio Rocky Horror, que como se recordará, en toda la película no lleva más que unos ceñidos bóxers dorados con unos botines a juego. Acabáramos.

Sole a menudo le pedía a Richi que le hiciera de maniquí, ya que según ella, nuestro amigo tenía unas medidas estándares (ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado) que se ajustaban a todos sus diseños. Sole y Richi no se conocían desde hace mucho tiempo, pero ya se trataban como hermanos. De hecho, Richi había sido la última adición al grupo, hace poco más de un año, esto es, el mismo tiempo que llevaba yo trabajando en el Starbucks, donde nos habíamos conocido. Richi tenía otro grupo de amigos a los que se refería como “las reinonas”, pero aseguraba que eran demasiado: una fuente constante de drama y dolores de cabeza,

y que él a esas alturas necesitaba moverse en un círculo más selecto y en un ambiente más sosegado. Si la Sole, el Locomías y una misma éramos ese “círculo selecto”, no quiero imaginarme cómo era pasar una tarde con “las reinonas”. Vamos, seguro que no tomaban té ni jugaban al Monopoly precisamente.

Esa noche, y debido a lo escueto del atuendo en cuestión, Sole no tenía mucho trabajo y le dijo a Richi que ya se podía bajar de la silla. Él por su parte estaba encantado de hacerle de maniquí a Sole siempre que se presentaba la ocasión: no era nada nuevo que le pirraba todo el boato y lentejuela propios del mundo del

espectáculo, y que de haber tenido el talento necesario (que no lo tenía) él mismo se habría dedicado en cuerpo (sobre todo cuerpo) y alma a la farándula, en vez de a servir cafés en el Starbucks. Aproveché que Richi ya estaba a mi altura para darle la camiseta de Queen. Caí en la cuenta, boba de mí, de que no llevaba nada para Sole, pero claro, haberle traído también a ella una camiseta habría sido como regalarle bombones a un pastelero.

-¡Halaaaaa, pero que chulaaaa! - exclamó Richi dando saltitos. Como no tenía ni un pelo de tonto paró en seco y me miró de reojo- Tú quieres algo, ¿no?

Le referí mi rotundo fracaso en el centro comercial y le rogué que me

acompañara al día siguiente para ir de compras.

-Nena, ni que no me conocieras. Para eso no me tienes que armar ningún numerito, que voy encantado. Y gratis. - Tras lo cual y aún en calzones, se puso a bailar y a cantar a grito pelado otro tipo de cosas de índole muy diferente, que también haría gratis, y que yo por pudor y por no ser relevante para la historia voy a obviar en estas páginas.

Así que al día siguiente y una vez que Richi acabó su turno en los cubos estelares, tomamos el bus hasta la parte comercial, y también más pija, de la ciudad. Y se obró el milagro. A partir de aquella tarde Richi a mis ojos pasó a ser

una especie de súper héroe camuflado bajo la apariencia del líder de una tribu urbana. En unas pocas horas, bajo su tutela, me había hecho con tres faldas, dos vestidos, dos pares de pantalones, varias blusas y un buen número de complementos. Todo me quedaba bien, resultaba adecuado para una oficina y, lo que era más inaudito, me había salido tirado de precio. No: lo realmente inaudito es que yo había vencido la tentación de probarme vaqueros, chaquetas militares y demás zarríos a los que Richi había echado una mirada de desaprobación antes de que cayeran en mis garras. Como digo, un héroe. La magna tarea nos había dejado agotados así que invité a Richi a un chocolate con

churros en “El bizcochito de plata”, una histórica cafetería del centro frecuentada por abuelitas y amas de casa pudientes, y que yo conocía por haber visitado con mi madre allá por la prehistoria. Sobra decir que nosotros dos desentonábamos con la clientela de “El bizcochito de plata” como dos polizontes en el Titanic, pero el local tenía su gracia (pisarlo era como adentrarse en una máquina del tiempo) y recordaba que el chocolate era sin duda el mejor que se pudiera encontrar en la ciudad. Esquivamos las miradas presas de estupor de las señoronas que tomaban sus cafés a sorbitos y mordisqueaban las delicadas pastas de té e hicimos oídos sordos a los comentarios que escuchamos a nuestro

paso, como un nítido “virgen santa, si parece una cacatúa” dirigido claramente a Richi, que le había dado por teñirse de verde el amago de cresta que lucía por peinado, y nos acomodamos al fondo de la cafetería.

Como durante toda la tarde solamente habíamos estado hablando de ropa, me armé de valor para lanzarle a Richi una pregunta que me estaba carcomiendo por dentro. Apuré mi chocolate para infundirme ánimos, como si más que chocolate fuera un chupito de tequila peleón.

-Oye, ¿y has visto al buenorro estos dos días?

Richi puso los ojos en blanco, en un

gesto que comenzaba a ser muy frecuente cuando hablaba conmigo.

-Pues claro, bonita.

-¿Y?

-“¿Y?, ¿y?” -repitió imitándome con voz aflautada, cosa que no me hizo un pelo de gracia- Pues nada, ha venido desesperado preguntando dónde estabas y dispuesto a jurarte amor eterno.

-Ja, ja, ja -respondí, todo lo sería que pude. Para cínica yo. ¿Dije que Richi era un súper héroe? Rectifico: quise decir súper villano.

-No, en serio. ¿Te ha preguntado algo? ¿Te ha mirado al menos de alguna manera extraña? ¿le has notado algo diferente? -insistí.

-Yo también voy en serio, Mariola.

Y no a todo. Para lo único que ha abierto la boca ha sido para pedirse el macchiato, y ni me ha mirado, para variar. Ese tío tiene la mente en otra parte. Olvídate de él. No debe de ser más que una fuente de problemas.

En eso Richi seguro que tenía razón. A ver: un tipo que te ve todos los días durante año y pico y que durante todo ese tiempo ni se digne a ofrecerte ni una sonrisa, o aunque sea a hacer un comentario banal sobre el tiempo, es cuando menos raro. En los cubos estelares teníamos unos cuantos clientes que venían a diario y de algunos de ellos nos sabíamos su vida y milagros. El buenorro o bien era un ñoño de mucho

cuidado o bien su situación personal era penosa, por no decir que andaba metido en algo turbio y sus problemas eran muchos y muy abrumadores, como insinuaba Richi. Pero para qué negarlo, a mí los problemas parecían atraerme como a una polilla la luz. Ese tipo era un misterio. Y para qué negarlo también: a mí los misterios me pirraban.

-Mariola, ya es hora de que salgas de tu burbujita particular, sobre todo ahora, que tienes cosas más importantes y más interesantes de las que ocuparte.

Richi utilizó el mismo tono de sermón del que echaba mano a menudo mi madre. Pero era verdad y tenía más razón que un santo. Así que me sacudí internamente la mente y logré que se

esfumara la imagen tentadora del buenorro y sus cautivadores ojos de un imposible azul grisáceo. Suspiré y cambié de tema. Richi se merecía, además del chocolate al que le había invitado, un poquito de atención.

-Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué tal con Sergio? -La vida amorosa del Richi, a diferencia que la mía, sí que era interesante. Más que interesante, vertiginosa: me costaba seguirle el ritmo y ya no sabía si con mi pregunta había metido la pata. En seguida el propio Richi me lo confirmó.

-¿Sergio?

-Sí, el cachitas. El entrenador.

-Ah, quieres decir Roberto. Y no es entrenador: es el dueño de un gimnasio.

Y ya no ando con él: lo dejamos hace un par de meses -me aclaró, fulminándome con la mirada por error tan garrafal.

-Claro, claro... -me disculpé- ¿Eduardo? ¿Alejandro? ¿Leandro? -tenté mi suerte. Aquello era dar palos de ciego. Rectifico: seguir la vida amorosa del Richi era como intentar seguir una demencial partida de ping-pong entre chinos.

-Alejandro, Alejandro -me confirmó Richi. Al menos no iba yo tan desencaminada-. Pues más o menos bien.

Parecía que por fin Richi se animaba y yo había reventado con un alfiler imaginario la burbuja en la que

involuntariamente, es verdad, discurría mi humilde existencia. Richi me refirió por encima los pormenores: llevaban solo unas semanas saliendo y todo parecía ir sobre la seda cuando estaban a solas, pero el tal Alejandro, que era bastante más joven que nosotros y venía de una familia muy conservadora, estaba teniendo problemas para salir del armario. Esto a Richi, que no había conocido el proverbial armario en su vida y que ya desde su más tierna infancia se había proclamado gay a los cuatro vientos, le costaba aceptarlo.

Richi se llevaba muy bien con sus padres, una pareja moderna que había aceptado desde siempre la

homosexualidad de su hijo. De hecho le habían alentado siempre para expresarse tal como era. A pesar de que sus padres eran más colegas que amigos, Richi se había independizado tan pronto como se lo permitió su sueldito en el Starbucks. Richi y yo éramos los únicos de la pandilla que vivíamos solos, y además muy cerca del otro. Prácticamente éramos vecinos. Nos habíamos planteado unas cuantas veces vivir juntos para recortar gastos, pero ambos sabíamos de antemano que la cosa estaba abocada al fracaso y que acabaríamos tirándonos los trastos a la cabeza como un matrimonio mal avenido. Richi no toleraría mis manías (que para mí no lo eran tal sino nimias

particularidades), y a mí se me haría imposible la presencia a deshoras de “las reinonas” y el continuo trajín de gente en nuestro piso. Aunque la morada de Richi no era la oda al amor libre de la casa de Sole, sí que me superaba con creces en lo que a visitas e invitados se refería. Claro que yo traía a chicos casa con la misma frecuencia de los años bisiestos. Tampoco era mi caso el baremo perfecto para ninguna comparación.

Como ya había cumplido con éxito la misión principal de esa semana y en mi armario colgaban flagrantes un buen número de prendas adecuadas para la oficina, me dediqué el resto de la

semana a ordenar papeles, ponerme al día en temas publicitarios (o más bien educarme desde cero, ya que desconocía ese mundillo por completo) e investigar en Internet sobre Whittaker & Phillips. Se trataba de una agencia de publicidad fundada por un argentino (el señor Whittaker) y un americano (obviamente, el señor Phillips) con oficinas en Miami y en mi ciudad. Parecía que les iba bien y estaban expandiendo el negocio, como indicaba sin ir más lejos mi reciente contrato. Estudié las campañas que habían realizado y que mostraban en su sitio web, y poco más pude hacer, así que me di a otra tarea que me pareció la mar de productiva: apoltronarme frente a la tele y dedicarme a absorber el

mayor número posible de anuncios, con el fin de analizarlos con espíritu crítico o de echar mano de ellos cuando me incorporara a mi nuevo puesto si se daba la ocasión. Intenté imaginar cómo sería el ambiente en las oficinas de Whittaker & Phillips y quiénes serían mis nuevos compañeros. Recordé entonces que mis escritos, los que le había confiado a Isa en una carpeta, habían pululado por la agencia como si se tratara de moneda de uso corriente. Me sentí mortificada. Se trataba de narraciones personales o de cuentecillos disparatados, que como expliqué, jamás habían salido de las cuatro paredes de mi casa y cuyo público no era otro que mis cuatro amigos. El saber que habían

caído en las manos de un buen número de empleados (incluidos el señor Whittaker y el señor Phillips) hizo que me sintiera abrumada y expuesta: de haber tenido en ese momento un espejo, seguro que habría visto mi reflejo sonrojar hasta las orejas. Pero ya no había vuelta atrás. Para bien o para mal, el lunes les pondría rostro a mis anónimos lectores. “Tierra, trágame”, pensé una vez más. Por culpa del incidente del macchiato eran ya varias veces las que recurría internamente al famoso dicho, y me dije que aquello no podía significar nada bueno.

Para acabar de empeorar las cosas, el sábado, día en que el grupo obedecía

al ritual sagrado de salir de marcha, me quedé en casa sola y compungida. Isa seguía con el encierro, Richi había quedado con las reinonas, Sole tenía que quedarse hasta tarde en el teatro, y el Locomías, que se apuntaba a un bombardeo, estaba ilocalizable, lo cual por otro lado era normal en él. Dado mi pésimo estado de ánimo hubiera sido este último la compañía ideal, ya que el Locomías sin proponérselo le conseguía sacar una sonrisa hasta a un tótem indio. Y eso que de todos y con diferencia, su situación personal era la más penosa.

El Locomías el único de nosotros cinco que aún vivía con sus padres, no solo por su incapacidad de encontrar

trabajo, sino debido a su personalidad digamos... inestable y excéntrica. Otros hubieran dicho que simplemente estaba como unas maracas. El caso es que, fuera lo que fuera lo que discurría por la insondable mente del Locomías, a él todo le parecía bien, todo lo aceptaba de buen grado y tenía la habilidad innata de ver el mundo de colores (aunque quizá esto último se debía a la cantidad de sustancias ilegales que nos temíamos que consumía). ¿Que vivía con sus padres y la posibilidad de independizarse era tan remota como la Patagonia? Bueno. Cama hecha y mesa servida, qué más se puede pedir. ¿Que tenía que conformarse ayudando a su padre de vez en cuando con la

furgoneta? Genial. Ponerse detrás del volante le hacía sentirse como un conductor de fórmula uno. ¿Que no se comía un rosco y jamás le hubiéramos visto en compañía femenina? Bah. Quién necesita una media naranja cuando uno solo es la más exótica de las frutas. Aunque en realidad, no sabíamos aún si al Locomías le iban las chicas o los chicos, o usando una expresión que aborrezco, si le gustaba la carne o el pescado. Simplemente, no mostraba interés por nadie salvo por los miembros de nuestro grupo. Parecía más bien asexual, como los ángeles. Y eso que no hubiera tenido dificultad para atraer a unos o a otros (eso, claro está, hasta que el ligue en potencia

descubriera las particularidades de su personalidad). Y es que el Locomías era muy guapo, guapísimo. Fue Sole la que lo introdujo en el grupo: ellos dos ya eran amigos desde hacía muchos años, aunque nunca llegamos a saber exactamente en qué circunstancias se habían conocido. Recuerdo que el día en que Sole nos lo presentó a Isa y a mí, casi nos caemos de culo. ¡El amigo de la Sole era un bombonazo! Debajo de los andrajos que vestía y de su permanente expresión aniñada se escondía un modelo de alta pasarela en potencia. Pero nada más lejos de sus intenciones que dedicarse al frívolo mundo de la moda. El padre del Locomías regentaba una empresa de distribución de

productos cárnicos y embutidos de alta calidad, y como ya se ha señalado, el Locomías solo aspiraba a ponerse al volante de la furgoneta cuando su padre no podía hacerlo. La recompensa desde luego no era nada desdeñable: de vez en cuando nos sorprendía con un surtido de jamón ibérico, lomo embuchado o quesos manchegos que no se los hubiera saltado un gitano. Nunca supimos a ciencia cierta si las viandas se las había regalado su padre o eran productos del estraperlo, pero por si acaso los miembros del grupo nos cepillábamos en un santiamén los obsequios del Locomías para no dejar ni rastro del cuerpo del delito. En cuanto a la atracción que Isa o yo misma, lo

reconozco, pudiéramos haber sentido hacia el Locomías nada más conocerlo, se disipó como una nube pasajera calculo yo que la primera vez que lo vimos agitarse como un poseso imitando al grupo que le había dado su apodo. Ese tío estaba colgado, nos dijimos, y así resultaba perfecto. En definitiva, que el Locomías, ya fuera un pirado o un genio camuflado (y es que cabían ambas posibilidades), lo cierto es que contaba con una sorprendente capacidad de adaptación a las circunstancias más adversas, como un camaleón o como el superviviente que era.

Sí, debería aprender del Locomías, y eso que mi situación no requería

adaptarse a algo azaroso, sino que llamaba a la celebración: haber pasado de barista del Starbucks a redactora en una agencia de moda era un triunfo. Si no llegaba al estado permanente de euforia que caracterizaba a mi amigo, debería al menos haberme mostrado ilusionada por mi recién estrenada situación. Pero ahí estaba la noche del sábado: sola (eso me pasaba por haberme empeñado en celebrarlo un lunes por la noche) y sin nadie que me ayudara a pasar por este particular rito iniciático. Me sentía en definitiva abatida y sin ganas de abocarme a empresas nuevas e imposibles. Con lo bien que se estaba en el Starbucks y con lo plácida que era mi rutina. Dudaba que

estuviera a la altura de las circunstancias en Whittaker & Phillips y me temía que, dada mi falta de experiencia y mi inmadurez, iba a hacer un ridículo espantoso. En cuanto a la ropa que me había comprado, se me antojaba ahora como un disfraz, una burda máscara para que nadie en la agencia descubriera como era la verdadera Mariola. ¿Tan malo era que la gente me aceptara tal y como era? Mis amigos, aunque pocos, lo hacían. Mi santa madre lo hacía. Mi madre. Presa de un arrebatado de amor filial, hice lo impensable: cogí el teléfono y la llamé al pueblo.

 Mi madre y yo no es que

estuviéramos distanciadas o nos lleváramos mal: para nada. El problema radicaba en que mamá era algo dura de oído y llamarla por teléfono resultaba una empresa agotadora. Se negaba a ponerse audífonos porque, según ella, se iba a ver como una abuela, y eso sí que no. Es que mi madre, a diferencia mía, es muy digna. Así que ahí estaba yo, desgañitándome en un intento de que mis palabras llegaran nítidas al otro lado de la línea telefónica:

-Mama, ¡que tengo un trabajo nuevo!

-¿Que estás cenando un huevo? Hija, qué cosas tienes. ¿Y para eso me llamas?

Me llevó un buen rato hacerla entender que había conseguido un puesto

de redactora gracias a Isa.

-¿Que has ido a misa? Eso sí que es nuevo. ¡Si no pisas una iglesia desde tu primera comunión!

Y así todo el rato.

La conversación con mi madre no consiguió precisamente rescatarme del marasmo que llevaba encima. Al revés: la echaba de menos como una loca. A ella y a mi pueblo. Pasé el domingo autocompadeciéndome por haber salido de allí años atrás para ir a la universidad (¡para lo que me había servido!) pero finalmente recurrí a un remedio infalible: no hay nada que no consigan una tarrina de helado de chocolate, una buena selección de pelis

románticas y un relajante baño de espuma. Mi ataque de pánico estaba superado, sin más secuelas que las uñas de las manos, que lucían ralas y mordisqueadas. Mi cambio de vida era inminente y a solo unas horas de distancia. Pero estaba preparada. Me fui a la cama tranquila y llena de aplomo. Aún así juraría que una lagrimita traicionera se me resbaló hasta la almohada. No podría asegurarlo porque me quedé roque al instante.

Y yo con este moño.

Ahí estaba yo: bolso en mano, ataviada como una secretaria de intachable reputación, coronada por un moño más grande que mi cabeza, y llena de aplomo. Dispuesta a ponerme el mundo por montera (si es que el dichoso moño elefantiaco lo permitía). Hacía años que no madrugaba tanto. Si bien a los cubos estelares entraba muy pronto, me despertaba siempre con el tiempo justo de hacerme una coleta rápida y salir disparada escaleras abajo. Hoy,

haciendo un esfuerzo supremo, había invertido más de una hora solo en la aplicación de maquillaje y en el peinado. Para no parecer una medusa, me había alisado la melena, cosa que no me molestaba en hacer desde la boda de mi primo en el pueblo (y mi primo llevaba ya más de diez años de casado), y había usado todos y cada uno de los potingues que guardaba en un neceser que rara vez abría: base de maquillaje, corrector, sombra de ojos, máscara, colorete... corría el riesgo de parecer Charlie Rivel, pero lo cierto es que usando todo con moderación el resultado fue satisfactorio. “Debería hacer esto más a menudo”, me dije, pero tras comprobar en el móvil todo el

tiempo que había invertido en la tarea, decidí que era más fácil ponerse una bolsa en la cabeza si de lo que se trataba era de camuflar mi aspecto.

Comprobé que llevaba todo lo necesario en mi bolsito nuevo, y ante la duda regresé al baño a por unas cuantas horquillas de repuesto (no era cuestión de que el moño se me desparramara en medio de alguna reunión). Observé mi reflejo por última vez en el espejito de la entrada. Lista. Aunque no lo había hecho a propósito, iba a ser verdad lo de que me daba un aire a Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*: el mismo moño -el mío un pelín más grande, por no decir grotesco- y hasta un

collarcito de perlas -las mías más falsas que los monstruos de Scooby Doo y adquiridas en el rastrillo del domingo-. En fin que no, mejor no seguir comparándome con la diva del celuloide (quien además y para qué negarlo, contaba con unos cuantos kilitos menos que yo) y encaminarme escaleras abajo rumbo a lo desconocido. Ay.

De camino a Whittaker & Phillips, como iba sobrada de tiempo, no pude evitar pasar por los cubos estelares esperando que Richi, que acabaría de llegar a esa hora, me infundiera ánimos y me deseara suerte. En ese momento el local estaba aún vacío y Richi limpiaba la máquina de café.

-¡Estás i-rre-co-no-ci-ble! -gritó mi amigo, enfatizando cada una de la sílabas. Soltó el trapo que llevaba en la mano y se puso a dar palmas de entusiasmo. Y debía de ser verdad lo que decía, como tendría ocasión de comprobar más adelante. Richi me hizo girar sobre mis talones para obtener una visión completa de mi aspecto, y parecía más que satisfecho de lo que él, muy injustamente (no olvidemos que el peinado, el maquillaje y la elección de complementos habían sido cosa mía), consideraba su creación. Parecíamos una versión moderna del Dr. Frankenstein y su creación. O más bien y tirando a terrenos que nos eran más familiares, Richi encarnaba en ese

momento al Dr. Frank-N-Furter y yo al propio Rocky Horror, personajes de la obra que la Sole se traía entre manos. Richi no solo me dio el visto bueno, sino que me plantó un beso de buena suerte y me despidió en la puerta del Starbucks. Me pareció que se le hinchaba el pecho de orgullo y que se había trasmutado en la figura de un padre que manda a su hijita al primer día de colegio. Y yo me sentí infinitamente mejor.

Las oficinas de Whittaker & Phillips se encontraban en la última planta de un edificio con solera en el mismo centro de la ciudad. Según lo acordado, me dirigí directamente a la oficina de

Ángeles, la directora de recursos humanos con la que había hablado por teléfono. Esta se sorprendió de que hubiera llegado tan pronto, y es que yo, presa de la ansiedad, había adelantado nuestro encuentro casi una hora. Cuando me presenté la pobre Ángeles acababa de llegar y apenas estaba dejando el bolso. Aún así se mostró muy amable y me condujo al área del departamento creativo, lugar en el que a partir de entonces iba a pasar yo más de ocho horas al día. El departamento creativo era un amplio espacio diáfano en el centro de la planta. La vasta superficie rectangular albergaba un buen número de escritorios (conté unos diez o doce) alineados a lo largo de las paredes y sin

separación alguna entre ellos: si bien me alegré de que no se tratara de los claustrofóbicos cubículos que salen en las pelis americanas, me pareció también que cualquier intento de privacidad en ese departamento iba a ser una misión imposible. No obstante y más allá del espacio rectangular, se daba paso a oficinas como dios manda (supuse que de los que ocupaban escalafones más altos en la jerarquía creativa) y a pasillos que conducían a otros departamentos, como el de recursos humanos, del que proveníamos. En conjunto, aquello parecía un modernísimo loft neoyorkino en vez de un edificio histórico y tan castizo como el jamón serrano. Las paredes mostraban

el ladrillo desnudo y todo lo demás era blanco y de aluminio. Enormes reflectores colgaban de las vigas del techo aportando una luz que se me antojó un poco fría. En contraste, los suelos eran de madera y parecían haber aguantado lo suyo: seguramente era aquél el único vestigio original de todo el conjunto. Como los escritorios, blancos y amplísimos, se distribuían paralelos a las paredes, el área central quedaba despejada, o casi: allí se habían instalado un futbolín y una mesa de billar, elementos que de repente se me antojaron muy impropios en una oficina. Aunque un vistazo rápido me hizo comprobar que aquellos no eran los únicos objetos de uso recreativo:

muchos de los escritorios estaban llenos de juguetitos y figurines, e incluso aquí y allá y sobre el suelo vislumbré patinetas y monopatines. Una vocecita insidiosa, que me negué a escuchar, me dijo que mi indumentaria no iba a ser la adecuada para aquel ambiente tan poco formal. Claro que no podía compararme con nadie, ya que el departamento creativo estaba vacío. Ángeles, que pareció leerme el pensamiento, me explicó que los creativos tenían la licencia de comenzar la jornada un poco más tarde. No me quedaba otra que ser paciente y no pagarla con mis pobre uñas, que no tenían la culpa de nada. Localicé el único escritorio cuya superficie estaba despejada con la excepción de un

ordenador ultramoderno y un teléfono. No hacía falta ser muy espabilado para adivinar que aquél era el lugar que me correspondía. Y allí me dejó Ángeles, sola y desvalida, con la promesa de que a media mañana a más tardar llegaría un técnico para conectar el teléfono y mi cuenta de correo, y que mientras tanto aprovechara para conocer a mis nuevos compañeros y familiarizarme con todo lo demás.

Así que ahí estaba, más colgada que la una, en un sitio que se me antojaba de repente como una enorme juguetería para niños grandes, con mi moño, mis perlas, mis tacones, y frente a un ordenador cuyo monitor apagado

parecía carcajearse ante mis narices. ¿Qué hacer? Pues lo que se hace en estos casos: disimular mi ignorancia y mi calidad de novata. Abrí los cajones del escritorio y por suerte encontré unos cuantos rotuladores y bolis y un bloc de notas en blanco: lo desparramé todo sobre el escritorio en un intento de marcar territorio, como los perros cuando se hacen pipí en cada esquina. Descolgué el teléfono. No me daba línea. Me apoltroné en la silla, como si se tratara de un gesto natural y llevara allí mucho tiempo. Encendí el ordenador. Por suerte Word estaba ya instalado. Aunque nadie me veía, me propuse comenzar a teclear como una posesa. Así si alguien llegaba iba a

parecer toda una profesional. ¿Y qué escribir? Veamos. Ideas para nuevos proyectos. Bocetos para nuevas campañas. Algún guion irreverente y original. Sí, todo chispazos de creatividad. Y sin embargo mis dedos se movían ajenos a mi voluntad escribiendo “Mariola se va de la bola. Mariola se va de la bola”, una, y otra y otra vez, como un castigo de escuela, aunque este en cuestión fuera auto infringido y rozara por tanto lo psicótico.

Al rato y cuando llevaba como dos folios y medio con aquella obsesiva cantinela, llegó una chica a la oficina y se acomodó en uno de los escritorios

arrimados a la pared a mi derecha. Apenas reparó en mí y se dedicó despreocupadamente a dejar sus pertenencias y encender su ordenador, mientras canturreaba lo que fuera que provenía de sus auriculares. Era más o menos de mi edad aunque en aquel momento no lo pareciéramos: yo iba disfrazada de señorona y ella iba la mar de moderna. Vestía unos pantalones de pitillo negros sujetos con tirantes y una camiseta de rayas rojas. A diferencia de mis tacones, calzaba unos zapatos oxford muy masculinos y que parecían obscenamente cómodos. La melena pelirroja y lacia le caía hasta los hombros y la coronaba un gracioso bombín negro. Llevaba unas gafas de

pasta que le daban un aire intelectual, aunque con los tirantes y el bombín se asemejara más a un mimo, eso sí, un mimo con mucho estilo. No bien hube acabado mi análisis de la pelirroja hicieron su aparición otros cuantos integrantes del grupo creativo, todos a la vez y disfrutando de una alegre camaradería. Ninguno de ellos parecía rebasar la treintena. En el escritorio más próximo al mío se acomodó un chico bajito y algo rechoncho con pinta de simpático, que vestía vaqueros y una desenfadada camisa de leñador. Otra vez se confirmaba lo ineludible: me había equivocado de cabo a rabo con la elección de mi vestuario. Más bien se había equivocado Richi, el experto en

tendencias. Ja. Claro que la culpa era mía y solo mía, por haberle dado una idea equivocada del ambiente en Whittaker & Phillips. ¿Cómo iba yo a saber que el departamento creativo de una agencia publicitaria era tan informal? Aunque poco parecía importar el desacierto en la indumentaria: nadie había reparado en mi persona, lo cual hizo que me planteara la posibilidad de que me había vuelto invisible.

Visto que nadie me hacía caso y que de momento poco o nada podía hacer en mi escritorio, toda mi ansiedad comenzó a ceder paso a un agradable soporcillo, producto del madrugón que me había pegado. Un cafecito me vendría muy

bien: no me había llevado uno del Starbucks por miedo a (o por la certeza de) derramármelo sobre la blusita champán antes de llegar a la oficina. Seguro que habría una máquina de café o incluso una cocina en algún sitio, pero Ángeles no me lo había indicado, y no me apetecía preguntarle a nadie. Y aventurarme yo sola por las oficinas iba resultar suicida. Me iba a sentir más desorientada que una brújula en una lavadora. Nada, que estaba condenada a quedarme sin café. Mmmm... café... si hasta me parecía percibir el agradable tufillo de los cafés que servíamos en el Starbucks. Un momento. No eran alucinaciones. Me llegaba el inconfundible olor de un Starbucks,

concretamente (y es que tras año y pico tras el mostrador estaba mejor entrenada que un perro policía), de un macchiato aún calentito. Todas las alarmas se dispararon en mi interior. Giré la cabeza hacia el punto del que provenía el aroma, y allí lo vi: el buenorro. ¡El buenorro! El buenorro, repito, macchiato en mano, a unos metros de mí y dirigiéndose como si tal cosa a una de las oficinas que rodeaban el espacio creativo. ¿Pero qué demonios hacía allí? Mi impresión fue tal que al incorporarme levemente para asegurarme de que se trataba de él y no de un producto de mi mente somnolienta, mis pies entaconados trastabillaron enredándose con las ruedas de la silla

giratoria. Total, que volví a derrumbarme sobre la silla, o sobre el borde de la silla, y de ahí mis posaderas, sin encontrar mayor asidero, fueron a dar con el suelo. Me incorporé como un resorte y con semblante de “aquí no ha pasado nada”. Por suerte, el buenorro no me había visto y ya había desaparecido en el interior de una oficina. Pero la pelirroja sí se percató de mi incidente y desprendiéndose de los auriculares se dirigió hacia mí:

-¿Estás bien?

-Sí, no, la silla, las ruedas, sí, sí, bien, bien -farfullé.

-Cris -se presentó la pelirroja, que con un hábil gesto se propulsó con su silla giratoria hasta mi escritorio.

Esbozó una amplia sonrisa y supe de inmediato que nos íbamos a llevar bien.

Pero justo en el momento en que iba yo a presentarme con un despreocupado “Mariola, encantada”, se me volvieron a disparar las alarmas, repiqueteando demencialmente entre mis sienes. No podía dar mi nombre verdadero: en poco tiempo todo el mundo me conocería en la oficina y el buenorro relacionaría mi nombre con el de la pirada que le había escrito su número en un vaso de papel. Mariola no es un nombre común, y no hacía falta ser un lumbreras para atar cabos. Más aún, el buenorro podía pensar que no sólo era idiota sino que estaba como una

regadera: había dejado mi trabajo en el Starbucks con el único fin de seguirlo y acosarlo, como en un thriller americano de esos de psicópatas. Tenía que ocultar mi identidad a toda costa. Recordé que en el currículum y en mi trato con Ángeles (la única persona de Whittaker & Phillips con la que hasta el momento había hablado) yo solo había dado mi nombre oficial: María de la O. Di un paso más y me atreví a acortarlo eliminando de un plumazo la distintiva coletilla final. Toda esta maquinación, para mi asombro, discurrió por mi cerebro en menos de un segundo.

-Ma... María, encantada -respondí a su saludo.

-¿Eres la nueva redactora?

-Eso parece. Hoy es mi primer día.

-Genial. Creo que trabajaremos juntas. Yo soy directora de arte, y creo que seré tu dupla.

“Dupla”, en la jerga publicitaria, es el término que se utiliza para denominar a una pareja de trabajo compuesta por un director de arte, encargado de la parte visual en una pieza publicitaria, y un redactor, a cargo de la parte escrita. Unas vez hechas la presentaciones, volví a plantearme la pregunta crucial: ¿qué hacía el buenorro en la misma oficina que la mía? Pues trabajar, simple y llanamente, trabajar. ¿Es que de todos los edificios que había en el centro, teníamos que haber ido a parar al

mismo? Sino cruel. El edificio al que cada mañana se dirigía el buenorro después de hacerse con su macchiato, y que yo en mi febril imaginación había vislumbrado como una impotente edificación de cristal y acero, no era otro que el que albergada las oficinas de Whittaker & Phillips. De nuevo: perra suerte la mía.

Tenía que llamar a Richi y contárselo: más que para ponerle al corriente de la situación, para desahogarme y sacudirme la angustia que me estaba matando. Tenía que ir al baño, dado que la intimidad en aquella oficina sin paredes estaba descartada. El baño: como si la cosa fuera tan fácil. No

sabía dónde estaba y buscándolo corría el riesgo de darme de bruces con el buenorro. Le pregunté a Cris (a quien a partir de entonces y a falta de otra persona, decidí designar como mi aliada), quien para mi alivio me indicó que el baño de señoras se encontraba en el lado opuesto al que se encontraba la oficina del buenorro.

-¿Te acompaño? -se ofreció solícita.

-Err, no, gracias, me las arreglo yo sola -me disculpé, alejándome rauda hacia donde me había señalado, antes de darle tiempo a insistir de nuevo.

Los baños consistían en una hilera de retretes separados entre sí por una mampara que no llegaba al suelo, como

los servicios de un aeropuerto o del colegio. ¿Pero es que en Whittaker & Phillips no sabían lo que era el concepto de intimidad? ¿Es que todo, hasta las necesidades fisiológicas de una, habían de ser de dominio público? Me asomé por debajo de cada uno de los habitáculos, comprobando con alivio que todos estaban vacíos, y me encerré en el último y más alejado de la puerta del baño. Móvil en mano marqué a Richi.

-¡El buenorro! -le solté en un grito ahogado, sin darle tiempo a decir ni “hola”. Lo escuché resoplar al otro lado de la línea, y lo visualicé poniendo como de costumbre los ojos en blanco.

-Joder, Mariola, lo tuyo es un caso.

Sí, sí, el buenorro se pasó por aquí aquí hace nada y ... -no le di tiempo a acabar:

-No, el buenorro, el buenorro, ¡¡que está aquí!!

-Qué me dices.

-Lo que te cuento. Que trabaja aquí.

-¡No me jodas! ¿No será una alucinación? Mira que como estás algo obsesionadilla...

-Que no, que es él. Las alucinaciones no huelen y este hasta olía a macchiato del Starbucks.

-Joderrrr.... -Richi estaba tan patidifuso como yo. A falta de otra cosa que decir soltó un exabrupto:

-¡La madre que te parió!

Lo me que faltaba, que me mencionaran en un momento tan delicado a mi santa madre, a cuyos brazos me habría arrojado con ganas para hallar en ellos un consuelo que ahora creía imposible. A punto estuve de echarme a llorar.

-¿Y qué vas a hacer? -Richi, ajeno a mi puntual momento de debilidad filial, quería saber más.

¿Qué iba a hacer? Buena pregunta. ¿Esfumarme sin más allí en el baño? No había hecho un cursillo rápido de Houdini. ¿Despedirme de Whittaker & Phillips en mi primer día de trabajo? Ni loca: necesitaba el dinero. ¿Hacerme una cirugía facial y cambiar radicalmente de aspecto?

Definitivamente, estaba perdiendo los papeles. No me quedaba otra que hacer lo más sensato: escurrir el bulto como pudiera y disimular, y llegada la situación, mentir como una bellaca.

Me despedí de Richi prometiéndole tenerle al tanto, y para ganar tiempo y tranquilizarme resolví lavarme las manos en el artilugio para tal fin, que se asemejaba al abrevadero de una granja industrial. Hasta un acto tan sencillo como lavarse las manos iba a resultar una misión imposible: los grifos estaban dotados de un sensor para que el usuario no tuviera que tocar nada. Muy moderno y muy higiénico pero en mi caso rematadamente inútil. El chisme del

demonio no detectaba mis manitas diminutas y allí estaba yo, agitándolas como una posesa o como si espantara moscas imaginarias. En esas me encontró Cris, que me miró extrañada pero por suerte o por cortesía no hizo ningún comentario al respecto.

-Venía a decirte que los creativos vamos a estar de reuniones pero como son todo proyectos que estamos acabando no te necesitamos -me informó-. Aprovecha para instalarte y familiarizarte con todo.

Pues nada: otra que me salía con lo mismo que Ángeles. Lo de “familiarizarte y etc. etc.” en otras circunstancias me hubiera sonado a

“aquí sobras, bonita”, pero ahora lo cierto es que representaba mi efímera tabla de salvación al menos durante un día y hasta que me pensara mejor qué hacer. De momento, parecía que podía escabullirme en mi escritorio y pasar desapercibida.

Una vez más estaba sola en el espacio creativo. Tras un lapso de tiempo que se me hizo eterno y que dediqué a garabatear flores y mariposas en el bloc, llegó el técnico a conectarme el teléfono e instalarme la cuenta de correo electrónico. El técnico me indicó que tenía que grabar un mensaje personalizado para el contestador del teléfono, cosa que me dispuse a hacer

eficientemente (por fin tenía algo parecido a trabajo) en el momento en que regresaban los creativos y se instalaban en sus escritorios.

-Hola, soy Mario, esto María... ¿puedo grabarlo de nuevo? -el técnico asintió y volví a la carga.

-Hola, soy Ma-María y en este momento... es que he tartamudeado. ¿Lo hago otra vez? -vuelta a empezar.

-Hola, soy María, y en este momento no puedo atenderte. Deja la *señal* después de tu *mensaje*... -ay. Después de unas cuantas intentonas para desesperación del técnico y entretenimiento de mis colegas, logré grabar un mensaje perfecto y que a mí se me antojó muy profesional. Por suerte lo

del correo fue mucho más fácil ya que yo no tuve que hacer nada: solo asentir como una boba cuando el técnico me me preguntó si “maría arroba whittaker y phillips” me parecía bien como dirección o prefería otra cosa, como mi apellido, delante de la arroba.

-María, María es perfecto -aseguré, esperando no haberme sonrojado por la sarta de mentiras que estaba soltando en tan breve lapso de tiempo.

Al rato y una vez solventadas estas prácticas cuestiones, me entró un hambre voraz. Ni siquiera había caído en la cuenta de que iba a pasar mi hora de almuerzo dentro del horario de oficina. No sabía si allí los empleados se traían

su propia comida o si salían a algún restaurante o cafetería cercanos. Recé por que alguien me diera alguna pista, ya que si no mis tripas amenazaban con hacerse oír y ahí si que mis intentos por pasar desapercibida se iba a ir al traste, y de la peor de las maneras. En algún lugar, quizá una revista femenina, había leído que si en el trabajo a la hora del almuerzo ningún colega te invitaba o te sugería algo al respecto, te podías considerar la colgada y la rarita de la oficina. “Por favor, por favor, que no me dejen colgada”, recé internamente. Una vez más Cris acudió en mi ayuda.

-María, vamos a comer en un sitio de sushi que está aquí al lado, ¿te apuntas?

No tuvo que insistir. Ya estaba bolso en mano ansiosa no solo por llevarme algo a la boca, si no sobre todo por dejar la oficina y darme un respiro. Sin haber tenido que trabajar para nada, mi primer día en Whittaker & Phillips estaba resultando agotador.

Durante el breve trayecto al japonés me fueron presentados otros dos componentes del equipo creativo: el gordito con cara simpática era Santiago, redactor como yo aunque con bastante más experiencia, y Rubén era director de arte y su dupla. El segundo, además de ser fibroso y atlético, le sacaba al primero lo menos una cabeza, con lo cual parecían una versión

contemporánea del gordo y el flaco. Ambos me cayeron bien, aunque congenié de inmediato con Santiago, acaso porque los dos éramos apasionados de la literatura y escritores (bueno, escritor él; en mi caso aspirante a serlo algún día). El local en el que nos congregamos se ceñía a las características de los pocos restaurantes japoneses que había visitado hasta la fecha: era caro, y las raciones, escasas. Yo no lograba comprender en qué residía el éxito del sushi. No entendía que te cobraran un ojo de la cara por algo crudo y cuyo único mérito era el que estuviera perfectamente enrollado. El Locomías, con años de experiencia en el arte de liarse porros, seguro que lo

hacía mucho mejor. Mira por dónde: igual sin proponérmelo le había encontrado a mi amigo una posible carrera, que cosas más raras se han visto.

Eché de menos a mis amigos pero me consolé con lo que podía sacar de aquel almuerzo: si bien me había hecho un agujero en el bolsillo, estaba resultando útil para saciar mi curiosidad, ya que aquella mañana estaba resultando nefasta en ese sentido y de momento no había hecho más que dar palos de ciego en las pocas horas que llevaba en Whittaker & Phillips. Por lo visto los cuatro presentes íbamos a trabajar juntos en los proyectos que se

presentaran a partir de ese momento. A ellos les hacía cierta gracia que una dupla fuera masculina y la otra femenina: conjeturaban que se trataba de una técnica de motivación por parte de la agencia, para que nos estimulara el sempiterno pique entre chicos y chicas y conseguir así mayor rendimiento. Durante la conversación informal que los tres mantenían salieron a relucir nombres y puestos de demás integrantes de Whittaker & Phillips, pero no conseguí en ese momento retener ninguno, ansiosa como estaba de saber cómo se llamaba el buenorro y qué puesto le correspondía en aquella compleja red. En un momento dado Santiago reparó en algo que se refería a

mi persona:

-Ahora que caigo tú eres la de los cuentos, ¿no? -comentó, para mi sorpresa. Quedaba constatado: mis escritos personales habían pasado de mano en mano como si fueran algo de naturaleza tan burocrática como un frío currículum vitae.

-Sobre todo a Nacho, creo que él es responsable de que te contrataran -apostilló Rubén.

-Ah vaya, gracias, ¿y quién es Nacho? -me aventuré.

-Es el director creativo ejecutivo y quien está a cargo de nosotros cuatro -aclaró Cris.

Un director creativo ejecutivo, aclaro yo, es el jefe de todo el

departamento creativo y por tanto uno de los mandamases de toda la agencia.

-Pero aunque le gustasen tus escritos no te hagas ilusiones, es un hueso duro de roer -opinó Santiago.

-Un rancio, eso es lo que es -este era Rubén de nuevo.

-Y un petulante. Y un engreído -añadió Santiago.

-Y un amargado -anotó de nuevo Rubén: aquello parecía una partida de tenis donde el tal Nacho era la maltraída pelota.

-Y un cab...

Cris interrumpió a Santiago antes de que soltara el exabrupto:

-Bueno, tampoco os paséis, que el pobre tiene lo suyo. Es que le acaba de

dejar la novia, o la ha dejado él, no lo tengo muy claro. Para esas cosas es muy reservado -me informó.

-Ya, pues a ver si encuentra a otra y cambia esa cara de perro -concluyó Rubén.

Vaya joyita el tal Nacho. No tenía muchas ganas de conocerlo, cosa que quisiera o no era inminente pues iba a ser mi jefe. Y recé internamente para que el buenorro y Nacho no fueran la misma persona.

Durante el resto del almuerzo fui toda oídos a lo que mis compañeros comentaban. Aprendí en escasos treinta minutos más de lo que había absorbido durante una semana en Internet. Y ya

puestos, me había hecho con otra valiosa lección: más me valía traerme la comida en tupper de casa, al menos hasta que cobrara mi primer cheque. Una vez en la agencia cada uno regresó a sus ocupaciones: Santiago, Rubén y Cris se afanaban frente a sus monitores mientras yo me escudaba tras el mío en un penoso simulacro de que también estaba trabajando. En un momento dado y al levantar la vista de la pantalla casi se me sale el corazón por la boca: el buenorro se había aproximado al escritorio de Cris sin que me hubiera dado cuenta.

-Nacho, ¿me has revisado los archivos que te acabo de mandar? -preguntó ella, ajena a mi estupor.

No hacía falta ser muy listo para llegar a la deducción que me había temido: ¡Nacho y el buenorro eran la misma persona! El buenorro, o Nacho, pareció reparar un nanosegundo en mi presencia, a solo dos escritorios de distancia. En seguida desvió la mirada y se centró en el monitor de Cris.

-Este está *psché* -opinó, señalando a algo en la pantalla que escapaba a mi campo de visión-. Y este, qué quieres que te diga, es una mierda. Este otro no está mal. Tira los demás y céntrate en él.

¿Un hueso duro de roer? Ja: el buenorro contaba con la firmeza del acero y la intransigencia de la Santa Inquisición. Por fin se alejó camino a su oficina, momento que Cris aprovechó

para hacer un gesto muy poco delicado a sus espaldas.

Bueno. Pues como ya ha quedado dicho, se había resuelto el misterio. El buenorro era el rancio, el petulante, el engreído, el amargado y el cara de perro al que mis colegas se habían referido tan cariñosamente durante el almuerzo. Peor suerte no podía tener. Pero debía verle el lado positivo: el buenorro, o Nacho, o mi jefe a partir de entonces, no me había reconocido. Me llevé instintivamente las manos al collar de perlas falsas y por primera vez desde que pisara la agencia me alegré sobremanera de haberme disfrazado de algo que no era.

Además la jornada ya casi tocaba a su fin. Con la excepción de la hora del almuerzo y de los momentos en los que me había expuesto al ridículo (como viéndomelas con el sensor endiabrado del baño o con el contestador del teléfono) había pasado el día parapetada en mi escritorio. Se trataba de una medida necesaria y había merecido la pena: no me las tenía que haber visto cara a cara con Nacho y por tanto había logrado salvar el pellejo en mi primer día. Más adelante, llegado el caso de que a mi jefe se le refrescara la memoria, ya tendría tiempo de discurrir maneras más originales e inteligentes de seguir ocultando mi identidad: no desechaba la socorrida bolsa que me

cubriera la cabeza.

Santiago y Rubén acababan de recoger sus bártulos y ya se dirigían al ascensor. Mi móvil marcaba las 4:50 y embutiéndolo en el falso Ferragamo me apresuré a seguirlos. A Cris, que se había quedado a la zaga por culpa del dichoso archivo, le faltaban unos minutos para ser libre. Fue entonces cuando Yolanda, de cuentas y a quien todavía no había tenido el placer, por decir algo, de conocer en persona, se nos interpuso en el pasillo, y armada de una voluminosa carpeta y un generoso escote, nos franqueó el paso:

-Reunión en la oficina de Nacho en cinco minutos. Que se venga también la

nueva -nos indicó, acompañando la última frase de una fría mirada con la que me evaluó de la cabeza a los pies. Hubiera jurado que la tal Yolanda disparaba rayos láser por los ojos. Por lo demás, creo que la situación no requiere mayor aclaración: Nacho era el buenorro, y la nueva, yo. Horror. Espanto. Ahora sí, era el momento adecuado para desear internamente y con todas las fuerza aquello de “tierra trágame”. Pero como el suelo de la oficina no se abrió a mis pies, no me quedó otra que seguir sumisa a mis compañeros, cual ternerita hacia el matadero. Ahí estaba él, de espaldas, observando distraído el panorama que se abría ante su ventana, mientras por

otra parte nos ofrecía sin saberlo el imponente panorama de su trasero. Se volvió al escuchar nuestros pasos y una vez más pude recrearme, esta vez sin mostrador del Starbucks de por medio, en la visión de aquellas cejas negras, aquellos ojos azul grisáceo, aquel pelo espeso y cuidadosamente desordenado... ay, mejor era desviar la mirada. También la chaqueta de pana que me era tan familiar estaba allí, sobre el respaldo de su silla. Ojalá hubiera sido invisible para regocijarme en secreto con aquel glorioso panorama. Pero no, obviamente seguía allí en carne y hueso, una carne y unos huesos que temblaron como un flan, sobre todo en la zona de las rodillas, cuando Cris se vio en la

necesidad de hacer las presentaciones:

-Nacho, esta es María, la nueva redactora que contrataste.

Nacho me tendió la mano y yo la estreché como una autómatas, esperando que el apretón hubiera resultado lo suficientemente vigoroso y lo suficientemente largo como para parecer toda una profesional, una mujer resuelta y segura de sí misma (o eso es lo que recomendaba *Marie Claire*). Nacho se detuvo entonces en la contemplación de mi moño, durante unos segundos más de lo que consideré necesario. “Estúpido moño”, me dije para mis adentros, pero inmediatamente me corregí pensando que aquella protuberancia en el cogote era un elemento clave en mi disfraz, y

que gracias a él estaba i-rre-co-no-ci-ble. La voz de Richi, aún resonando en mi cabeza, repetía una y otra vez el adjetivo a modo de mantra relajante.

-¿María? -la confusión asomó al apolíneo rostro de Nacho. Dios, pero qué guapo era ese hombre, incluso cuando parecía perplejo-. Creía que había leído otro nombre en tu currículum. Un nombre compuesto... cómo era... María de... María de...

Me vi forzada a interrumpirlo antes de que recobrarla la memoria:

-No, no: “María” a secas está bien. El otro lo uso solo en documentos oficiales -mentí.

Menos mal que no tuve aclarar cuál era ese “otro nombre” ni tampoco me vi

obligada a discurrir más patrañas. Nacho, que al fin y al cabo era todo un profesional, fue al grano:

-Os he llamado porque mañana comenzaréis a trabajar los cuatro en un proyecto, bajo mi dirección. Se trata de la lejía Borreguito.

Reprimí una risa nerviosa al oír el nombre de la marca. Pero para borregos yo: más me valía ser toda oídos y dejarme de tonterías.

-Como sabéis -Nacho se dirigió entonces específicamente a mí, que era la única que no sabía nada-, la agencia ganó el *pitch* hace unas semanas, y desde cuentas nos acaban de dar la luz verde para comenzar la campaña.

Yolanda, la aludida de cuentas,

sonrió levemente. ¿Eran imaginaciones mías o le hacía ojitos Nacho? Si yo hubiera pertenecido al sexo opuesto me hubiera sido difícil percatarme, ya que hubiera puesto toda mi atención en el ineludible escote. Pero no, podría jurarlo: la arpía de Yolanda se comía a Nacho con la mirada.

-Mañana nos darán el *brief* oficial, pero de momento solo os quería poner al tanto de lo que nos viene encima - prosiguió Nacho.

¿*Pitch*? ¿*Brief*? ¿Pero qué era aquello, la piedra de Rosetta? Tendría que apuntar mentalmente todos esos palabrejos para preguntarle a Isa, más ducha en anglicismos que yo, que con lo único que estaba familiarizada era con

el *zapping*. Sin embargo los demás allí reunidos acataban las palabras de mi jefe con toda naturalidad, como si les estuviera explicando que dos y dos son cuatro.

-Vamos a trabajar exclusivamente en una campaña digital para posicionar el producto en el mercado. Concretamente ya para empezar os centraréis en *banners*. Si la cosa funciona, servirán de plataforma para otros medios: *print*, radio, y hasta televisión. Así que no hace falta que os diga que os tenéis que esforzar. Hasta que nos llegue el *brief* mañana vuestra tarea es fácil: solo quiero que estudiéis en Internet el sitio web de la marca. Y eso es todo. ¿Preguntas?

¿Preguntas? Pues sí: después de esa parrafada, yo las tenía todas. Durante toda la exposición había estado más perdida que Espinete en un simposio de física cuántica. Pero guardé silencio, por no evidenciar dos realidades como un templo: mi ignorancia en todo lo que a publicidad se refería y el hecho de que yo era una impostora en aquel mundo que no me pertenecía.

Dejamos la oficina de Nacho y por fin abandoné el edificio. En un arrebatado rebelde, una vez en la calle me solté el moño liberándolo de todas las horquillas y dejando que la melena se me esparciera por los hombros. Me

llené los pulmones de aire y emprendí el camino de regreso a la vida que me pertenecía. Esbocé un atisbo de sonrisa. Lo había logrado. Había sobrevivido a mi primer día de trabajo.

Borregos.

Aquella misma tarde, y a pesar de las ganas locas que tenía de despanzurrarme en el sofá con una cerveza y una bolsa de palomitas, me fui directamente de la agencia a la casa de Richi. Allí habían quedado todos (con la excepción de Isa, que seguía desaparecida en combate) para tomar algo y que les contara los pormenores de mi primer día de trabajo. Mis amigos no es que se interesaran tanto por los temas laborales, claro que no: lo que pasa es

que a Richi le había faltado tiempo para llamar a la Sole y al Locomías y relatarles la coincidencia del año y mi encuentro con el buenorro, que ya no era tal, sino Nacho. Mi jefe.

Richi vivía en un ático diminuto a un par de manzanas de mi casa. Se trataba de una única estancia que hacía las veces de sala y dormitorio, gracias a un práctico sofá-cama de Ikea, práctico sí, pero más incómodo que la tabla de un faquir, como había tenido oportunidad de comprobar en mis propias carnes. Una cocinilla adosada en un rincón y un baño tan amplio como una caja de zapatos completaban los escasos metros cuadrados. El estudio compensaba la

falta de espacio con una enorme terraza que se abría a los tejados de la parte antigua de la ciudad, y que era una maravilla. Ofrecía un panorama de lujo de la catedral y era el lugar donde siempre nos reuníamos hiciera frío o calor, ya que dentro simplemente no cabíamos. Richi, que no se había esforzado precisamente en la decoración del interior, sí había hecho lo propio con el espacio exterior: los rincones estaban cuajados de geranios y el centro lo ocupaban un coqueto mobiliario de terraza y una alegre sombrilla de girasoles. Varios molinillos de viento con los colores del orgullo gay salpicaban de color cada punto donde uno posara la vista, y una bandera

similar, tan grande como el sofá-cama de Ikea, ondeaba en el exterior proclamando a los cuatro vientos, nunca mejor dicho, la orientación sexual de mi amigo. Era en definitiva el lugar predilecto de todos para reunirnos. Mis amigos ya me esperaban allí. Richi me informó de que un poco más tarde se nos uniría Alejandro, a quien yo ya tenía ganas de conocer pues parecía haber logrado lo imposible: Richi quería sentar cabeza. El Locomías, por otro lado, había aparecido: supe que había estado haciendo trapicheos con la furgoneta de su padre al ver sobre la mesa una fuente con virutas de jamón de pata negra y otros manjares similares que parecían suplicarme “cómeme”. La

primera en hablar, o más bien en gritar, cuando aparecí en la terraza, fue Sole:

-¡Ay, Marioooooola! ¡Pero si tienes piernas! -chilló entusiasmada al verme con la faldita y los tacones color coral. Las pulseras le tintinearón al compás de sus palmadas.

-Mira, ni me menciones las pintas que llevo -fulminé a Richi con la mirada, aunque el pobre no tenía culpa de nada. El aludido, a quien no le debían quedar ganas de discutir sobre trapitos, fue directo al tema principal de nuestra reunión:

-Pero cuenta, cuenta, que nos estás matando de intriga. ¿Qué ha pasado con el buenorro? ¿Te ha visto o qué?

No quise soltar ni prenda sin catar el

jamón, antes de que se esfumara. Por culpa del sushi, tenía a esas horas un agujero en el estómago más grande que el del bolsillo.

Una vez que hube repuesto fuerzas, les puse al corriente: el buenorro ya no se llamaba así, sino Nacho, y era mi jefe. Me había visto, claro, pero por suerte no me había reconocido. Porque además, y que lo tuviera todos presente por lo que pudiera ocurrir en el futuro, en la agencia me llamaba María.

-Toma, como mola, como un agente secreto -apuntó el Locomías emocionado.

Y por lo demás, les referí, la jornada había consistido en una desfachatez

detrás de otra. Les hablé de mis tres nuevos compañeros, a los que había caído en gracia. Eso era lo único que se salvaba de todo el día. También y para guasa del grupo les informé de mi próxima misión a cargo de la lejía Borreguito, concretamente de algo denominado “banners”, que a saber qué artilugio del demonio era aquello. El Locomías, que aunque lo pareciera no tenía ni un pelo de tonto, y al ver que por mi parte ya había referido lo más jugoso del día, se desentendió de nosotros y aproximándose a la barandilla se dedicó a tirar huesos de aceituna desde las alturas. Richi acudió a mi rescate. No era un genio de la informática pero a mi lado -yo me había

quedado en la prehistoria de los tiempos en lo que a ordenadores se refiere- parecía Bill Gates. Me explicó qué era un *banner*: se trataba de un formato publicitario en Internet que consistía en incluir una pieza publicitaria dentro de una página web, por medio de imágenes o una animación simple, y un mensaje directo y que tuviera gancho. Su objetivo no era otro que el de atraer tráfico hacia el sitio web del anunciante.

-Con lo bien que escribes tú, esto lo tienes chupado -añadió, infundiéndome ánimos.

Acto seguido se metió en el estudio para ir a buscar su portátil y así mostrarme ejemplos, momento que Sole, que ya se aburría, aprovechó para

hacerse con el cuenco de las aceitunas y unirse a la peculiar manera del Locomías de pasar el rato.

-Mira -me instruyó, colocando el portátil sobre sus rodillas y conectándose a Internet -. ¿No te has fijado que cuando llevas en Internet un buen rato buscando por ejemplo, no sé... zapatos -yo asentí, me había visto en esas más de una vez-, comienzan a salirte a un lado recuadros que anuncian otras zapaterías? Con un poco de suerte, si uno de ellos te llama la atención, lo pinchas y vas directamente a esa página web.

Comprendí. La verdad es que era sencillísimo. Acto seguido y ya que

estábamos conectados, visitamos el sitio web de la lejía Borreguito, tal y como nos había indicado Nacho. Así de paso ya tendría la tarea hecha y ni me molestaría en encender mi ordenador en casa. La página de Borreguito era muy simplona: no hacía falta saber mucho ni de publicidad ni de economía doméstica (y yo era una ignorante en ambos sentidos) para ver que aquello tenía posibilidades de mejora. No sé si fue el rato pasado con Richi, que tuvo la paciencia de instruirme como un profesor que alecciona a un niño tonto, o las últimas virutas de jamón que me metí al cuerpo, pero el caso es que ya me sentía mucho mejor. Ese rato en la terraza de Richi consiguió lo que una

jornada laboral completa en Whittaker & Phillips no había logrado: que me centrara por fin en mi trabajo en vez de andar devanándome los sesos por Nacho y preocupándome por quedar en ridículo. Sole y Richi, que se habían quedado sin aceitunas, se nos unieron. Este último, asomándose desde el hombro de Richi al monitor del portátil, y haciendo uso de una sabiduría proverbial, concluyó:

-Mucha lejía pero yo lo veo todo negro.

Solo esperaba que aquella frase lapidaria no fuera un vaticinio de los días venideros en la agencia.

Llegó Alejandro. Era mucho más

joven que nosotros, y también y a diferencia de nuestro grupo tenía... cómo decirlo... más clase. Sin ser pijo ni estirado, se notaba a la legua que venía de una familia bien. Su aire estudiosamente descuidado y bohemio y el *look* que se gastaba a lo Curt Kobain (a quien se parecía mucho) no lograban ocultar el hecho de que llevaba ropa buenas y de marca, y zapatos de diseño. Pero lo que decididamente ponía en evidencia el origen de Alejandro era su manera de hablar: el tono suave, las palabras escogidas con precisión, la cadencia modulada de su voz, sus ademanes de príncipe de otro tiempo. Parecía un poeta romántico de esos muy atormentados y que mueren de

tuberculosis. Pero quizá eso eran solo imaginaciones mías. Hablaba casi en un susurro, y oírlo era una gozada, acostumbrada como estaba a la jerga de mis amigos, al hecho de que de cada cuatro palabras tuyas al menos dos fueran impropiedades, y de que hablaran a gritos como si nos encontráramos en una perpetua verbena de barrio. Alejandro me gustó para mi amigo desde el primer momento. Y me alegré por Richi, que se dulcificaba estando a su lado. No podían ser más diferentes, y quizá por eso hacían tan buena pareja. Alejandro nos explicó que estaba estudiando derecho, más por darle gusto a su padre que por otra cosa, y que muchas veces se había visto tentado a dejar colgados los

estudios. Estaba ya en su último año: nosotros (que no predicábamos precisamente con el ejemplo, pues éramos una flota de barcos a la deriva) le aconsejamos que no hiciera una locura y que acabara la carrera. Alejandro asentía, pero lo que de verdad ansiaba, nos confesó, era ser chef y tener algún día su propio restaurante. Según Richi, Alejandro cocinaba de miedo, y ya tendríamos ocasión de comprobarlo por nosotros mismos. A quien más le entusiasmó la idea fue al Locomías, cuyo estómago parecía no saciarse nunca. Estábamos todos prendados con Alejandro. Egoístamente y por la parte que me tocaba me alegré: definitivamente mi

primer día de trabajo y Nacho habían quedado olvidados en algún punto de la conversación. Anocheceía en la terraza cuando Alejandro tocó el tema que más le preocupaba: la rigidez y la presión de su familia y su imposibilidad de “salir del armario”. Antes de que nos despidiéramos y cada uno se fuera a su casa, dijo algo que parecía específicamente dirigido a mi persona, y que no olvidaría:

-Es muy difícil vivir tanto tiempo con una máscara.

Sonó el despertador y me dispuse a enfrentarme a un nuevo día como redactora en Whittaker & Phillips. Me sentía fuerte y renovada, y decidida a no

caer en los mismos errores de la jornada anterior. Comenzando, como no podía ser de otra manera, con mi atuendo. Escogí unos vaqueros grises (los más nuevos que tenía y los que mejor me quedaban) y una sencilla camiseta negra un poco ajustada. Me calcé unos mocasines negros que acababan en una ligera punta, y *voilà*: estaba lista. Apenas me maquillé: solo rímel y brillo de labios, y esta vez nada de moños ni artilugios: me había lavado el pelo la noche anterior y mis rizos habían vuelto a su estado natural, o sea, una maraña oscura y esponjosa que me caía hasta los hombros. Me miré al espejo y asentí satisfecha. Volvía a ser Mariola. No me preocupé demasiado por que Nacho me

reconociera de esta guisa, ya que al fin y al cabo no lo había hecho el día anterior y en los cubos estelares siempre me había visto con el delantal y el pelo recogido bajo la enorme gorra que me cubría medio rostro.

Sí, hoy iba a salir todo bien, no podía ser de otra manera, y les iba a demostrar a todos lo mucho que valía la nueva redactora de Whittaker & Phillips y la excelente decisión que habían tomado al contratarla. Y sin embargo al abrirse las puertas del ascensor me cayó el primer jarro de agua fría: mis compañeros no solo ya habían llegado y ocupaban sus escritorios, aparentemente ocupadísimos, sino que además vestían

de punta en blanco. Santiago con americana de marinero (un poco anticuada, pero americana al fin y al cabo), Cris con un impecable traje negro y un moño muy parecido al que yo misma me había hecho la jornada anterior (eso sí, menos voluminoso) y Rubén, en el colmo de la elegancia, lucía una extravagante pajarita. ¿Pero qué estaba pasando? ¿Era aquello el mundo al revés? ¿Se trataba de una cruel tomadura de pelo? ¿Había cámaras ocultas? ¿Estaba soñando, aún en la placidez de mi propia cama? ¿Me había convertido en Alicia y asistía impotente a la hora del té, en un lugar delirante donde estaban todos locos? Cabían todas las posibilidades. Pero

obviamente ninguna era la correcta. Fue Cris la que, como era de esperar, respondió a todos mis interrogantes y acudió a mi auxilio.

-¡María! -exclamó al verme de tal facha. Se tapó la boca con una mano para amortiguar sus palabras y que no llegaran a la oficina de Nacho-. ¿Es que no leíste el memo?

¿El memo? Pues no. Estaba claro que allí la única mema era yo. Cris me explicó: a última hora de la tarde, más o menos cuando yo debía de estar saliendo de casa de Richi sin intenciones de volver a encender el ordenador, Nacho había mandado un correo de urgencia a todos los que trabajaban para Lejía

Borreguito. Los representantes de la compañía iban a visitar al día siguiente las oficinas de Whittaker & Phillips para presentar ellos mismos el producto y conocer en persona al equipo responsable de su publicidad. Y como todo el mundo sabe (todo el mundo menos yo) era costumbre, más que costumbre, norma inquebrantable, que cuando un cliente visitaba la agencia se esperaba que los empleados vistieran de manera impecable y profesional. Y yo con vaqueros. Y con estos pelos. Tierra, trágame. Y a poder ser escúpeme en las Antípodas. Muy a gusto hubiera cavado un huequito en la pared para escabullirme el resto del día. Pero Cris no me dio tiempo ni a ponerme a

escarbar los tabiques ni a compadecerme de mí misma:

-Anda, que, como Nacho te vea así...
-rebuscó algo en su archivador y en los cajones de su escritorio y me arrastró hasta el baño.

-Toma -me tendió un bulto de ropa, explicándome que siempre la guardaba en la oficina por si había una emergencia de este tipo. O sea, Cris guardaba ropa de emergencia con la misma naturalidad que otras mujeres (en sitios más normalitos que Whittaker & Phillips) guardarían una caja de Tampax.

Me puse una americana negra muy parecida a la que ya llevaba Cris pero con unas tachuelitas en las solapas que le daban un aire mucho más punk, cosa

que agradecí. Además, me quedaba a la medida. Y me calcé unos tacones, también negros, más altos que los que había llevado el día anterior, y de charol reluciente. Por ser yo más baja que Cris me iban un pelín grandes y además eran incomodísimos: andar sobre ellos iba a resultar imposible y aguantar el equilibrio todo el día, un auténtico tormento. Era el castigo impuesto por no haber leído el dichoso memo. Por último Cris, armándose de un puñado de horquillas y de mucha paciencia, me hizo un recogido a base de trencitas que se ensortijaban en la nuca. Quedé encantada con el resultado final, a pesar del potro de tortura que llevaba calzado. Debería despedir a Richi y contratar a

Cris, me dije, recordando al instante que ni yo era una estrella ni ellos mis estilistas; más bien yo estaba estrellada y ellos, compadecidos, intentaban echar una mano como bien podían.

Al salir del baño casi nos dimos de bruces con Nacho, que nos andaba buscando. Me miró de pies a cabeza pero no dijo nada ni mudó el semblante. Lo mismo podía pensar que me merecía el premio a la mejor vestida como que estaba hecha un adefesio y todo lo que merecía era una lluvia de tomates. Qué difícil era leer a este hombre. Y qué guapo iba hoy. Más que guapo, impresionante. Recé para que los tacones de aguja no me fallaran y me

derrumbara en estado de shock. Vestía un traje gris impecable; si me hubieran dicho que Giorgio Armani se lo había hecho a la medida y un coro de querubines se lo había ajustado al cuerpo entre cantos celestiales, me lo habría creído a pies juntillas. No llevaba corbata y la camisa azul celeste, abierta en el cuello, dejaba atisbar algo de la piel morena y el vello del pecho. Comencé a sudar bajo la chaqueta de Cris. Estaba claro que aquella mañana todo el mundo iba con prisas, así que Nacho nos condujo a la sala de reuniones antes de que la imaginación se me disparara y comenzara a visualizar las tentadoras partes del cuerpo que aquel traje cubría.

En la sala de reuniones ya se encontraban todos presentes: los representantes de Lejía Borreguito (que haciendo honor a la marca tenían todos un rostro algo bovino, o eso me pareció en ese momento), un par de personas de cuentas (la arpía de Yolanda incluida) y Rubén y Santiago, que nos arrimaron tres sillas para que nos acomodáramos. Mi primera reunión oficial fue un auténtico tostón: no recordaba algo así desde las clases en la facultad de literatura medieval. Se introdujo el producto, se presentó el famoso *brief* (que no era más que un resumen de los puntos más importantes para la futura campaña), se habló de posibles

estrategias y resultados, y se concluyó detallando las fechas de las presentaciones finales y de la puesta en marcha de las piezas publicitarias. Todo ello con una seriedad y una gravedad que se me antojó como poco surrealista: no podía creer que estuviéramos tratando algo tan intrascendente -y hasta ridículo- como la lejía, para más inri “Borreguito”, porque por los rostros circunspectos parecía que aquello fuera una cumbre mundial sobre armamento nuclear.

Una vez que los de la lejía se largaron, nos pusimos en marcha. Nuestro primer paso como creativos consistía en una lluvia de ideas entre las

dos duplas (y gracias a Dios sin Nacho presente) a la que Rubén, que era un pelín snob, se refirió por su término anglosajón o *brainstorming*. En otras palabras, aquello consistía en sentarnos plácidamente y comenzar a decir ocurrencias y tonterías a mansalva, hasta que diéramos en el clavo y de allí saliera algo con posibilidades de convertirse en una ejecución tangible. Pasamos la mayor parte del día encerrados en una salita y disparando ideas extravagantes, sosas, ridículas, imposibles, consiguiendo solo que nos entrara la risa floja y que en más de una ocasión esta se convirtiera en sonoras carcajadas que amenazaban con llegar a los pasillos, o peor aún, a la oficina de

Nacho. La larga sesión consiguió que me relajara y me abandonara por fin la tensión del día anterior y mi miedo al ridículo, y por fin conseguimos filtrar unas cuantas ocurrencias y anotarlas (debo decir con una pizca de orgullo que algunas eran mías) para estudiarlas más a fondo posteriormente y ver si aquello podía llegar a algún lado, o más concretamente, cuajar en la forma de un *banner* efectivo y con gancho. Hacia el final de la larga sesión, y cuando aquello parecía no dar más de sí, me acordé de la frase del Locomías en la terraza, cuando ojeó el contenido de la página web de Borreguito.

-Pues yo lo veo todo negro -dije más bien para mis adentros que con intención

de compartirlo.

Todos estábamos cansados y guardamos silencio. Pero la mente de Santiago seguía trajinando, como evidenciaba el gesto universal de rascarse la barbilla.

-¡Eso es! -anunció, con la euforia de un Arquímedes de la publicidad que proclamara “Eureka”.

-¿Eso es qué? -preguntó Rubén.

- “Lo veo todo negro”: negro, lo opuesto de blanco, de la lejía.

-¿Eh?- Cris estaba tan perdida como yo.

-A ver -prosiguió Santiago, que al parecer lo tenía muy claro-: podríamos activar un programa de manera que cuando alguien introduce en la barra del

buscador cualquier cosa relacionada con el campo semántico del color negro, o de la oscuridad en general, se disparan automáticamente los *banners* de Borreguito, con un mensaje del tipo “¿Lo ves todo negro? Lejía Borreguito”, o algo por el estilo.

Todos parecíamos un poco confundidos. La primera en poner pegas fue Cris:

-A ver, original es, pero eso ampliaría al posible receptor del mensaje a cualquier persona que esté haciendo una búsqueda en Internet de ese tipo, y no a amas de casa o a alguien que lo que busque sean productos de limpieza.

-Bueno, en realidad no importa -

intervino Rubén-: mira, en el *brief* no se especifica a qué tipo de persona va dirigida la campaña. Yo creo que es hasta mejor así. Las posibilidades se dejan abiertas y el mensaje puede llegarle a cualquiera.

-Es casi como una campaña de guerrilla -concluyó Santiago.

Yo no tenía ni idea de qué era aquello de la guerrilla aunque me sonaba un poco violento. Fuera como fuera, Cris y Rubén aceptaron encantados la propuesta, así que acto seguido nos pusimos a dar ejemplos de hipotéticas búsquedas en Internet que activaran los *banners* de Borreguito, a cada cual más disparatada.

-Mmmm... las pinturas negras de

Goya -aportó Rubén.

-Arroz negro... tarta selva negra... de comida hay un montón -anotó Santiago.

-Jamón pata negra -esta era yo, que aún me acordaba del festín de la noche anterior-, chocolate, ¡calamares en su tinta! -reímos. La cosa aún iba para largo.

-¿Qué tal LBD? -sugirió Cris.

-¿LBD?

-*Little Black Dress*, o vestidito negro. Un término muy usado en moda -aclaró a todos.

Buf, ya puestos, podemos añadir la búsqueda a cualquier artículo de ropa al que añadan el adjetivo negro...

-O “de luto”...

La lista se amplió

considerablemente.

-¿Y qué tal obras literarias o películas? Debe de haber un montón... *Entre tinieblas*, *La noche oscura del alma*... -era Santiago, el que más puesto estaba en estos temas.

-Y canciones, discos... *The dark side of the moon*, de Pink Floyd. ¿Alguien está apuntando todo esto?

-Es que vais muy rápido. Me parece que se lo ha tragado un “agujero negro”... -intenté hacer un chiste.

-María, eres la “oveja negra” de grupo.

Estaba visto que la tarde iba para largo.

El día tocaba a su fin y nos

disponíamos a salir de la salita donde había tenido lugar la lluvia de ideas. Yo tenía el cerebro frito, pero por lo demás, estaba satisfecha de mis aportaciones y con el rumbo que parecían estar tomando las cosas. No veía el momento de devolverle los zapatos a Cris, embutir mis doloridos pies en los míos, y poner rumbo a casa, donde hoy sí, me esperaba una cerveza y unas palomitas, amén de un baño de espuma relajante porque sí: me lo merecía. Y como si el aciago destino una vez más se quisiera burlar de mis intenciones y echar por tierra todos los planes, irrumpió Nacho en la sala. El traje de Armani no mostraba ni una arruguita tras nueve horas de trabajo.

-¿Chicos? ¿Ya estáis listos? No esperan en el bar.

-¿Qué? -había vuelto a mi estado usual de no comprender nada.

-Que vamos a tomar algo con los de Borreguito. Es lo normal en estos casos, cuando los clientes visitan la agencia. Es un poco el protocolo, y así conversamos en un ambiente más informal -me aclaró Cris.

-Todo por el bien de la agencia -concluyó Santiago, a quien lo de salir por ahí con los clientes parecía hacerle tan poca gracia como a mí.

Adiós cerveza, palomitas y baño de espuma. Y lo peor no era cancelar mis planes en la soledad de mi apacible

piso: lo peor era que me tenía que desplazar a donde quiera que fuéramos encaramada a esos tacones insufribles con los que apenas podía dar un paso sin parecer una torre de castellets catalanes a punto de derrumbarse. Pero en seguida otro pensamiento hizo que me animara: iba a tener la oportunidad de salir con Nacho y tomar unas copas distendidamente (sí, aunque fuera en compañía de otras diez personas, pero salir con él al fin y al cabo): aquello era sin duda lo más parecido a una cita a lo que jamás podría aspirar.

Por suerte el lugar al que íbamos quedaba a cinco minutos de la agencia: podría aguantar el trayecto con dignidad

y sin darme un trompazo. De camino Cris y yo caminamos delante mientras que los chicos nos seguían a la zaga. Muy típico. El local, lejos de parecerse a un bar de tapas de toda la vida, era un monumento al diseño más innovador: luces indirectas, música *chill out* y camareros que parecían sacados de un catálogo de Calvin Klein. Allí la especialidad eran los gin tonics con pepino y enebro y las tapas deconstruidas (lo que equivalía a, por ejemplo, croquetas del tamaño de la uña del meñique y prodigiosos pinchos de tortilla sin huevo ni patata). Yo, que ya había tenido lo mío el día anterior con el sushi, opté por darme a la bebida. Decisión equivocada.

Los clientes nos esperaban acomodados en la barra. Quizá fueran las luces del local, pero sus rostros ya no me parecieron tan bovinos como por la mañana: todos sonreían y nos dieron una cálida bienvenida, tendiéndonos al momento una ronda de gin tonics. Parecía que acabábamos de aterrizar en Hawaii y solo les faltaba colgarnos al cuello los consabidos *lei* de flores. Agradecieron a Nacho su dedicación y entusiasmo en el proyecto con sonoras palmadas en la espalda, mientras las dos duplas, relegadas a un segundo puesto, ocupamos un rincón acogedor del bar.

-Lo de siempre: Nacho llevándose los laureles –se quejó Cris.

-Bueno mujer, para algo es el director del proyecto -lo excusó Rubén-. Además que sepas que aprecia mucho la paliza que nos hemos dado hoy echando ideas.

-¿Ah sí?

-Sí, de camino aquí le hemos puesto al corriente de lo que hemos avanzado hoy. Y le ha encantado la idea de María para los *banners* -añadió Santiago.

-¿La de “lo veo todo negro”? -no podía ser-. ¡Pero si esa idea ha sido tuya! -le rebatí a Santiago.

-Bueno, tú me diste la idea para la idea -rió-. Además, nada, que mejor que piense que fue todo cosa tuya.

-¿Y eso? -cada vez entendía menos.

-Parece que le has caído en gracia al

jefe -intervino Rubén con cierta ironía, guiñándole un ojo a Santiago. Aquellos dos sabían algo que nosotras ignorábamos.

-Explícate -pidió Cris, que estaba tan perdida como yo.

-Nada, que de camino aquí -confesó por fin Santiago- cuando vosotras ibais por delante, nuestro jefe no le ha quitado ojo a María.

-No tanto a María sino a una parte digamos... más rotunda de su anatomía - Rubén se echó a reír con su propio chiste.

-Que no dejaba de mirarle el culo, vaya -aclaró Santiago para mi estupor.

Cris y yo nos miramos perplejas:

ella rompió a reír a carcajadas mientras yo intentaba mitigar mi bochorno bebiéndome de golpe lo que me quedaba de gin tonic. Los tres se encaminaron hacia la barra para pedir otra ronda, y me quedé sola y sin poderme quitar el soponcio y el azoramiento. ¿Sería verdad lo que los chicos habían contado o me estaban tomando el pelo? Y de ser cierto, ¿debía tomarme aquello como un halago? ¿O simplemente -horror de los horrores- Nacho pensaba que tenía el culo demasiado gordo y por eso no me podía quitar los ojos de encima? No me dio ni tiempo de analizar todo aquello ni de responder a mis preguntas, porque vi a Nacho aproximándose al rincón en el que me encontraba. Oh no, oh no...

-Toma, que veo que no bebes nada y aquí hay que “socializar” -me dijo tendiéndome un segundo cubata. Parecía comprender que yo estaba allí por obligación y no por gusto. Balbucí un “gracias” sin tiempo para explicarle que me acababa de beber un copazo de gin tonic de un trago, por su culpa.

-Mira, quería darte las gracias -dijo ahora en un susurro y en un tono de voz mucho más dulce de lo que acostumbraba a usar-. No solo por tu trabajo de hoy, sino por elegir nuestra agencia. Desde que llegaste ayer he estado muy ocupado con lo de Borreguito y no he tenido tiempo ni de darte la bienvenida como se debe hacer con los nuevos empleados...

¿Qué? ¿Estaba alucinando? ¿Nacho siendo amable? ¿Y qué era eso tan extraño en la comisura de sus labios? ¿Una sonrisa? ¿Le habían puesto a mi bebida alguna sustancia psicotrópica? ¿Qué iba a pasar a continuación? ¿Lloverían ranas y entraría un elefante rosa por la puerta del bar? Fuera como fuera, creí sentirme en una nube, con tacones y todo. Aquello era infinitamente mejor que el baño de espuma que había planeado darme en casa. Por fin, el hombre que me había gustado durante año y pico estaba frente a mí, me hablaba y no solo eso: derrochaba amabilidad y me prestaba toda su atención. Poco importaba si me

hubiera mirado descaradamente el culo o no. *Carpe diem* a todo: disfruté del presente. Eso es lo malo del dichoso *carpe diem*: el momento pasa en un santiamén. Todo aquello duró lo mismo que duraría la espuma del baño que nunca iba a darme, ya que uno de los representantes de Borreguito se aproximó a nosotros e hizo añicos el mágico momento.

-¿María? -me preguntó con una amplia sonrisa e ignorando por completo a Nacho, que seguía a mi lado-. Me han dicho que eres nueva.

-Sí, este es mi segundo día -ratifiqué-.

-Soy Alfredo, no creo que recuerdes mi nombre de la reunión.

-No claro, había tanta gente... -dije, sin confesar que a veces me costaba recordar incluso mi nuevo nombre. Tampoco confesé que de él no solo no recordaba ese dato: de hecho ni me había percatado de su existencia. Y no sé cómo: el chico que tenía ante mí era mucho más joven que el resto de su equipo. Y sin ser guapo (al menos, tan guapo como Nacho), resultaba agradable: las gruesas gafas de pasta que rebasaban el óvalo de su rostro le daban un aire de ratón de biblioteca o de sabio despistado. Y aquella sonrisa de dientes impolutos resultaba franca y contagiosa.

-Ya me habían comentado que en la agencia había gente con talento, pero no

me habían dicho que había redactoras tan guapas -sonrojé hasta los tuétanos. Nacho, que seguía todo atentamente, ni se inmutó por el atrevimiento. Deduje que el tal Alfredo nos llevaba a los de la agencia unos cuantos gin tonics de ventaja.

-¿Tienes novio? -Hala. Lo que me faltaba: encima de atrevido, se inmescuía en mi intimidad. Noté que Nacho, ahora sí, lo fulminaba con la mirada por el cariz que estaba tomando la cosa, pero le tocaba mantener la compostura, y a mí tres cuartas partes de lo mismo. Además que el tipo, a pesar de la salida de tono, me había caído bien. No estaba mal que me tiraran los tejos en las narices de Nacho.

-No, soltera y sin compromiso - contesté: no me creía que aquel cliché hubiera salido de mi boca. ¿Pero qué podía hacer? Era tan cierto como la vida misma.

-¿Y a qué te dedicabas antes de esto?

-A... la hostelería -esta vez era una verdad a medias-. Pero esto me va más -añadí al momento, para desviar la conversación sobre mi pasado y así de paso ganar puntos con mi jefe-. Muuucho más -recalqué, mirando esta vez a Nacho. El colmo de la adulación.

En fin, que sin llegar a coquetear (o eso quería yo pensar), le seguí la conversación a Alfredo. Confieso que en

otras circunstancias (y otra vida y otra galaxia) quizá hubiera sido esa conversación manida el comienzo de algo. Alfredo era lanzado, sí, pero también simpático y locuaz. Y cada vez me parecía más atractivo. Lo que pasaba es que en esta vida y en esta galaxia yo estaba irremisiblemente perdida por los huesos de mi jefe, el mismo que pasados unos segundos se desentendió de nosotros y nos dejó solos. La Mariola pletórica que había sido hacía unos minutos se transformó en un borreguillo asustado y a solas con el lobo. Más borrego que el dichoso borrego de la lejía, que irónicamente había resultado ser una metáfora perfecta de mi propia persona. Me refugié en lo que tenía a

mano: seguí bebiendo un gin tonic tras otro.

Desperté resacosa y con la boca como un estropajo, pero afortunadamente a tiempo para llegar puntual a la agencia. Intenté no pensar en los acontecimientos de la velada anterior (tarea que de todas formas hubiera resultado fútil, pues no me acordaba de nada) hasta que metí a toda prisa mis cosas en el bolso y di con un papelito que no me sonaba de nada: lo desplegué temiéndome lo peor y me encontré con el teléfono de Alfredo, subrayado y recalcado con un imperioso “¡llámame pronto!”. Ay Dios. ¿Qué había pasado? O lo que es peor, ¿habría

sido Nacho testigo de eso que supuestamente “había pasado” entre Alfredo y yo? ¿Qué había sido de Nacho el resto de la noche? No había vuelto a hablar con él desde que Alfredo nos interrumpiera en el rincón del bar. Fuera como fuera, no tenía tiempo para hacer conjeturas. Quisiera o no (y no, no quería) debía ir a trabajar.

Mis compañeros llegaron a la agencia en un estado tan deplorable como el mío. Las ojeras, los pelos revueltos y las marcas de la almohada habían sustituido a los trajes y pajaritas de la jornada anterior. Pronto reanudamos el trabajo en el lugar donde lo habíamos dejado, pero esta vez sin

los chistes, ocurrencias y comentarios jocosos del día que gracias a Dios poco a poco iba quedando atrás. Ni Cris ni los chicos comentaron nada de Alfredo ni me hicieron preguntas: seguramente habían estado a lo suyo y ni se habrían enterado de mi supuesto flirteo con el representante más joven de Borreguito, flirteo que ni yo misma era capaz de asegurar por culpa de la ginebra. Hicimos algunos progresos con los *banners* y cuando ya teníamos un volumen de trabajo considerable de trabajo nos separamos y cada uno siguió en su escritorio por separado y en el más absoluto silencio. Agradecí la paz y el sosiego que aquel mobiliario blanco y frío me ofrecían, y las líneas fueron

fluyendo. Si bien no recobré la memoria (tampoco hice ningún esfuerzo), sentí el impulso de la creatividad apremiándome a teclear líneas a un ritmo desaforado. A última hora de la tarde no tenía ni rastro de resaca (si bien a eso ayudó la sopita que Cris trajo a la hora del almuerzo para todos desde un restaurante vietnamita cercano, y que me consta que hace milagros) y estaba satisfecha de mi trabajo. Y lo que es mejor: ni rastro de Nacho. Igual estaba de viaje, reunido, o seguía durmiendo la mona. No me importaba.

Quedaban solo unos minutos para la hora de salida. Hoy sí, nada ni nadie me lo iba a impedir: un buen baño de

espuma. Cerré los ojos intentando visualizar las miles de burbujas que rebosarían mi bañera, casi hasta podía oler las sales de lavanda y el aceite de almendras que guardaba para ocasiones especiales. Qué gustazo... Sonó el teléfono. Se me heló la sangre al escuchar a Nacho al otro lado, en un tono tan neutro que no auguraba nada bueno:

-¿María? ¿Puedes pasarte un segundo por mi oficina?

Miré el reloj: era la hora de largarme y de hecho mis compañeros ya tenían un pie en el ascensor. Pero cómo iba a negarme a las órdenes de mi jefe.

-Voy ahora mismo -obedecí como un manso borreguito.

Si hubiera sabido lo que me esperaba allí dentro, hubiera puesto pies en polvorosa nada más colgar el teléfono. O mejor aún: ni siquiera me habría presentado esa mañana a trabajar.

-Cierra la puerta -ordenó Nacho sin dignarse a mirarme. Aquello pintaba cada vez peor. Ni siquiera levantó la vista de su ordenador una vez que me hube sentado al otro lado de su escritorio.

Por fin dejó lo que fuera que estuviera haciendo. Cerró su portátil y cruzó las manos sobre él. Yo tragué saliva. Me miró como miraría el director del colegio al niño gamberro de turno, y comenzó a hablar.

-Mira, María, esto que tengo que decirte es un poco delicado, pero no tengo otra elección.

No tenía ni repajolera idea de qué estaba hablando. Me preparé mentalmente para cualquier cosa. Pero solo una me venía a la mente: no había dado la talla y mi periodo de prueba había durado menos de lo que canta un gallo.

-Como sabrás, la política de la empresa prohíbe tajantemente cualquier tipo de relación romántica entre empleados, y entre empleados, del rango que sea, y clientes. Comprenderás ahora que juzgue tu comportamiento de ayer con... -intentó hacer memoria- Alfredo, del todo inapropiado.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

-¡¿Qué?! Pero si yo no... pero si nosotros no... -balbuceé. No sabía ni qué decir, de lo ofuscaba que estaba. Tampoco Nacho me dejó continuar. Alzó el dedo índice frente a mi rostro en un gesto insolente y siguió hablando en un tono monótono, carente de fluctuaciones. Aquello parecía un grabación o parte de un guion preestablecido.

-No hace falta que te excuses. Mira, te vi, te vimos todos, y para no hacértelo más humillante me voy a ahorrar las descripciones.

¿Las descripciones? ¿Pero qué clase de espectáculo bochornoso había dado

con Alfredo desde el rincón del bar? Yo juraría que no... que nosotros no... no, no, y no. Imposible. ¿Y si fuera que sí? Hice un esfuerzo, pero nada: mi memoria estaba en blanco. Y yo, al parecer, imposibilitada para el habla. Vaya plan.

-Comprendo que eres joven, que te gusta la marcha, y que estás entusiasmada con la novedad que tu trabajo representa. Créeme: todo hemos pasado por eso.

Lo que me faltaba: ahora se las daba de figura paternal y comprensiva. Pero me hubiera gustado decirle un par de cositas: que ni era tan joven (aunque, para mi vanidad, sí era cierto que aparentaba unos cuantos años menos) ni

me entusiasmaba puerilmente con lo nuevo, pues ya había vivido lo mío, o eso me pensaba yo. Y la marcha sí, me gustaba, pero la que involucraba salir con mis amigos, no esa otra marcha que parecía insinuar mi jefe. Por supuesto, no aclaré ninguno de estos puntos: mis labios seguían sellados, petrificados por el asombro.

-Pero déjame recordarte que estás aquí en calidad temporal -prosiguió Nacho, impasible-, y que razones como esta podrían acarrear la terminación de tu periodo de prueba. Por ser esta tu primera falta no voy a tomar cartas en el asunto y como supongo que no quieres que esto llegue a recursos humanos, te agradecería que no comentaras tampoco

nada fuera de esta oficina.

¿Me estaba amenazando? ¿Quién se creía ese cretino que era? Cretino se quedaba corto: engreído, amargado, abusón, y otras cosas muchísimos peores y malsonantes que me cruzaron por la mente en ese momento pero que ahora por decoro no voy a reflejar por escrito.

-¿Alguna pregunta? -concluyó Nacho, esbozando por primera vez una sonrisa. Una sonrisa que se me antojó lobuna, repleta de dientes afilados, y muy diferente a la que había desplegado ante mí la noche anterior.

Y sí, tenía muchas preguntas. Para empezar, qué era lo que había visto en el

bar capaz de provocar aquel escándalo. Porque yo juraría que no... No, mejor no jurar nada: por mucho que me esforzaba la noche anterior seguía sumida en el limbo de la amnesia y el alcohol. Necesitaba que alguien me sacara de dudas, y ese alguien por supuesto no podía ser Nacho. Así que me limité a negar con la cabeza, a despedirme cortésmente y a salir de su despacho, eso sí, dando un rotundo portazo que dejara claro lo único que tenía claro en esos momentos: mi absoluto desprecio hacia el insoportable de mi jefe.

Esa noche no pegué ojo. El baño con sales de lavanda y aceite de almendras no me ayudó a relajarme. Lo único que

podría haberme ayudado hubiera sido el súbito regreso de mi memoria. Por más vueltas que di en la cama y por más que me estrujé los sesos, aquel episodio estaba irremisiblemente perdido en el fondo de mi subconsciente. Podía llamar a Alfredo. Pedirle explicaciones. Pero el solo hecho de marcar su número me daba pavor: ¿Y si le daba pie a algo más? No, Alfredo quedaba descartado. Tenía que recurrir a otros medios. Y dado que contratar a un hipnotista para hacer una regresión estaba fuera del alcance de mi bolsillo, no me quedaba más remedio que hacer otra cosa.

Así que a la mañana siguiente a primera hora me llevé a Cris al baño y

le pregunté a ella.

-¿Entre tú y Alfredo? -se encogió de hombros- Que yo sepa nada. No pasó nada de nada.

-¿Estás segura? -no podía creer que al fin tuviera una buena noticia.

-Que sí mujer, que el bar no era tan grande y os hubiéramos visto. A ver, el tipo se estaba poniendo un poco pesadito, pero como tú parecías encantada, pues nada, os dejamos a vuestro rollo.

-¿Y Nacho?

-¿Nacho? ¿Qué tiene que ver Nacho?

-Tú respóndeme -hice acopio de paciencia.

-Nacho fue de los primeros en largarse. En cuanto se esfumaron los

mandamases de Borreguito, salió disparado. Al final nos quedamos Rubén, Santiago y yo. Y tú y Alfredo, claro... -añadió, con un rentintín que no me hizo ninguna gracia.

-¿Y luego? -pregunté. Tenía que saber qué pasó hasta el final.

-Luego nada. Te quisiste ir a tu casa. Llevabas una tajada... aún así me devolviste la chaqueta y los zapatos, y te fuiste caminando tan fresca.

-¿Y Alfredo?

-Alfredo se fue en dirección contraria. Fin de la historia.

Y misterio resuelto. De hecho, no había ningún misterio. Lo cual no significaba que mis dudas se hubieran

disipado: ¿a qué venía entonces el numerito que Nacho me había montado en la oficina? Cris parecía estar leyéndome la mente.

-¿Pero por qué me preguntas todo esto? ¿Es que ha pasado algo?

Así que le confesé el bochornoso episodio en la oficina de nuestro jefe que me había dejado hecha polvo. Cris en seguida le quitó importancia.

-Bah, ya ves que es un cafre. Solo querría asegurarse de que sabes quién está al mando. Eso o al final el presupuesto no llega para contratarte y está buscando excusas para echarte -no me gustó un pelo esa posibilidad, aunque era mejor que pasar por la vergüenza de haberme liado con un

cliente-. Claro que igual es otra cosa... -
añadió Cris, de nuevo con un tono de
guasa que tanto me molestaba dadas las
circunstancias y que por lo visto mi
puesto pendía de un hilo.

-¿Qué?

-A ver si va a ser verdad que le
gustas al jefe, y te ha montado el
numerito porque lo que le pasa es que
está celoso.

Pasé el resto del día dándole vueltas
al último comentario de Cris e incapaz
de escribir más de dos palabras
seguidas. En pocas horas experimenté
todo un abanico de emociones a cada
cual más contradictoria: incredulidad,
duda, ofuscación, enfado, ilusión,

frustración... en fin, parecía un manual de psicología. Al menos no fue en vano, y hacia el final de la tarde había llegado a una conclusión. De repente lo vi tan claro que no pude contenerme y di un sonoro manotazo sobre mi escritorio. Mis colegas se miraron pero no dijeron nada: debieron achacar mi gesto a un arrebatado de creatividad. En fin, a lo que iba: lo que estaba claro como el agua era que, al margen de lo que Nacho sintiera o dejara de sentir por mí, no tenía derecho de abusar de su posición de poder y hacerme creer que mi puesto peligraba. Y lo mismo por mi parte, o sea, yo debía hacer a un lado aquella maraña de emociones que me arrasaban cada vez que pensaba en mi jefe, y

centrarme en mi trabajo, que era lo primordial. El mundo de la publicidad me estaba gustando y no pensaba ni loca hacer como Isa y encerrarme a cal y canto resignada a sacarme unas oposiciones. Necesitaba el dinero y más que eso, sentirme útil y activa, y no podía echarlo todo por la borda a causa de los caprichos de mi jefe o de mis propias emociones. Ni hablar. Y ja, se lo pensaba dejar muy clarito a Nacho. Yo era una profesional muy cualificada. O eso quería creer. O eso le iba hacer ver a Nacho, cuanto antes mejor. Sentí la imperiosa necesidad de presentarme en su oficina y dejarle las cosas claras, punto por punto: a. Yo no había tenido ningún devaneo con Alfredo (eso Cris

me lo había dejado claro); b. Yo era una persona muy seria (eso no lo tenía tan claro); y c. Yo era una buena redactora y tan solo necesitaba una oportunidad para demostrarlo. Así que resuelta y con aire decidido me encaminé a la oficina de mi jefe. Iba a ver ese de qué pasta estaba yo hecha.

La puerta estaba entreabierta así que ni me molesté en llamar con los nudillos. Mejor así, mejor no tener que pedirle permiso pues eso significaba acatar de antemano mi inferioridad frente a él. No había pensado muy bien qué decirle pero estaba preparada para lo que fuera. Para todo, menos para lo que me encontré allí dentro.

Nacho estaba sentado tras su escritorio, y a sus espaldas y de pie, Yolanda la de cuentas le masajeaba los hombros con fruición. Tenía esta el gesto de un gato goloso, mientras que la expresión de Nacho, los ojos cerrados y la boca entreabierta, era de puro éxtasis, por no decir obscena, y totalmente fuera de lugar. Me quedé clavada donde estaba. Aquel cuadro me sobrepasaba: era una escena cruel y surrealista que hubiera querido disipar como las telarañas de un mal sueño, salvo que no, no estaba soñando, como quedó claro cuando Yolanda reparó en mí y me preguntó en un tono melifluo:

-¿Necesitas algo? -no había en sus

palabras nada que delatara sorpresa, como si se regodeara de que los hubiera interrumpido y fuera precisamente lo que necesitaba para constatar que Nacho era suyo y solo suyo.

Este abrió los ojos y a diferencia de la otra parecía desconcertado, un niño pescado en el acto de abrir a escondidas el bote de las galletas.

-No, sí, o sea, nada importante - intenté inventar una excusa sobre la marcha- Nada, que le quería comentar a Nacho unas líneas que he escrito -mentí.

Pero el aludido seguía sin decir “esta boca es mía”. Podía leer la vergüenza en sus ojos. Como para no avergonzarse: después del teatro que el

muy hipócrita me había montado allí mismo, lo había pillado *in fraganti* en una situación muy poco apropiada con la de cuentas. Una tesitura muy poco profesional. Recordé sus palabras textuales: “la política de la empresa prohíbe tajantemente cualquier tipo de relación romántica entre empleados”. Eso, a mi parecer, incluía los masajes con tintes eróticos entre director creativo ejecutivo y directora de cuentas. Ja. No tenía más que decir por mi parte. Solo un sarcástico “ja, ja, ja” que, por supuesto, me reservé para mis adentros. Así que di por finalizada aquella situación tan incómoda, incómoda al menos para mí y obviamente para Nacho, porque Yolanda

parecía encantada con todo. Murmuré un “volveré en otro rato” y me giré sobre mis talones. Yolanda seguía mirándome y sonriendo satisfecha, como si en vez de haber estado sobándole las espaldas al jefe acaba a de conquistar la mismísima Numancia.

En fin, no hay mal que por bien no venga, o eso dicen, y tras mi irrupción en la oficina de mi jefe al menos había hallado respuesta a uno de los interrogantes que me atormentaban: ¿Yo gustarle al jefe? Ahora sí: JA. Estaba claro que aquél le tiraban más dos tetas que dos carretas, y la golfa de Yolanda de esto último andaba sobrada. Claro que tampoco entendía entonces la razón

del discursito que me había tenido que aguantar sobre relaciones sentimentales en el trabajo. Solo había una posible razón para todo aquello, como bien había conjeturado Cris: buscaban excusas para no formalizar mi contrato. Pues se lo iba yo a poner muy difícil a los de Whittaker & Phillips. Iba a dar la talla, vaya que sí. Iba a olvidar todo lo que sentía por Nacho (quien además, obvia decirlo, ni lo merecía) y me iba a centrar en mi trabajo. De ser el inocente y desvalido borreguito que había pisado por primera vez las oficinas de Whittaker & Phillips escasos días atrás, iba a pasar a convertirme en la mejor redactora, la profesional más cualificada, la trabajadora de conducta

más intachable y la creativa más excepcional. No podrían dejarme ir así como así, y menos con excusas tan burdas como la que Nacho se había sacado de la manga. Estaba decidida. En Whittaker & Phillips el único borrego que iba a quedar pululando por las oficinas (y salvo el que reflejaban las botellas de lejía) era mi propio jefe.

La tortilla se da la vuelta.

Comencé aquella nueva etapa que me había autoimpuesto yéndome de compras. Bueno, qué más quisiera: de mi trabajo en Whittaker & Phillips no iba a ver un centavo hasta final de mes. Lo que hice fue algo que tenía pendiente: armarme de paciencia y devolver el arsenal de prendas que había adquirido con Richi, y que estaba claro que nunca usaría. En las tiendas donde no aceptaban devoluciones en metálico cambié las blusitas, falditas y vestiditos

por prendas sobrias, cómodas y prácticas. Y sin habérmelo propuesto, todas negras. Pero estaba bien así. Aquel luto improvisado iba a ser mi seña de identidad, de la misma manera que la de Cris parecían ser los bombines y las boinas. También el luto era una metáfora de mi nuevo estado. Sin ponernos dramáticos, era verdad que algo había muerto en mí: la Mariola ilusionada e inocente que creía en los flechazos amorosos, el amor a primera vista y los cuentos de hadas. El encontronazo en la oficina de Nacho me había abierto los ojos. A partir de entonces no pensaba dejar de ser yo misma, pero iba a ser una versión más madura, decidida e inquebrantable. Más

Mariola que nunca (aunque en la agencia ni me conocieran por mi verdadero nombre, pero eso era solo un detalle nimio). Me sentía... como el Ave Fénix que renace de sus cenizas, vaya. También dice el refrán que a rey muerto, rey puesto. En este caso el rey muerto era evidentemente Nacho (cómo me había equivocado con él), y la reina que salía airosa tras las calamidades no era otra sino yo misma.

Me alegré de haberme ido sola de compras y sin la compañía de Richi. Necesitaba ese momento de reflexión, y mi deambular por el centro de la ciudad se convirtió en una bienvenida catarsis. Una vez que acabé con el proceso de las

devoluciones, y cargada con nuevas bolsas, me sentí infinitamente mejor. Me di un último capricho: en el departamento de cosméticos del Corte Inglés me hice con un lápiz de ojos ultra negro, que aplicaría todas las mañanas sobre mi párpado superior siguiendo los pasos indicados por la amable dependienta, quien me instruyó en el arte de conseguir una mirada “seductora y cargada de misterio”. Lo cierto es que viéndome en el espejo que me tendía la dependienta parecía otra: no podía estar más satisfecha.

Pero aún así, reviviendo el episodio en la oficina de mi jefe, no podía evitar sentir una insidiosa punzadita en el

pecho. ¿Eran celos? Puede. Vale, sí, lo eran. Los celos me carcomían por dentro y ni diez capas de prendas de luto podían mitigar la quemazón que me devoraba. ¿Eran deseos de venganza? Seguramente también, pero mejor no pensarlo. No iba a rebajarme, no pensaba tomar ninguna medida contra Nacho o Yolanda (nada de escenitas patéticas como el sermón que mi jefe me había soltado). Simplemente iba a dejarlo pasar, esperar a que el tiempo curara las heridas y mientras tanto, centrarme en mí misma. Además, nada podía hacer, y es que debía aceptarlo: yo no pertenecía al mundo de Nacho (más que en condición de su subalterna). Nacho tenía derecho a hacer lo que le

viniera en gana, con Yolanda o con la reina de Saba. Y yo, tres cuartas partes de lo mismo. Con Alfredo o con Perico de los palotes. Aunque por el momento, prefería estar así: sola.

El destino o las circunstancias se encargaron de ponérmelo mucho más fácil en esta nueva etapa que me había propuesto comenzar: a la mañana siguiente, al llegar a la agencia, me enteré de que Nacho se había ido de viaje de negocios unos cuantos días. Perfecto. No tendría que cruzármelo por los pasillos deseando que me tragara la tierra, ni mucho peor, enfrentarme a su presencia (y a esa cara, y esos ojos, y esos labios...) al otro lado de su

escritorio. Sentí de nuevo ese molesto dolor en sordina en el pecho (también conocido como “celos”) al saber que entre el equipo de Whittaker & Phillips que acompañaba a Nacho estaba Yolanda (¡la muy perra!). Pero nada podía hacer, y nada quería hacer. Salvo centrarme en mi trabajo y en sacar la campaña de Lejía Borreguito adelante. Y eso es lo que hicimos. Cris, Santiago, Rubén y yo trabajamos sin descanso y con auténtico ahínco durante varias jornadas. La libertad de sabernos sin la presencia de Nacho, fuera de distendernos, se convirtió en un estímulo: trabajamos sin presión y dimos rienda a nuestra creatividad sin trabas ni juicios de por medio, y los

resultados fueron excelentes. No solo acabamos todos los conceptos para los *banners*, sino que creamos otros para posibles ramificaciones de la campaña: vídeos y audios digitales, anuncios impresos, promociones en tiendas... Además, recayó sobre mí la tarea de reescribir todo el contenido de la página web existente haciéndolo más atractivo. Cris, por su parte, seleccionó nuevas imágenes acordes con el contenido e hizo un bosquejo para un sitio web original y refrescante. Rodrigo, el director creativo que había quedado a cargo de nosotros durante la ausencia de Nacho (y que me recordaba muchísimo a Miguelón, el bueno de Miguelón, mi ex jefe en el Starbucks) alabó nuestros

progresos y aportaciones, y aseguró que una vez que Nacho regresara sólo podíamos esperar de su parte la aprobación en todo. Tuvo el bonito detalle de felicitarme personalmente por mi progreso: aseguró que tenía el puesto garantizado, y que tan solo debía esperar la vuelta de Nacho para confirmarlo.

Mi trabajo no fue lo único que se llevó agasajos por parte de mi equipo: mi nueva indumentaria y maquillaje despertaron comentarios favorables, sobre todo en boca de Cris (que era la entendida), a quien mis prendas negras le parecieron “fabulosas”, “de lo más in” y “súper sexys”. Acabó su retahíla de alabanzas con un “espera a que te vea

el jefe, se va a caer de culo”, comentario que preferí pasar por alto en ese momento. La imagen que cada día me devolvía el espejo del baño de la agencia era toda la aprobación que necesitaba.

En resumidas cuentas, le había dado el adiós definitivo a Nacho, y cuando el fantasma de los celos que seguía rondándome me atacaba cuando menos lo esperaba al pensar en lo ocurrido entre él y Yolanda, me encargaba de disiparlo de un manotazo imaginario o de una caía de pestañas de mis ojos enmarcados en negro.

Aproveché también esos días para

quedar con mis amigos, lo cual me sirvió para fortalecer mi autoestima además de pasármelo como una enana, cosa que por otro lado no era nada nuevo. Quien tiene un amigo, tiene un tesoro, y yo era tan afortunada de tener a cuatro como cuatro soles, aunque una de ellas aún no se hubiera enterado de nada porque ya tenía bastantes dramas en el temario de historia de la literatura que se estaba echando encima: *La Celestina*, *La Regenta*, *La casa de Bernarda Alba*... en fin. En comparación, mis aventuras y desventuras con el canalla de mi jefe eran una chiquillada. A Sole, Richi y el Locomías sí que les conté con pelos y señales todo lo acontecido desde la farsa que mi jefe me había

montado con aquello de las “relaciones sentimentales” en el ámbito de trabajo. Y a cambio recibí un torrente de frases de apoyo y comprensión: “para qué necesitas a ese tío, si nos tienes a nosotros”, “menudo capullo”, “que le den”, “a otra cosa mariposa”, “tú a tu trabajo”, “lo vas a hacer muy bien”, etc. etc., y como colofón, un “nena, tú vales mucho” muy almodovariano de labios de Richi, que parecía resumirlo todo. Además y a mi favor Alfredo no había vuelto a dar señales de vida: para él había sido un capricho pasajero y al menos que la campaña de la lejía Borreguito requiriera otra reunión, no lo volvería a ver en mi vida.

Richi, por otro lado, nos anunció una cena inminente en su terraza a cargo de Alejandro, quien desplegaría sus dotes de chef frustrado y nos sorprendería con una variedad de platos a cada cual más delicioso. Aquello, aunque pareciera una nimiedad, consiguió animarme del todo: la expectativa de una noche entre mis amigos, en la que fluiría el vino, la comida y la conversación amena, con la ciudad a nuestros pies y el panorama de la catedral iluminada de fondo, era todo lo que necesitaba. Deducción: no estaba tan mal como pensaba. Además, Sole nos anunció que nos tenía una sorpresa guardada y que solo la revelaría esa noche durante la cena. Tratándose de

ella, podía ser cualquier cosa. Estaba ansiosa por que llegara la noche en cuestión. Y la noche llegó, pero con ella, o previa a ella, o lo que es lo mismo, justo ese día, me enfrenté también a algo ineludible: el regreso de Nacho a la oficina.

A media mañana, y sin que nadie de mi equipo le hubiera visto el pelo por los pasillos, nos llamó a Cris, Santiago a y a mí a una reunión en su oficina. Temblé al pensar en adentrarme de nuevo en ese espacio que me traía tan malos recuerdos, y recé para que Yolanda no se nos uniera: no podría soportar de nuevo esa mirada de superioridad cargada de desprecio.

Afortunadamente Nacho estaba solo y a juzgar por su rostro, de un humor de perros. Ni me miró. Yo, por el contrario, no puede evitar quedar de nuevo hipnotizada por esos ojos, ese pelo revuelto, esas manos nervudas y fuertes, esa boca incitante. Se me había olvidado lo irresistiblemente guapo que era el hombre que tenía frente a mis narices. Ay no, no, no... otra vez no. “Contrólate, Mariola, contrólate”. Nada de “Mariola”: yo era María, una redactora creativa y altamente cualificada, e iba a demostrarlo. Nos acomodamos en sillas alrededor de su escritorio y Nacho tomó la palabra:

-Chicos, Rodrigo me ha puesto al corriente de vuestro progreso con la

campaña.

Su tono no auguraba nada nuevo. “Ya está”, me dije para mis adentros. “Ahora es cuando dice que no le ha gustado nada y me anulan el contrato”.

-Y lo único que puedo hacer es felicitaros. Los *banners* se ajustan perfectamente a lo que requería la campaña, pero habéis ido mucho más allá. El resto de conceptos de apoyo son simplemente geniales, y estoy seguro de que el cliente nos dará la luz verde para ejecutarlos en cuanto se los presente. Estoy impresionado.

¿Impresionado? Dios mío, este hombre era más difícil de leer que los manuscritos del Mar Muerto. Seguía

serio y con la cara larga. Impasible como una efigie. No era precisamente la estampa del entusiasmo.

-Cris y María, a vosotras en especial os tengo que felicitar por vuestro trabajo en el sitio web. Excelente. No sé si el presupuesto del cliente va a llegar para estos cambios, pero que os quepa duda de que intentaré convencerlos.

Aunque había dejado claro que nos incluía a las dos en sus palabras, Nacho ni se dignó a mirarme, centrándose solo en mi compañera. ¿Qué demonios le pasaba conmigo?

Me di entonces cuenta de algo tan obvio que me hizo sonreír y regocijarme

para mis adentros: Nacho estaba avergonzado. No podía decir si era a causa del primer discurso amenazante que me había soltado o del segundo episodio bochornoso con Yolanda. Pero aquella forma tan obvia de eludirme era su peculiar método de exteriorizar un rubor que de otra manera, estoy segura, le habría teñido de púrpura hasta el cogote. Y me di cuenta de algo más: tras todos estos acontecimientos, yo quedaba situada en una posición de poder, o como suele decirse, tenía la pelota en mi campo. Nacho, reconozcámoslo, había fallado estrepitosamente en un par de ocasiones, y yo, por el contrario, había salido airosa sin otra herramienta que mi trabajo y esfuerzo en la campaña. Le

había demostrado que podía ser una profesional, tan o más valiosa que él para la agencia. Y simplemente eso era lo que iba a seguir haciendo: no iba a regodearme en el bochorno de mi jefe, no iba jamás a mencionarle ni su fallido sermón ni el masajito de Yolanda. A diferencia suya, a mí no me gustaba andar por ahí humillando a diestro y siniestro. ¿Y no me había dicho él precisamente que todo aquello “no saliera de su oficina”? Pues eso iba a hacer, aplicándolo no solo al rapapolvo que me había echado, sino también a sus escarceos con Yolanda a escondidas. Mejor dejarlo pasar. Lejos de buscar el escarnio de mi jefe o la venganza, yo iba simplemente a seguir trabajando,

demostrándole a él y a todos en Whittaker & Phillips lo mucho que valía, dejándome la piel en la campaña de Borreguito, o en cualquier otro proyecto futuro, porque sí, los habría: mi contrato fijo era algo inminente. Conclusión: al pobre de mi jefe se le había dado la vuelta la proverbial tortilla, o siguiendo con metáforas similares, yo tenía ahora la sartén por el mango.

O eso creía.

A la hora del almuerzo me dirigí a la cocina a recalentar un pincho de tortilla de patata que me había hecho la noche anterior y que traía en un *tupper*. Desde

el fiasco con el sushi, aquello se había vuelto una costumbre. O más que costumbre, una necesidad imperiosa para no caer en números rojos ni desfallecer por inanición antes del final de la jornada. Ese día había optado por una sencillita ración de tortilla y nada más: ya me resarciría aquella noche con las succulentas preparaciones con las que nos deleitaría Alejandro. En esas andaba pensando cuando en la cocina, oh sorpresa, me di de bruces con Nacho, que se servía un vaso de agua del dispensador. Ajá: era mi oportunidad de oro de demostrarle que no le guardaba rencor y había olvidado ya los dos amargos episodios de los días anteriores. Y ya de paso, podía hacerle

ver que yo estaba resultando de gran valor para la agencia y que debía contratarme ipso facto.

-¿Quieres? -le pregunté de manera natural y desenfadada, mostrándole la tortilla en el *tupper*, que más que tortilla, se me antojó como la pipa de la paz.

-No, gracias, no tengo hambre -murmuró por lo bajo y de nuevo sin mirarme. Cretino. Me sacaba de quicio.

-Venga, un poco, que no puedes estar todo el día con una macchiato -insistí. Error garrafal, del que me percaté nada más pronunciar la palabra “macchiato”.
Ay.

-¿Y tú cómo sabes que es un macchiato? -por primera vez desde su

regreso, no solo tuvo la deferencia de mirarme, sino que me atravesó con la mirada.

-Yo... pues... como es una bebida un poco pija... no sé, me lo he imaginado. Bueno, ¿quieres o no? -me apresuré a preguntar, intentando desviar la conversación hacia derroteros que no fueran el maldito macchiato.

-Te he dicho que no.

Le hubiera estampado la tortilla en la cara, por mucho que esa cara fuera lo más perfecto que había visto en mi vida. ¿Qué le costaba al menos ser un poquito amable? ¿No se daba cuenta de mis intentos por enterrar el hacha y seguir adelante?

-Ay hijo, no sé por qué eres tan...

tan... -no daba con la palabra que estaba buscando, de lo ofuscada que estaba. ¿Dónde estaba la María “altamente cualificada”? ¿Dónde estaba el mango de la metafórica sartén? Se me iba todo de las manos por momentos.

-¿Tan qué? -me instigó Nacho.

-Tan... ¡tan estirado! -grité, sin contenerme, y eso que el adjetivo no era el más apropiado, como el propio Nacho me había dejado ver gracias a Yolanda.

Pero el que de verdad perdió los papeles fue él, que hizo entonces algo que me pilló totalmente por sorpresa y que al día de hoy consigue ponerme la piel de gallina cada vez que lo recuerdo.

Con una mano me arrebató la tortilla, aún fría, haciendo que el *tupper* saliera disparado por los aires. Y con la otra me asió de la base del cuello y me estampó de espaldas a la pared. Me quedé paralizada de la impresión. El frío, impasible Nacho, se había trasmutado en un obelisco.

-¿“Estirado”? ¿Te parece que esto es “estirado”? -me preguntó, o me gruñó, cargando sus palabras de ironía.

Se llevó la tortilla a la boca y se la zampó en un par de bocados, sin dejar de clavarme los ojos, que le echaban chispas. Me hubiera derrumbado de la impresión, si no fuera porque me seguía asiendo de la base del cuello. Me tenía acorralada. En un chispazo de lucidez

reparé en que aquella era la primera vez que se establecía un contacto físico entre nosotros, con la excepción de nuestro primer apretón de manos. Al darme cuenta de ello la piel de Nacho se me antojó extremada caliente, el escote me quemaba con su tacto, y el calor se propagó como una onda expansiva por todo mi cuerpo. Respiraba con dificultad. Pero Nacho no alivió la presión. Su rostro, que seguía mascando a conciencia, estaba solo a unos centímetros del mío. Sus ojos me laceraban. Su mano me hacía daño, pese a lo cual sentí un placer indescriptible. El momento estaba cargado de tal intensidad que si alguien hubiera encendido una cerilla, se habría

producido una explosión instantánea. No sabría si aquel cuadro era aterrador, repugnante o tremendamente erótico.

-Deliciosa -pronunció Nacho en un murmullo gutural, una vez que se tragó mi malparada tortilla. No dejaba de mirarme: era difícil decir si aquel “deliciosa” iba dirigido a la comida... o a mi persona. Solo entonces alivió la presión de su mano y me liberé de su yugo, aunque una parte de mí, lo reconozco, hubiera querido quedar allá apresada hasta la eternidad. Salí apresuradamente de la cocina sin volverme atrás ni molestarme en recoger el *tupper* que quedó, junto con mi dignidad, tirado en el suelo. La tortilla, literalmente o no, se había dado de

nuevo la vuelta.

Al parecer el cupo de sorpresas no se había completado aún ese día. ¿Dónde había quedado la paz y la estabilidad de las jornadas anteriores? La llegada de Nacho había sido un vendaval que se había llevado por los aires los cimientos de mi seguridad, un tumulto dañino que había echado por tierra todo lo que hasta entonces creía seguro. Por la tarde nos convocó de nuevo a los tres en su oficina. Yo, después de lo de la cocina, no tenía ni fuerzas para desplazarme hasta allí y enfrentarme a su presencia, pero no estaba en mi poder decidirlo. ¿Cómo reaccionaría Nacho en esta ocasión?

¿Me tiraría una grapadora a la cabeza? Pues no: una vez que estuvimos allí las dos duplas, se dedicó una vez más a pasar olímpicamente de mí. Su indiferencia hacia mi persona me dejó muy claro que pretendía obviar el episodio en la cocina. Me pregunté si Nacho sufría de algún trastorno de personalidad bipolar. Si aquellas fluctuaciones de carácter no lo convertían en loco, me iban a volver loca a mí.

-Os he llamado porque estoy esperando una llamada de los representantes de Lejía Borreguito -anunció-. Por conflictos en su calendario, puede que adelanten la presentación de los conceptos a mañana

mismo. Ya sé que está todo prácticamente finalizado y que solo queda rematar unos pocos detalles, pero voy a necesitar que esta noche estéis todos localizables y disponibles en caso de que debamos regresar a la agencia para ultimar la presentación.

¿Aquella noche? ¡No, precisamente esa noche no! Me iba a perder aquella velada que me hacía tanta ilusión. La cena, mis amigos, la ciudad a nuestros pies y la catedral de fondo, la sorpresa de Sole, en fin, todo al garete. Pero lo peor no era eso, ni tener que renunciar a mis planes por una noche de trabajo, y yo lo sabía: lo peor era enfrentarme a la apabullante presencia de Nacho (del que

ya había tenido bastante durante el día), a deshoras y en una agencia prácticamente vacía. Necesitaba un respiro. Sin atreverme a revelar mis auténticos temores, salí con la excusa de la cena:

-Nacho, esta noche precisamente tengo un compromiso.

-La señorita tiene un compromiso -se burló, haciendo alarde de un cinismo que nos dejó a todos de piedra-. María, ¿eres o no eres parte de este equipo?

-Lo soy, lo soy -me apresuré a contestar. Mi puesto dependía de todo aquello.

-Pues muy bien, estamos todos disponibles. ¿Alguna pregunta? -retó al resto del equipo.

Todos se apresuraron a negar enérgicamente con la cabeza. El rapapolvo que me había echado allí delante de todos había sido suficiente para escarmentarlos.

Intenté consolarme pensando que de tener que regresar a la agencia por la noche, la cosa no sería para tanto. En un principio, la presentación por parte de los miembros del equipo creativo se había fijado para dentro de una semana e iba a tener lugar por medio de video conferencia (lo cual iba a librarme de tener que lidiar con la presencia física de Alfredo. Una pantalla de por medio iba a hacer la cosa mucho más llevadera). Y como Nacho había

apuntado, ya lo teníamos todo prácticamente hecho. Los conceptos e ideas estaban finalizados: solo faltaba consolidar todo en una bonita presentación PowerPoint que resultara fácil de seguir y amena para los clientes, y organizar quién iba a presentar cada una de las partes, más o menos como repartirse los papeles en una función. Esta tarea no podía llevarnos más de un par de horas. Con un poco de suerte podría aún asistir a parte de la cena. Drama superado.

-A ver, Cris, Rubén, Santiago, vuestros teléfonos los tengo guardados. Me falta el tuyo, María.

Estas palabras reventaron la perfecta burbujita multicolor que había creado a mi alrededor. ¿Mi teléfono? ¡No podía darle mi teléfono! Si Nacho aún conservaba el vaso que la muy idiota de mí le había dado en el Starbucks, o por si alguna razón recordaba los dígitos allí anotados, solo tendría que sumar dos y dos para saber que la María que tenía delante, su redactora, no era otra que la Mariola barista que presa de un arrebatado amoroso le había obsequiado con su teléfono. ¡Nooooo!

-916328973 -solté de carrerilla y aparentando la mayor naturalidad. Era una embustera: aquel era el teléfono de Isa. Pero la mentirijilla podría salvarme

y mantener a resguardo mi verdadera identidad. Solo tenía que hacerme con el móvil de Isa aquella noche, y conservarlo por unos cuantos días, y darle a ella unas cuantas explicaciones. También cabía la posibilidad, cómo no haberlo pensado antes, de que Nacho comparara el número del vaso con el que yo había proporcionado a recursos humanos, junto con todos mis datos. Ambos números obviamente coincidían. Pero Nacho solo hubiera hecho esto de haber intuido mi verdadera identidad, y nada más lejos de hacerlo, como había quedado constatado desde mi primer día. No tenía ni repajolera idea de quién era realmente, y me aseguraría de que así siguiera siendo. Estaba salvada.

Respiré. Por suerte, a mi jefe, tras introducir mi número falso en su móvil, no se le ocurrió en ese momento hacerme una llamada perdida.

Abandonamos su oficina y yo salí disparada hacia el baño. Marqué apresuradamente el número de mi mejor amiga:

-Isa, necesito tu móvil.

-¿Que qué?

-¿Vas a ir esta noche a la cena?

-A ver, a ver, cada cosa a su tiempo, guapa.

Mi amiga tenía razón. Respiré hondo y me armé de paciencia. No podía soltarle todo atropelladamente arrastrándola a ella, que no tenía la

culpa de nada, en mi propia confusión. Así que volví a pedirle por favor su móvil durante algunos días; nos lo podíamos intercambiar. Luego le explicaría con calma el porqué de tan inusual petición. Aceptó a regañadientes. Si iba a ir a casa de Richi, se lo podía contar todo de camino. Pero dudaba de que Isa se nos uniera a la velada. Esta vez la que me sorprendió fue ella a mí:

-Pues mira, no tenía pensado salir, para variar, pero me parece que voy a hacer una excepción: estoy hasta las narices de estar encerrada en esta casa.

Isa me explicó que su humor no se debía a las oposiciones, sino a su

compañera de piso, la fantasma, a la que al parecer le íbamos a tener que cambiar el apodo. Por lo visto había cortado recientemente con su novio, y desde entonces apenas salía del piso, pero no se quedaba precisamente llorando sus penas hecha un ovillo y en pijama, no. Según Isa cada noche la fantasma recibía a un invitado diferente, obviamente masculino, para la exasperación de mi amiga, que tenía tolerar la presencia de todos aquellos desconocidos en su propia casa y las consecuencias: que se comieran su comida, tocaran sus pertenencias, pusieran la tele o la música a horas intempestivas, y sobre todo, los “ruiditos” (Isa no necesito aclararme de

qué naturaleza) que le llegaban nítidos a través del fino tabique que separaba las habitaciones de las dos compañeras. La noche anterior se había levantado para ir al baño encontrándose a un tipo en pelotas y haciendo lo suyo en el inodoro, ¡con la tapa bajada! Aquello había colmado la paciencia de Isa: hoy se venía a la cena con nosotros.

Quedamos en que recogería a mi amiga en su casa. De ahí podríamos ir caminando a la de Richi, nos intercambiaríamos los móviles y le contaría todo lo que necesitaba saber. Antes de colgar el teléfono, caí en una obviedad: ¡cómo no haberlo pensado antes!

-Oye, ¿tú conoces a un tal Nacho aquí en la agencia? -al fin y al cabo, Isa había trabajado en Whittaker & Phillips antes que yo. Podía saber perfectamente de quién le estaba hablando. Mira que no haberseme ocurrido antes. No sabía de qué hubiera servido, pero al menos Isa me podría haber puesto sobre aviso del terrible humor del que era mi jefe. No sé, al menos para que no me siguiera perdiendo por sus huesos... aunque era ya un poco tarde para eso.

-¿Nachó? Mmm... no sé, me suena, me suena... pero no te olvides de que la mayor parte del trabajo lo hice como *freelance* desde casa. Y de que yo estaba en el departamento de traducciones, con lo que no llegué a

conocer a los que son ahora tus compañeros de trabajo.

Pues era verdad. Que yo recordara, Isa solo había pisado las oficinas de Whittaker & Phillips en una ocasión, para hacer unos trámites sobre su contrato temporal. Y mientras este duró no había trabajado con el departamento creativo. Las posibilidades de que se hubiera cruzado con Nacho eran muy remotas.

-Aunque el día que estuve allí me acuerdo de haberme cruzado con un tipo que estaba muy bueno... -comentó. Me puse en alerta. No olvidemos que el apodo de Nacho no era otro que el de “el buenorro”, y no en vano.

-¿Con los ojos azul grisáceo?

-No.

-¿Pelo negro y un poco largo?

-No.

-¿Barbita de dos días? ¿Piel

bronceada? ¿Aire misterioso? ¿Espaldas anchas y un culito como para deterrirse?

-¡Que noooo! Pero por Dios, Mariola, ¿quién es el tal Nacho y qué te ha estado haciendo?

Le dije a Isa que cada cosa a su tiempo, que en un rato le pondría al corriente de todo con pelos y señales. De momento yo quería saber en quién se había fijado ella.

-Era alto, delgadito, tirando a rubio, muy repeinado. Ojos verdes. Carita de niño bien, no sé, algo *snob* pero súper

mono. ¿Sabes de quién te hablo?

Claro que lo sabía. Aquello era el retrato robot de Rubén. Soborné a Isa: le dije que si me prestaba su teléfono durante unos cuantos días, sin quejarse ni ponerme muchas pegas de por medio, se lo presentaría. Isa quedó encantada con el acuerdo. Miré el reloj en la pantalla del móvil: era la hora de salir, así que me despedí de mi amiga pues iba a verla en unos pocos minutos.

Ya me sentía mucho mejor. A pesar de que existía la posibilidad de tener que trabajar esa noche, lo tenía todo bajo control. Nada podía salir mal.

Y cómo no, me equivocaba de pe a

pa. ¿Es que alguien me había echado un mal de ojo ese día? ¿Cuántas sorpresas más me esperaban hasta que me fuera a la cama? Tras las puertas que daba a la calle se encontraba posiblemente la última persona a la que me apetecía ver en ese momento: Alfredo. Y no estaba solo. Charlaban animadamente -oh pero por qué me pasaba a mí aquello- con Nacho, que debía haber salido de la agencia justo antes que yo.

-¡Hola María! -saludó con manifiesta alegría nada más verme.

-Hola Alfredo- respondí yo, mucho más seca y reacia a darle los dos besos de rigor que él me plantó en la cara.

-Pues nada, yo ya me iba, os dejo -

intervino Nacho. No sé si eran imaginaciones mías, pero me pareció que se regodeaba en mi incomodidad. En todo caso hizo lo que dijo y se alejó apresuradamente calle abajo dejándome sola ante el peligro. Porque la presencia de Alfredo solo podía significar una cosa: había venido expresamente a buscarme. O quizá no: quizá venía a avisarnos a todos de lo que Nacho había expuesto hacía unos minutos: que se había adelantado la presentación para el día siguiente. Opté por salir de dudas:

-¿Vienes por lo de la presentación?

¿Se ha adelantado para mañana?

-¿De qué hablas? No: sigue planeada para la semana que viene, como estaba acordado. De hecho de eso estaba

hablando con Nacho, me ha dicho que vais muy bien y que no habrá problema en reunirnos por video conferencia de aquí a una semana.

-Entonces, ¿no os vais de viaje?

-¿De viaje? No. No te entiendo.

Pero la que no entendía nada era yo. El presunto cambio de fechas o los planes de viaje por parte de los representantes de Borreguito jamás habían existido. ¿Por qué nos había engañado Nacho? ¿Podría ser que... todo se tratara de una treta para hacerse con mi teléfono? No se me ocurría en ese momento otra posibilidad. Pero no era el momento de lanzarse a hacer conjeturas. Tenía frente a mí a Alfredo,

con carita de niño a punto de visitar el parque de atracciones. Me lo temía: había venido expresamente para verme a mí, y no para interesarse por nuestro trabajo. Así me lo constató:

-Venía nada más para verte. Como no me diste tu número y nunca me llamaste, pensé que... no sé, quizá perdiste el papelito en el que te anoté mi teléfono.

De repente me dio pena el chico. Para él, y al contrario de lo que yo había dado por sentado, yo no había sido un mero pasatiempo de una noche. Alfredo había puesto en mí todas sus expectativas y aquél “¡llámame pronto!” garabateado en una servilleta expresaba

un claro anhelo de volver a verme y continuar con lo que fuera que iniciamos aquella noche en el bar. Sin embargo yo había quedado con Isa para hacerme con su móvil. Pronto. Nada más lejos de mis intenciones que irme a tomar un café con Alfredo, que es precisamente a lo que me invitó:

-Si te parece nos podemos tomar un café ahí enfrente -señaló una cafetería muy cuca que quedaba al otro lado de la acera-. No sé, así nos ponemos al día, pero nada de hablar de trabajo, ¿vale?

Hubiera aceptado de buena gana. De ser otras mis circunstancias, mi vida otra, y este planeta otro muy diferente donde no existiera Nacho. Donde yo no tuviera que ir por ahí ocultando mi

identidad. Donde no tuviera que salir corriendo para asegurarme de que así seguía siendo.

-Uf, Alfredo, aceptaría encantada, pero es que verás, he quedado ya con una amiga y se me está haciendo tardísimo...

La ilusión se esfumó del rostro de Alfredo, pero mantuvo la compostura.

-No, claro, si como me he presentado sin avisar... tú tranquila, vete, que no se te haga tarde.

-Otro día tomamos café o lo que quieras ¿vale? -propuse arrepintiéndome al momento, sobre todo por lo que ese "lo que quieras" podía implicar.

Dejé a Alfredo plantado en la acera

y me sentí terriblemente mal: la verdad es que me caía bien, era honesto y simpático, y para una vez que alguien mostraba interés en mí... pero en fin, no podía pensar en eso ahora. Tenía una misión que cumplir: conseguir el móvil de Isa en caso de que llamara Nacho.

Isa me esperaba en su portal con cara de malas pulgas. No por mi retraso, sino por la delicada situación que me había comentado por teléfono:

-¡No aguanto más! -estalló, cerrando de un portazo la puerta que daba a la calle. Isa me contó que en ese momento la fantasma y su acompañante de turno andaban en paños menores persiguiéndose el uno al otro por toda la

casa. *Su casa*. O la fantasma se echaba un nuevo un novio formal, o Isa estaba a punto de tomar una medida drástica: recoger sus libros y bártulos y regresar a casa de su madre. Para que Isa llegara a esa tesitura, las cosas en su piso realmente debían de ir muy, muy mal. Me sentí fatal por ella. Y luego era yo la que no dejaba de quejarse por cosas que ahora se me antojaban nimiedades. Y me sentí peor aún al recordar el motivo que me había llevado hasta allí: debía pedirle su teléfono cuanto antes.

-Claro, claro, toma. Pero tiene un precio, ¿eh? -me recordó Isa.

Le expliqué que el chico con “carita de niño bien” y “súper mono” era Rubén, director de arte y parte de mi

equipo. Y sí, accedí a presentárselo en cuanto tuviera ocasión, quizá en cuanto finalizáramos la campaña de Borreguito. Igual a ella le iba mejor que a mí en lo que a relaciones se refiero, lo cual visto lo visto, no era muy difícil.

Como Isa y yo contábamos prácticamente con los mismo amigos y conocidos en nuestra lista de contactos, pasar la información de uno a otro teléfono nos llevó solo unos minutos mientras seguíamos caminando. Una vez que los dos móviles pasaron a diferentes manos, y ya metidos en sendos bolsos, Isa retomó la conversación en el punto que la tenía intrigada.

-Bueno, y ahora cuéntame, ¿quién es

el tal Nacho?

¿Por dónde empezar? Pues como suele hacerse, por el principio.

-A ver, ¿te acuerdas del buenorro?

-Claro, el tipo ese que me contaste que se pedía todos los días un macchiato en el Starbucks y que te traía por la calle de la amargura.

Le conté que en mi último día en los cubos estelares me había lanzado en picado y le había dado mi teléfono.

-¿Que hiciste quéee?

Pero no le di a Isa ni tiempo para reponerse. Le referí que el buenorro había resultado ser Nacho, ni nuevo jefe.

-¿Que es quiéeen?

Había más: Nacho por suerte no me había reconocido, pues en la agencia yo

me hacía llamar “María” a secas y así era como todos me conocían.

-¿Que te llamas cómooo?

El caso es que el buenorro, Nacho, había resultado ser un tipo soberbio, arrogante y enervante, que me había tratado como al palo de una escoba y había pretendido darme lecciones morales sobre las relaciones entre empleados, cuando yo misma lo había pillado con las manos en la masa con Yolanda, la de cuentas, y en su propia oficina.

-¿Que estaban haciendo quéee?

Hasta aquí, toda la información era conocida por el resto de mis amigos, pero había algo más: el incómodo episodio esa misma mañana en la

cocina, que terminó con un *tupper* por los suelos, mi estómago vacío, y un creciente estado de confusión por mi parte. En este punto mi amiga, que no salía de su asombro, necesitaba un par de aclaraciones.

-A ver, a ver, para el carro, Mariola. Cuando se te acercó tanto, ¿crees que iba a besarte?

-Pues no sabría decirte si iba a besarme o a darme un guantazo.

-¿Y a ti qué te hubiera gustado?

Ajá. Isa, como siempre, había puesto el dedo en la llaga. Tenía que reconocerlo: Nacho era insoportable, un déspota, un cínico, y por si fuera poco, tenía arrebatos violentos. Y aun así,

debía reconocerlo: estaba loca por él. No era el momento de indagar en mis emociones, lo cual además no nos hubiera llevado a ningún sitio. Le referí lo ocurrido por la tarde: Nacho me había pedido el teléfono, y yo, para salvaguardar mi identidad, le había dado el número de Isa. Aunque la verdad, no sabía las intenciones reales de Nacho: resultaba que lo de trabajar aquella noche era un farol, como me había confirmado el propio Alfredo.

-¿Y quién es Alfredo?

-Eso te lo cuento en otro momento.

Además, habíamos llegado al edificio de Richi. Isa, además de confusa, estaba apesadumbrada por la parte que le tocaba:

-¡Lo que me he perdido estos días!
¡Y todo por las malditas oposiciones!

Haciendo propósito de salir más e intentar compaginar los estudios con los amigos, subimos las escaleras y llegamos al ático de mi amigo. Nos recibió un delicioso aroma a comida que consiguió que nos olvidáramos de todos nuestros dramas. El grupo ya estaba reunido: Sole, el Locomías y Miguel, en la terraza; Alejandro trajinaba en el reducido espacio de la cocina, mientras Richi procedía a abrir un par de botellas de vino. Brindamos por las dotes culinarias de Alejandro, por la sorpresa que Sole nos tenía reservada y que nos tenía a todos con la incógnita, y sobre

todo por Isa, que parecía haber regresado del mundo de los muertos. Nos acomodamos alrededor de la amplia mesa de la terraza y mientras disfrutábamos del vino y de las vistas, Richi y Alejandro comenzaron a sacar aperitivos y canapés: mini quichés de queso brie, rollitos de hojaldre con verduras y tartar de atún con tomate. Aquello estaba para chuparse los dedos y más con el hambre que traía (por culpa de Nacho me había quedado sin almuerzo y llevaba todo el día en ayunas). Muy a gusto hubiera seguido atacando sin tregua las fuentes de los canapés, pero Sole decidió que era el momento de revelar sus sorpresa y reclamó nuestra atención haciendo

tintinear una cuchara sobre su copa, como si estuviéramos en una boda.

Nos explicó que la obra en la que estaba trabajando, *The Rocky Horror Show*, se estrenaba la noche del 31 de octubre, o sea, la noche de Halloween. Mis amigos y yo aún no teníamos planes para entonces, a parte claro está de asistir a la representación. Sole había tenido una fantástica idea: ya que tenía excedente de material, nos había confeccionado a la pandilla los mismos disfraces que a los actores del reparto. Con ellos podríamos tanto acudir a la representación (lo cual era una costumbre entre los fanáticos de la película) como salir luego de marcha.

Sole, que ya lo tenía todo planeado, había asignado los papeles: Richi sería el doctor Frank-N-Furter, pero la versión algo más recatada, ataviada con bata médica hasta los pies, en vez de la arquetípica imagen con liguero y corsé. Y es que mi amigo podía ser muy atrevido en lo que se refería al peinado o número de perforaciones faciales, pero siempre se había sentido algo inseguro con su cuerpo, y estaba claro que se iba a negar en redondo a pasearse por ahí luciendo michelines (aunque me consta que no los tenía, pero en fin, así era Richi). Por otro lado el Locomías, que no contaba con la palabra “pudor” en su repertorio, luciría los escuetos bóxers dorados que caracterizaban a

Rocky Horror, y podría hasta teñirse de rubio dorado si le apetecía. Había disfraz también para Isa, pues Sole había previsto que no sería capaz resistirse al plan: ni una plaza garantizada en el instituto más cercano iba a lograr que se perdiera algo así. Ella sería Columbia, a la que además, con el pelo corto y anaranjado, se daba un aire. A mí por otro lado, por tener el pelo como una escarola, me tocaba el disfraz de la criada Magenta. La que sin duda iba a dar el golpe de efecto era la propia Sole, quien desechando la idea de caracterizarse como otro personaje femenino, había optado por la indumentaria de Riff Raff, el desagradable criado: no pensaba

cortarse un pelo, nunca mejor dicho, e iba a lucir una prótesis de silicona que ocultaría su larga melena haciéndola parecer calva. Sole traía los disfraces en una bolsa que había dejado en el baño. El plan era el siguiente: uno a uno pasaríamos a probarnos nuestros correspondientes disfraces sin que los demás nos vieran, únicamente Sole estaría presente para rectificar medidas y hacer las alteraciones y ajustes necesarios antes de la noche del estreno. A ella no la íbamos a ver caracterizada como Riff Raff; tendríamos que esperar a la noche de Halloween para darnos la sorpresa del año.

Todos aplaudimos la idea, y a mí en

particular me ilusionó más que a nadie no solo por ser fanática de la obra (que lo era) sino porque precisamente el 31 de octubre era la fecha fijada para la presentación de la campaña de Borreguito (si es que no había cambios, como Nacho había sugerido, aunque parecía confirmado que eso era trola). La obra y una noche loca de marcha iban a ser justo lo que necesitaba para celebrar la culminación de tantas largas jornadas de trabajo.

Uno a uno procedimos por tanto a meternos en el minúsculo baño de Richi para hacer las pruebas de vestuario, mientras Alejandro terminaba de servir la cena. Primero Richi, luego el

Locomías: ambos regresaron a la terraza retorciéndose de risa por lo que fuera que había ocurrido en el baño. Llegó mi turno: me dio a mí también un ataque de risa al verme de esa facha en el reducido espejo del baño de Richi. Sole rectificó la longitud de la falda (aseguró que me la iba a dejar cortísima, que para algo tenía piernas) y me recomendó teñirme el pelo de rojo intenso, como la verdadera Magenta a la que iba a encarnar. Regresé a la mesa y sirviéndome más vino me uní a la juerga. Aquello de los disfraces había servido de verdad para que nos animáramos, además, claro está, de la comida exquisita y el vino que no dejaba de fluir en nuestras copas. Hasta la

temperatura era ideal y las estrellas titilaban sobre nuestras cabezas. No recordaba haberlo pasado así de bien en mucho tiempo.

Isa fue la última en hacer las pruebas en el baño. Al igual que nosotros, regresó a la mesa sujetándose las costillas. Me alegré por ella: mi amiga se merecía más que nadie una noche de evasión. Desafortunadamente no había disfraz para Miguel ni para Alejandro. El primero, como mucho, iba a disfrazar a sus hijos y pasearlos por el barrio, cosa que haría a regañadientes, ya que consideraba Halloween “un invento yanqui importado, muy poco castizo, y con motivos subyacentes de lo más

materialistas”. Alejandro por su parte tenía otros planes: esa noche debía acudir (también a regañadientes, como Miguel) a la cena que se celebraba en honor de la compañía de su padre: una firma de abogados muy prestigiosa que precisamente el 31 de octubre cumplía 25 años. “Todo un planazo”, aseguró, cargando sus palabras de amargura.

Como ya estábamos todos de regreso del baño y acomodados en la mesa de la terraza, Alejandro procedió a servir los platos principales de la cena: ensalada tibia con queso de cabra y nueces, y arroz caldoso con bogavante. Casi me desmayo al llevarme a la boca una porción de lo último: en mi vida había

probado algo más delicioso. Alejandro se merecía un premio, qué digo premio, una escultura en bronce a las artes gastronómicas, por lo menos. El arroz tuvo el mismo efecto en el resto de mis amigos: por unos minutos se hizo el silencio, solo roto por el mascar y un continuo “mmmm” de fondo proferido desde las diversas bocas y clara señal de satisfacción, o de éxtasis.

Y entonces el tono de mi móvil, o mejor dicho, del móvil de Isa en mi bolso, rompió definitivamente el silencio. No solo eso: ese sonidito impertinente hizo añicos el momento mágico que estábamos viviendo, en el que por fin yo me había olvidado de

todas mis calamidades con nombre propio: Nacho. Sabía que era él. La mirada estupefacta de Isa, que no esperaba ninguna llamada de nadie a esas horas, también me lo confirmó. Alcancé el móvil: el número en la pantalla se mostraba como “desconocido”. Contesté.

-¿Sí?

-¿María? ¿Es este tu número? -era él. No había duda. El efecto metálico que la línea telefónica confería a su voz no lograba ocultar lo profundamente masculino y sexy de aquel timbre y tono inconfundibles. Automáticamente

conecté el modo “altavoz”: no quería ser grosera recibiendo una llamada privada con todos mis amigos a la mesa. Si

hubiera sabido el cariz que iba a tomar aquella conversación, jamás habría hecho cosa semejante.

-Sí, claro, ¿de quién iba a ser si no?

-No, claro... ¿estás aún con Alfredo?

-¿Con Alfredo? No. Estoy sola - mentí.

-Bueno, no te he llamado antes por si estabas con él. No quería interrumpirte...

-pese lo que cabría esperar en él, no había nada en su voz que delatara cinismo. Estaba siendo sincero. Pues yo también iba a serlo.

-Mira, entre Alfredo y yo no hay nada de nada. Yo no sabía que se iba a presentar en la agencia.

-Ya, eso me ha dicho. Creo... creo que el otro día, cuando te solté ese rollo

en mi oficina, yo no tenía derecho a... -
¿Cómo? ¿Era eso un conato de disculpa?
No daba crédito a lo que oía.
Sintiéndome en una posición superior,
decidí cortarle el rollo y ponerlo en su
sitio.

-¿Por qué llamas? ¿Es que hay que ir
a trabajar? -pregunté, esperando que el
rintintín de ironía en mi voz dejara claro
que sabía que era mentira.

-No, no, no es eso, la presentación
sigue fijada para el día 31 -aclaró, sin
llegar a reconocer que lo del cambio de
fecha había sido una patraña.

-¿Entonces? -la verdad es que me
tenía intrigada.

-Mira, creo que antes de que me
fuera de viaje se nos quedó una

conversación pendiente y... -ajá. Ya sabía yo por dónde iban los tiros.

-Si te refieres a lo que vi en tu oficina, o a lo que sea que te traes con Yolanda, no tienes qué preocuparte. No se lo voy a contar a nadie y muchos menos voy a ir con el rollo a Recursos Humanos. Tú secreto está guardado.

-¿Yolanda? Ja ja... -rompió a reír súbitamente- No hay nada entre Yolanda y yo. -La verdad, no comprendía que le hiciera tanta gracia que yo lo hubiera insinuado.

-A mí no tienes por qué darme explicaciones -recé para que no se me notara que estaba celosa.

-No es eso.

-Entonces qué -la verdad,

comenzaba a estar confusa. Cada vez le veía menos sentido a esa conversación. No sabía por qué me había llamado Nacho y no entendía mi propia reacción, tan intransigente y agresiva.

Quedamos unos segundos en silencio. Noté cómo la tensión se acumulaba al otro lado de la línea. Por fin Nacho tocó un tema delicado, seguramente lo que le habría llevado a pedirme mi número de teléfono:

-Mira, lo que ha pasado esta mañana en la cocina, yo... -pero yo no quería hablar de ese punto. Más que nada, porque no sabía qué emociones se despertaban en mí al recordar lo ocurrido: emoción, deseo, rencor,

desprecio, morbo...

-Siento haberte llamado “estirado” -cedí al fin, aunque lo hice para dar carpetazo al tema y dejarlo estar de una vez.

-Tú no sabes nada de mí -vaya. Yo pidiendo disculpas y él atacando de nuevo, ¿ah sí?

-Ni lo sabría aunque llevara allí trabajando diez años. Eres cerrado, huraño, antisocial y pretencioso -“chúpate esa”, pensé.

-Te lo repito: no tienes idea de cómo soy ni por lo que he pasado -el cabreo de Nacho iba en aumento, corroborando por otro lado lo que yo acababa de decirle- ¿Crees que mejor debería comportarme como una loca por la vida,

como una niñata?

-¿Me estás llamando loca y niñata? ¿A míiii? -ahora sí: me había sacado de mis casillas- ¿Pero quién cojones te crees que eres? -ay. Igual me había pasado un pelo. No debía olvidarme de que Nacho era mi jefe y tenía el poder de despedirme.

-Me lo estás poniendo muy difícil, María -Nacho de repente estaba más calmado. Mucho más que yo, que había perdido los papeles. -La verdad no sé por qué me he molestado en llamarte. No lo hubiera hecho si no llevara encima unas cuantas copas de más.

O sea que encima de todo, Nacho era un tremendo cobarde, infundiéndose

ánimos con el alcohol. ¿Pero de qué iba todo aquello? ¿Por qué me había llamado? Estaba confundida, y la frustración amenazaba con hacer aflorar lágrimas en mis ojos desorbitados. Todo aquello no tenía ningún sentido. Así lo expresé, eso sí, en un tono por fin más sosegado.

-¿Qué pasa, Nacho? ¿Qué es todo esto? Si la presentación no ha sido adelantada, ¿por qué me llamas? - prácticamente le estaba implorando una respuesta. Pero no llegó.

-Déjalo estar. Disculpa si te he molestado. Buenas noches, María.

Y colgó.

Me quedé como un pasmarote con el

móvil en la mano. Me di cuenta entonces de que no se escuchaba ni el zumbido de una mosca y de que ni siquiera corría el aire. Seis pares de ojos se habían clavado en mí, y me di cuenta entonces de que mis amigos habían dejado de masticar, con la boca aún llena, o de que aún portaban los cubiertos a medio camino del plato a la boca. Menudo cuadro. Fue el Locomías el que por fin rompió el silencio, dejando patente la pregunta que compartían todos los allí reunidos:

-¿Pero qué cojones ha sido eso?

Isa, la sabia Isa, creía tener la respuesta:

-Tía, Mariola, ese tío está colgado por ti.

Intenté pasar por alto cualquier otro comentario sobre aquella conversación surrealista que acababa de mantener con mi jefe y centrarme de nuevo en la cena. Pero me temía que la había echado a perder. Mis amigos ya no charlaban tan animadamente como antes y el arroz se había enfriado. Lo sentí sobre todo por Alejandro, con lo que se había esforzado. Y me sentí como una imbécil. Para intentar compensar a mis amigos, me ofrecí voluntaria para bajar a comprar unas tarrinas de helado a los italianos. El postre era lo único que Alejandro se había dejado en el menú. Todos aplaudieron la idea y dejamos así zanjado el asunto de mi impertinente

conversación a la mesa. Isa se ofreció a acompañarme. De camino a los italianos me comentó:

-¿Sabes? El caso es que a mí su voz me suena de algo.

¿Pero de qué podía sonarle, si Isa tenía la vida social de un carmelita descalzo? Pasé su comentario por alto y lo atribuí a la cantidad de vino que había ingerido mi amiga, no acostumbrada a esos excesos. Días más tarde me arrepentiría de no haberle hecho caso.

La noche de los horrores.

Al día siguiente en la agencia Nacho se comportó como si la extraña conversación de la noche anterior jamás hubiera tenido lugar. Y yo lo agradecí internamente: no tenía ganas de volver a pensar en lo ocurrido, y mucho menos de que algo tan bochornoso volviera a repetirse. Ambos reanudamos nuestras tareas como si tal cosa, aunque sí noté a partir de entonces un ligero cambio en la conducta de mi jefe: se mostraba más afable conmigo, e incluso en las

reuniones, en las contadas ocasiones en que yo tomaba la palabra, tenía la deferencia de dirigirme la mirada. Quizá todo se debiera, y esto era lo más probable, a que los días más pesados de la campaña para Borreguito ya habían quedado atrás, rebajando el estrés en la vida de mi jefe y reduciendo su apretadísima agenda de trabajo. Parecía un milagro: en un par de ocasiones incluso me pareció atisbar una sonrisa en el hasta entonces impertérrito rostro de Nacho.

Aún así y en las muchas horas muertas que ahora me brindaba mi trabajo, no podía evitar regresar una y otra vez a nuestra conversación

telefónica y sobre todo a aquella frase tan enigmática en la que en su momento apenas no había reparado: “no sabes por lo que estoy pasando”, me había dicho Nacho. No, claro que no lo sabía. De hecho, Nacho y yo nunca habíamos tenido una conversación personal, o más bien, una conversación cordial como cualquier ser humano normal y corriente. Así que nada sabía yo de él y viceversa. Él ni siquiera podía imaginar que yo era María, la cándida barista que le servía café diario y que en un momento dado le había dado su teléfono, cosa de la que me había arrepentido un millón de veces.

Cris sería la que, sin que fuera mi

intención, me desvelara unos pocos datos sobre la vida personal de mi jefe. También fue ella la que me puso al corriente de un par de puntos muy importantes de los que sin duda yo misma me hubiera dado cuenta, de no haber estado tan enfrascada con mi trabajo y tan atribulada por los desplantes y constantes cambios de humor de Nacho.

Con la campaña finalizada, y solo con la presentación de por medio al final de la semana, mi equipo y yo no teníamos ningún otro proyecto entre manos. Eso dio lugar a que también para nosotros la tensión acumulada durante los días anteriores se disipara, y de que

disfrutáramos de largos huecos inactivos que rellenábamos tomando café en la cocina o escapándonos a la cafetería de enfrente. En una de esas ocasiones, y estando con Cris frente a sendos capuchinos y sendos cruasanes en mitad del día, fue cuando me enteré de la información que cambiaría mucho las cosas a partir de entonces.

-Parece que el jefe por fin está más amable contigo, ¿no? -dejó caer Cris.

-Sí, ¿tú también lo has notado?

-Claro. Yo y todo el mundo. Ya te lo dije en su momento: tú le haces tilín a Nacho.

-Bah, de eso nada -me apresuré a negar, aunque ninguna otra cosa me hubiera hecho más feliz-. Además -

añadí, para convencerme a mí misma de que algo así no tenía sentido-, si así fuera, no me trataría como el último mono en la agencia.

-Mujer, eso es por lo que ha pasado el pobre. Mi hipótesis es que se obliga a sí mismo a rechazarte, incluso a humillarte, precisamente para no caer en la tentación y enamorarse.

Además de que yo a aquello no le veía ningún sentido (por no decir que me parecía una actitud retorcida, pueril y estúpida), Cris, como si no quisiera la cosa, había vuelto a mencionar “aquello por lo que había pasado Nacho”. ¿Pero qué clase de trauma lo había golpeado de tal manera para que los demás -y

cuando digo los “demás” me refiero exclusivamente a mí misma- ¿tuviéramos que pagar las consecuencias? Así que no me mordí la lengua y se lo pregunté directamente a Cris.

-Ufff, menudo dramón -se limitó a contestarme. Como yo seguía esperando una respuesta más satisfactoria, por fin se explayó.

-¿Te acuerdas que te dijimos que acababa de cortar con la novia? Bueno, la cosa es un poco más complicada. La novia, o ex novia, es toda una elementa. Es mucho más joven que él (fíjate, aún está estudiando derecho), pero ese no es el problema. El problema es que le puso los cuernos a Nacho un millón de veces; ni se molestaba en negarlo. Nacho pasó

por un infierno. La perdonó otro millón de veces porque la elementa siempre volvía a él lloriqueando, pero al final Nacho se debió de hartar y la mandó al cuerno. Él fue quien cortó, y olé por él. Yo no sé si ella es una cría, una ninfómana, o simplemente un putón verbenero.

Y una estúpida, añadí para mis adentros. Porque si yo tuviera a Nacho, vamos, es que ni loca iba a tener ojos para otro hombre... qué pena que esa posibilidad fuera tan viable como hacerme con un unicornio rosa. Pero antes de irme por las ramas por los territorios nebulosos de la imaginación, me asaltó una pregunta:

-¿Y tú cómo sabes todo eso? Porque Nacho es más impenetrable que una catacumba. A ti seguro que no te lo ha contado.

-Noooo, claro que no -rió con la ocurrencia-. Esto lo sé por Yolanda.

-¿Por Yolanda? -lo que me temía. La pécora de cuentas y mi jefe se traían algo entre manos (bueno, no sé si esa era precisamente la parte de la anatomía que compartían esos dos). Nunca había dicho a mis compañeros que los había sorprendido juntos, pero esta vez no pude morderme la lengua y así lo insinué:

-Ya sabía yo que esos dos debían de estar liados.

Cris rompió a reír a carcajadas y no

podía haber elegido peor momento: una fina lluvia de capuchino salió pulverizada desde su boca aterrizando sobre mi suéter negro.

-¡Jaaaa! Esa sí que es buena. Qué va, mujer, qué va... -insistió, mientras se limpiaba con una servilleta de papel el café de los labios.

Ya estábamos: otra a la que le entraba la risa tonta cuando insinuaba que la de cuentas y mi jefe fueran pareja. Tampoco Cris se explayó más en este punto, pero seguía no obstante erre que erre intentando hacer de casamentera:

-Te digo yo que Nacho está soltero y sin compromiso, créeme. Y está muy bueno. Yo que tú no me lo pensaba dos veces y atacaba.

-Anda, tía lista, ¿y por qué no lo haces tú? -le pregunté fingiéndome la indignada, pero más que nada por desviar la conversación hacia otra persona.

Esta vez mi comentario le hizo tantísima gracia que se atragantó con el cruasán: se puso roja como un tomate y sus carcajadas se parecían a los espasmos de la niña del exorcista. No entendía su reacción:

-¿Qué te hace tanta gracia? Tú misma me acabas de decir que Nacho está muy bueno. No sé qué tendría de raro que tú y él...

Esta vez Cris no me dejó terminar:

-Nada, no tendría nada de raro, si no fuera porque a mí lo que me gustan... son

las chicas.

Me quedé muda. Esa sí que no la había visto venir. Me repente me sentí avergonzada: mi obsesión por Nacho había sido como una venda sobre mis ojos, o como un prisma que me hubiera hecho ver tan solo una parte mínima de la realidad. Había estado tan aislada en mi pequeño y egocéntrico islote que no había prestado atención a lo más obvio. Si Richi se enteraba, me mataba: él me había adiestrado en la materia y los dos nos jactábamos de que mi “gaydar”, gracias a él, estaba súper desarrollado. Podía identificar a un homosexual, hombre o mujer, a kilómetros de distancia. O eso creía hasta entonces. De

pronto, y una vez que la venda se me había caído de los ojos, sumé dos y dos y lo vi todo muy claro...

-Entonces Yolanda... Yolanda y Nacho... Yolanda y tú... ¿Tú y Yolanda?

-Sí, Yolanda es mi pareja. Todo el mundo lo sabe, aunque no lo mostremos públicamente -asentí. Me sentía tan apesadumbrada por haber pensado tan mal de Yolanda, y por haberles atribuido a ella y Nacho una relación que obviamente no existía, que no pude hacer otra cosa que seguir en silencio. Pero aún así, ¿qué hacía ella en la oficina de Nacho en una actitud tan íntima? Cris, que pareció leerme el pensamiento, siguió explayándose:

-Nacho y ella son amigos

prácticamente desde la infancia. Se lo cuentan todo. Por eso sabemos todos los líos de Nacho; si fuera por él no sabríamos nada, pero Yolanda es su confidente. Muy mala elección, teniendo en cuenta que luego ella me lo suelta todo a mí. ¿Sabes? Yolanda antes de trabajar aquí era fisioterapeuta. Da unos masajes de miedo. Yo creo que esa es la técnica que utiliza con Nacho, como si fuera un suero de la verdad. Le da un masajito y el muy tonto se relaja y le cuenta de todo -Cris volvió a carcajearse. Menos mal que esta vez no tenía nada en la boca. Ni corta ni perezosa, siguió hablando de las dotes de Yolanda como masajista:

-Si se lo pides te dará un masaje

encantada. Piensa que eres muy mona - me guiñó un ojo-. Pero lo mejor de todo sería que a ti también por fin se te soltaría esa lengua, que parece que se te la ha comido el gato, y reconocerías lo obvio: tú estas loquita perdida por Nacho.

Ay Dios mío: ¿tanto se me notaba? ¿Sería aquella otra de las obviedades que todo el mundo daba por sentado en la agencia, y de la que para variar yo era la única que no me había dado cuenta? Pero hice caso omiso al comentario, e ilustrando lo que acababa de decir Cris, me quedé callada como una pared y seguí dando sorbitos a mi capuchino. Sí, se me había tragado la lengua el gato.

Necesitaba pensar. Me sentía aliviada al saber por fin que el hipotético lío de faldas de Nacho con Yolanda era simplemente eso, una hipótesis descabellada, pero a la vez me sentía fatal. Seguía apesadumbrada por haber sido una mal pensada, y por no haberme dado cuenta de la orientación sexual de Cris, a la que ya consideraba como mi mejor amiga (después de Isa, claro) y mi aliada indiscutible en el trabajo. Además de mi mentora en el complicado reino de Whittaker & Phillips y la que me había enseñado cómo desenvolverse en el mundillo de la publicidad.

No podía desanimarme. Tenía todo el tiempo del mundo para demostrarle a

Cris que yo podía ser tan atenta y tan buena amiga como ella lo había sido conmigo, y por otro lado no podía negar que esa conversación me había aclarado muchos puntos necesarios, que a saber, eran los siguientes:

a. Yolanda y Nacho no tenían nada entre ellos, salvo una buena amistad que se remontaba a años atrás. Ahora comprendía las miraditas que me echaba Yolanda y que, tonta de mí, había malinterpretado.

b. El misterio de “aquello por lo que había pasado Nacho” quedaba desentrañado. La verdad es que, que le pongan a uno los cuernos duele un rato, pero que lo hagan repetidamente es una fuente de dolor innecesario que podría

dejarle marcado a cualquiera. Ahora comprendía su constante mal humor y su sempiterno aire taciturno; lo que no llegaba a entender era la razón de la charla que me había tenido que tragar sobre las relaciones inapropiadas en el lugar de trabajo. Quizá no fuera lo más loable, pero estaba claro que tener novio o novia en la agencia tampoco era ni ilegal ni reprochable.

c. Cris era lesbiana, cosa que jamás habría imaginado. Estaba claro que debía escuchar más a mis compañeros de trabajo y ser más sociable en la agencia. En realidad, el hecho de que Cris fuera gay me brindaba una oportunidad de oro para demostrarle mi amistad: muchos de mis amigos lo eran

(comenzando por Richi), así que podía presentárselos y ampliar su círculo de amistades. Sin ir más lejos, podíamos hacer algo todos juntos la noche de Halloween.

-¿Qué haces en Halloween? -A Cris le sorprendió el cambio radical de tema, pero respondió al momento:

-Pues no sé, porque Yolanda y yo nos queríamos vestir como los de *La naranja mecánica*, pero nos faltan dos para completar el grupo. Me parece que les voy a tener que pedir a Rubén y Santiago que se nos unan.

La imagen mental de mis dos compañeros de trabajo con los característicos bombines y atuendos

blancos y, sobre todo, con la coquilla sobre las partes nobles, se me antojó comiquísima; iban a parecer más bien Don Quijote y Sancho en paños menores. Pero no me reí, porque de repente me asaltó una duda que podía dar al traste con mis planes de celestina:

-Oye: Rubén no será gay, ¿no?

Estaba claro que yo no era homófoba, pero recé para que él fuera “hetero”. Menuda desilusión se iba a llevar una que yo sabía si no lo era. Ante mi pregunta Cris volvió a reírse a mandíbula abierta. Desde luego, aquella mañana se lo estaba pasando bomba a mi costa.

-No, hija, qué cosas tienes. Ni que fuera contagioso. No, que yo sepa le van

las chicas, y está esperando a que caiga una perfecta en su regazo.

Qué alivio... le referí a Cris los planes de mi pandilla para la noche de brujas, le propuse que quedáramos todos después de la obra, y también le puse al corriente de mis intenciones de presentar a Isa y Rubén, a ver si había suerte y Cupido disparaba sus flechas. Por eso Cris tenía una misión: debía convencer a la otra dupla para que se unieran a Yolanda y a ella.

-Hecho.

A Cris le había encantado el plan, y además y al igual que yo, tenía ganas de marcha una vez que acabáramos con la presentación de Borreguito. Pero la muy

cabezona, en vez de dejar las cosas como estaban, decidió echar más leña al fuego:

-Oye, no estaría mal que también invitáramos a Nacho, ¿no? -me sugirió guiñándome un ojo, gesto que lo decía todo.

-Mira, a ese ni me lo nombres, como no quieras que lo que me queda de café acabe de adorno en tu cabeza -dije, medio en serio medio en broma.

Porque la verdad, prefería no pensar en él. Cada vez que lo hacía, cada vez que le daba vueltas a su extraña actitud hacia mí, que lo mismo podía reflejar que me detestaba como que le gustaba, no conseguía sacar nada en claro y

acababa hecha un mar de dudas. Cometí el error de expresarlo en voz alta:

-Ay, cada vez estoy más confundida - dije en un susurro, creyendo equivocadamente que había hablado solo para mis adentros.

-Pues no lo estés, bonita. Está muy claro: el jefe está por tus huesitos, y tú por los suyos. Cuanto antes lo reconozcáis los dos, mejor será para todos en la agencia. -Y como si lo que acababa de decir fuera lo más insustancial y trivial del mundo, se volvió hacia el camarero que pasaba junto a nuestra mesa-: ¿Me trae la cuenta?

A pesar de las muchas horas muertas

la semana pasó volando y llegó el viernes 31: la presentación de la campaña Borreguito y la noche de Halloween. El equipo creativo, con Nacho a la cabeza, se reunió en la sala de conferencias. Se nos unieron varios miembros de otros equipos que en mayor o menor medida también estaban involucrados en el proyecto, entre ellos Yolanda, que me dedicó una enigmática sonrisa que no supe cómo interpretar. Pero no estaba yo entonces para descifrar misterios de ese tipo: por dentro temblaba como un flan. Era la primera presentación ante un cliente a la que acudía, y me sudaban las manos tan solo de pensar en el momento en que llegara mi turno y debiera exponer ante

todos mis propias ideas. Nacho repasó con nosotros el guion preestablecido que seguiríamos durante la reunión, y en el que él actuaría como guía introduciendo cada uno de los conceptos y aquellos que los habían desarrollado. Lo demás era cosa nuestra. Estaba calmado y su voz desprendía serenidad y confianza: se dirigía casi exclusivamente a mí, seguramente por ser la novata del grupo y la que más necesitaba en ese momento de un apoyo firme. Fuera como fuera, sus palabras y su tono pausado lograron que me calmara. El enorme monitor que presidía la mesa se encendió y aparecieron los rostros graves de los representantes de Borreguito en torno a una mesa muy similar a la nuestra. Entre

ellos estaba Alfredo, que se distinguía por ser el más joven y el único que sonreía. Me era imposible saber si me miraba a mí, ya que ellos, como nosotros, observaban a un monitor, pero hubiera jurado que así era. Dio comienzo la reunión y fueron fluyendo los conceptos, las ideas y nuevas aportaciones, que estaban reflejadas en un presentación PowerPoint que los clientes podían seguir fácilmente en otro monitor. Estos aplaudieron cada una de nuestras ocurrencias: aprobaron el tono de la campaña y cada uno de los *banners*, y se entusiasmaron en especial cuando a Cris y a mí nos tocó presentar lo que habíamos ideado para un nuevo sitio web. Llegado mi turno, me mostré

calmada y segura. Leí pausadamente la parte que me correspondía y hasta me atreví a hacer un par de comentarios graciosos, que causaron la risa de los que se congregaban en torno a las dos mesas. En definitiva, la presentación fue todo un éxito: habíamos obtenido luz verde para todo y los cambios y correcciones por parte del cliente eran mínimos. Solo quedó pendiente la cuestión del sitio web: aunque estaban encantados con la idea, no sabían si su ejecución iba a ser posible por motivos de presupuesto. Antes de que se apagara el monitor definitivamente reiteraron sus felicitaciones. Lo último que vi en el momento en que la pantalla se fundía en negro fue a Alfredo agitando un brazo y

desplegando una franca sonrisa.

-Chicos, sois los mejores, os debo una -Nacho estaba de un humor excelente.

La reunión había concluido y nos incorporamos, momento que Nacho aprovechó para darles a los chicos un enérgico apretón de manos y unas palmaditas en la espalda, y a Cris y a mí un fuerte abrazo. Al llegar mi turno me sentí derretir entre esos brazos vigorosos: aspiré el aroma de Nacho, y sentí su cuerpo tan cálido y acogedor, tan receptivo, que muy a gusto me hubiera quedado allí toda la mañana. Y no sé si fueron imaginaciones mías o una respuesta subconsciente de mi deseo,

pero creí percibir que aquel abrazo intenso se prolongaba por mucho tiempo más que el que le había correspondido a mi compañera. Cuando por fin el cuerpo de Nacho se separó del mío, este, a tan solo unos centímetros de mi rostro y sin dejar de sonreírme, me susurró:

-Felicidades, pequeña. Has hecho un excelente trabajo: estoy orgulloso.

Sentí que el suelo se abría ante mis pies y que caía en un lecho de rosas confeccionado por querubines. Nacho jamás había sido tan atento y tan cálido conmigo. Y estaba orgulloso de mí, ¡de mí! Seguramente yo, por mi parte, había enrojecido hasta las orejas, y además seguía allí como un pasmarote y con una sonrisa bobalicona colgada en los

labios, pero el entusiasmo era tal en la sala que nadie se percató. El momento mágico dio a su fin y Nacho se dirigió al resto de los creativos:

-Pero esto habrá que celebrarlo, ¿no? ¡Os invito a comer!

Aplaudimos la idea. Para mí la comida y la celebración eran lo de menos, aspiraba tan solo a tener a Nacho cerquita de mí y en otro ambiente distinto al de Whittaker & Phillips. ¿Que tenía que comer otra vez pescado crudo y quedarme con hambre? No importaba: me alimentaría de puro gozo, así de estúpidamente romántica es una. Pero no, por suerte no fuimos al restaurante de sushi que había pisado en mi primer

día como traductora y del que guardaba tan mal recuerdo, aunque Rubén insistió porque era uno de sus predilectos. Y nadie hizo caso a Santiago cuando sugirió que visitáramos el bar de bocatas del que era asiduo y en el que podías escurrir con las manos un bocadillo de calamares y rellenar así medio vaso de aceite. Nacho, que para algo era el jefe y para algo pagaba, se decantó por una pizzería italiana que quedaba algo más lejos que los dos establecimientos anteriores (de hecho, colindaba peligrosamente con el Starbucks en el que yo solía trabajar) y que era uno de sus restaurantes favoritos. El lugar me fascinó y nada más poner un pie allí dentro me sentí

transformada al país de la Fontana di Trevi y las góndolas, aunque en mi vida había estado en Italia y mi visión obedecía seguramente a la influencia de las películas americanas.

El local no era nada ostentoso: al contrario, el reducido espacio y el ambiente cálido, familiar, incitaba a la intimidad. La decoración era rústica y el menú reducido: ensaladas y pizzas caseras confeccionadas en horno de leña, cuyo inconfundible aroma hizo que comenzara a salivar de inmediato. Nos acomodamos como pudimos en torno a una mesa pequeña, sobre la que no faltaba el consabido mantel a cuadros rojos y una pintoresca aceitera. Nacho

quedaba frente a mí y pude perderme a mi antojo en su mirada mientras esperábamos que un camarero tomara nuestro pedido. Nos confesó que aquel era su lugar favorito para escaparse durante el almuerzo cuando no había mucho trabajo y podía relajarse más tiempo de lo establecido. Allí ya lo conocían y siempre podía contar con la mejor mesa y la intimidad y paz que necesitaba antes de volver a la agencia. Reconozco que me sorprendió: siempre lo había imaginado en lugares y ambientes más lujosos, rodeado de personas tan vanidosas y arrogantes como el Nacho que yo había concebido. Pero estaba muy equivocada: todo aquello era una máscara, un telón tejido

de apariencias, y tras él se escondía una persona sencilla, celosa de su intimidad, ávida de sosiego. ¿Cuántas cosas más desconocía de Nacho? Y sobre todo, ¿cuántas me permitiría él mismo llegar a conocer?

Un insidiosos ruidito de fondo hizo añicos mis cavilaciones:

-María, Maríaaaa, ¡¡Maria!!

-Ay, ¿qué?, ¿qué?

-Hija, que estás en Babia. Que si la cuatro estaciones y la diávola te parecen bien -era Santiago, a mi lado: colegí que llevaba un buen rato intentando reclamar mi atención.

-Eh, sí, sí -reparé azorada en que un camarero, a mis espaldas, esperaba a

tomar nuestro pedido.

Y recé para que Nacho no se hubiera dado cuenta de que la razón de mi aturdimiento no era otra cosa que su presencia. Pedimos una ensalada y dos pizzas para compartir entre los cinco. La conversación fluía e irremediablemente se centró en el trabajo y en la reunión a la que acabábamos de asistir. Nacho intervino entonces:

-Nada de trabajo, hoy hablamos de otras cosas.

Y tenía razón. A todos nos hacía falta un respiro antes de reincorporarnos al trabajo. Así que inmediatamente la charla giró hacia nuestros planes para aquella noche, que todos esperábamos

entusiasmados. Rubén y Santiago accedieron a los deseos de Cris e iban a completar el grupo de *La naranja mecánica*, yo por mi parte les conté los planes de mi pandilla de acudir disfrazados a la representación de *The Rocky Horror Show*. Nacho conocía de pe a pa la obra y la película, de las que era admirador. Me llevé por tanto otra sorpresa más mientras que Nacho ganaba muy a pesar puntos, y digo “muy a pesar” pues cuanto más descubría cosas en él que me gustaban, más imposible de alcanzar lo veía.

Quedamos en vernos aquella noche en un club céntrico que todos conocíamos y le confié a Rubén mis planes de casamentera con él como

conejillo de indias. Aunque no se mostró especialmente entusiasmado, tampoco me estrelló su porción de pizza en la cara, y conociéndolo, aquella era buena señal. Santiago le preguntó a Nacho qué planes tenía él para esa noche: simplemente se iba a quedar repantingado en el sofá y con una buena botella de vino. Yo de buena gana hubiera mandado mis planes al traste por un huequito en el mentado sofá. Estaba claro: estaba idiota perdida. Y más viendo, como ahora podía comprobar, que él se comportaba conmigo de la misma manera que con mis compañeros, sin deferencias ni predilecciones, y también sin la tensión y hostilidad de otras ocasiones. Yo era

simple y llanamente un miembro más de su equipo. Él era mi jefe, afable, atento, educado, y se acabó. Una barrera invisible nos separaba, aunque se hubiera roto en momentos puntuales como en la cocina o durante el abrazo que me había propinado antes de salir. Pero aquello eran meras excepciones que no debía tener en cuenta, motivada una por un arranque de genio y otra por un arrebató de alegría. Estaba claro y quedaba más que constatado: Nacho no sentía nada por mí, y en las contadas ocasiones en que yo había querido intuir algo, me había engañado a mí misma, en mi patético anhelo de ser correspondida. Era verdad que estaba loca y me comportaba como una niñata, como el

propio Nacho me había increpado por teléfono.

Pero nada de venirse abajo: esa noche era Halloween, la mágica noche de brujas, y tenía motivos de sobra para celebrarlo, por mucho que Nacho no fuera uno de ellos. Acabamos nuestro almuerzo y Nacho sugirió pasar al Starbucks de al lado a por un café. Añadió que aquel era el lugar al que acudía religiosamente todas las mañanas “ay, como si no lo supiera”, pensé para mis adentros. La idea no me hacía ninguna gracia. De hecho, me aterraba. Sabía que Richi y Miguelón estarían dentro, y no quería ni imaginar sus expresiones cuando me vieran entrar

acompañada del que ellos conocían mejor como “el buenorro”. Seguramente me seguirían el juego y fingirían no conocerme, pero aquello tampoco auguraba nada nuevo porque horas más tarde Cris, Rubén y Santiago iban a volver a ver a Richi en el club en el que habíamos quedado, y nada tendría sentido. La situación presagiaba ser un rotundo fracaso. Afortunadamente, Rubén miró su reloj y advirtió que se nos había hecho tardísimo. En efecto, el tiempo se nos había pasado volando en el restaurante y aunque no tuviéramos demasiado que hacer de vuelta en la agencia y Nacho era uno de los mandamases, tampoco convenía dar mala imagen al resto de la agencia

dilatando nuestro tiempo de almuerzo más de lo debido. Nos quedamos sin café, respiré tranquila y regresamos a paso ligero a Whittaker & Phillips.

Una vez en casa pasé el resto de la tarde plácidamente sin moverme del sofá y viendo la tele sin prestar atención, imaginándome que Nacho, en otro punto de la ciudad, debía de estar haciendo lo mismo que yo. ¿Cómo sería su piso de soltero? ¿Dónde estaría? ¿Qué llevaría puesto? Aquellas divagaciones no me iban a llevar a ninguna parte: a una hora que consideré prudente me desperecé de mala gana y me preparé para salir. Había comprado un tinte rojizo cuya caja aseguraba que

el color desaparecía con el primer lavado, quise creerlo a pies juntillas y realizando la mezcla según las instrucciones me apliqué el potingue rezando para no parecer el payaso de McDonalds. Pasados veinte minutos y una vez que me aclaré el cabello, suspiré aliviada: lo cierto era que me encantaba el color, un poco atrevido, sí, pero diferente y favorecedor. Me guardé la solapa de la cajita prometiéndome a mí misma comprarme de nuevo aquel mismo tinte que en apenas unos minutos obraba maravillas. Me vestí en un momento (la camiseta amarilla de Queen y la cazadora negra de cuero que se había convertido en una parte fundamental de mi vestuario ahora que

ya hacía fresquito, y a la que debería renunciar en unas horas temiéndome quedarme congelada), y no me maquillé: de eso se iba a encargarse Sole luciendo sus dotes profesionales y dejándome irreconocible.

Pasé a buscar a Richi a su casa ya que me pillaba de camino y así podríamos coger juntos el autobús. Lo que me temía: también él se había decidido precisamente por la camiseta de Queen. Me abroché la chaqueta hasta el cuello para que los transeúntes no creyeran que ya estábamos disfrazados de forofos del grupo o de gemelos friquis, aunque tampoco hubiera sido para tanto: bastantes de los que a esas

horas transitaban las calles se habían apuntado a lo que hasta hacía poco era costumbre exclusivamente yanqui y lucían disfraces. Richi y yo nos entretuvimos señalando a brujas, vampiros, momias y enmascarados de todo tipo que nos deleitaron hasta que llegamos a la puerta trasera del teatro, donde ya nos esperaban Isa y el Locomías. Nos adentramos en el teatro para buscar a Sole, que andaba como una gallina decapitada dando los últimos retoques de maquillaje y con la boca, como era costumbre suya, llena de alfileres. Nos repartió nuestros atuendos y nos ayudó a ataviarnos; en cuanto me quité la cazadora al Locomías le faltó tiempo para hacer la gracia de turno:

-Hala, si ya vais vestidos de Zipi y Zape, cómo mola.

Bromas aparte, se nos contagió el entusiasmo y los nervios de Sole mientras nos dejaba irreconocibles. A mí me encantaba estar entre bambalinas rodeada de actores que corrían de un lado a otro en paños menores y ensayaban sus líneas en voz alta totalmente desinhibidos; me pregunté si no me habría equivocado de vocación al no decantarme por el mundo de la farándula, pero caí en la cuenta de que al fin y al cabo estaba representando el papel de mi vida encarnando a María, la nueva redactora de Whittaker & Phillips, una persona que en realidad no

era yo. En ese momento, perfectamente ataviada como Magenta, resultaba una versión de mí misma más auténtica de la que era que a diario en la agencia. Nos miramos unos a otros y rompimos a reír como idiotas viendo los resultados. La noche prometía. La verdad es que estábamos impecablemente caracterizados; de hecho y gracias a las habilidades de Sole, éramos réplicas perfectas de los actores que componían el reparto y que ya estaban preparados para salir a escena. La que realmente daba el pego era Isa, que por su parecido físico con la actriz original de la película hubiera podido pasar por ella perfectamente, pero sin duda el que eclipsaba a todos y acaparaba todas las

miradas era el Locomías, ataviado con unos escuetos calzoncillos dorados, y que además y como yo, se había teñido el pelo para la ocasión, aunque el suyo era de un rubio imposible, casi blanco. Antes de que Sole (la única sin disfraz) nos señalara el camino hacia el patio de butacas, nos repartió unas bolsitas de papel con una serie de objetos o “props” que debíamos utilizar durante la función.

La cosa funcionaba así: el grupo de actores iba a representar sobre el escenario la obra, mientras que a su sus espaldas, en una pantalla de proyección similar a la de un cine, se pasaba simultáneamente la película. Además, la audiencia en el patio de butacas

participaba en determinadas escenas por medio de los elementos de utilería en sus bolsitas: para ello había que saber qué objeto se utilizaba en cada momento de la proyección, cosa que solo sabían los fanáticos más avezados, como era el caso Richi, quien en caso de duda nos serviría de guía. Ya en el patio de butacas, que estaba a reventar, revisamos el contenido de nuestras bolsitas: gorritos de fiesta, matasuegras y carracas, una pistola de agua, confeti, globos, arroz y varias cosas más, hasta rollo de papel higiénico que nos dejó intrigados.

Dio comienzo la función. Y en fin, aquello fue una locura, sin duda el

espectáculo más disparatado y divertido al que jamás había asistido: los actores estuvieron a la altura del reparto original a sus espaldas y el público enloquecía a medida que se sucedían los números musicales, respondiendo con un guion preestablecido a los actores sobre el escenario e improvisando una auténtica fiesta en el patio de butacas. Richi nos guio paso a paso con los *props* a la que debíamos echar mano, y en cuanto nos quisimos dar cuenta la función había tocado a su fin y nos encontrábamos pletóricos y con ganas de más marcha. El suelo del patio de butacas quedó regado de globos deshinchados, restos de arroz y papel higiénico y kilos de confeti.

Sole tenía que quedarse entre bambalinas un buen rato: debía ayudar a los actores a desvestirse y ella misma tenía aún que disfrazarse, prótesis en la cabeza incluida. Acordamos esperarla en el bar de enfrente, una tasca minúscula empapelada en carteles taurinos y donde servían vino peleón y poco más: allí desentonábamos como un elefante en una tienda de porcelana china y despertamos las miradas reprobatorias de los escasos parroquianos hacinados en la barra, sobre todo el Locomías, que causó más de un improperio dicho entre dientes. Hacía un frío que pelaba o eso nos pareció bajo nuestras escuetas

indumentarias, así que pedimos tequila para entrar en calor. Aunque era de garrafón no nos importó, y apuramos nuestros chupitos mientras comentábamos entre carcajadas los pormenores de la obra. Cuando llegó Sole armamos un buen barullo: estaba irreconocible y habríamos jurado que se trataba de un hombre, repulsivo y calvo, si no hubiéramos sabido de antemano que el disfraz del criado Riff Raff era el que había elegido nuestra amiga. Nos despedimos del camarero, que por fin nos vio con manifiesto alivio salir de su local, y decidimos visitar otros garitos más de nuestro gusto y más apropiados para la noche de brujas. Deambulamos antes por las calles sin rumbo definido,

ya que la fiesta se había instalado sobre las aceras. Grupos de amigos muy similares al nuestro y lucían sus disfraces conjuntados, compartían vasos de litro y bailaban en la calle. Como a pesar de los chupitos seguíamos con frío (sobre todo el Locomías, que aseguraba que se le habían quedado los pezones como carámbanos de hielo), visitamos un par de bares en busca de calor y de más alcohol. Advertimos que la hora se nos había echado encima y que debíamos presentarnos en el pub donde había yo quedado con mis compañeros de la agencia, así que hacia allí nos dirigimos un tanto tambaleantes y a trompicones: reconozco que el alcohol, combinado con la euforia de la noche,

nos había hecho efecto, a todos salvo a Isa, quien dado que tenía, en sus palabras, “una cita con el amor”, se había comedido y se encontraba totalmente sobria, pues no quería quedar como una idiota cuando le presentara a Rubén.

Reconocí a mis cuatro compañeros en cuanto cruzamos la puerta. La habían clavado con el disfraz, y los cuatro estaban impecablemente caracterizados, coquilla incluida: para conseguirlas Cris se había pateado todas las tiendas de deporte del centro, puesto que no era un artículo muy común que digamos en nuestra geografía. Advertí también que Cris debía de ser Álex, el protagonista

de *La naranja mecánica*, por ser ella la única que lucía una ristra de pestañas falsas en el párpado inferior del ojo derecho. Hice las correspondientes presentaciones poniendo especial énfasis cuando les llegó el turno a Rubén e Isa. Iba yo bastante achispada y no me importó ser tan indiscreta, además todos los allí reunidos, ellos dos incluidos, sabían de antemano de qué iba la cosa y que no tenía sentido andar disimulando. Rubén se mostró seco, cosa que por otro lado era innata a su persona, pero advertí por el brillo de su mirada que Isa, en quien no había reparado el día que mi amiga visitó la agencia, le había gustado. Juraría que mucho. La noche no podía estar resultando más redonda.

Advertí entonces que otro personaje, cuyo rostro quedaba oculto por una máscara de hombre lobo, estaba justo detrás de mis compañeros de trabajo. Tampoco se le veían las manos, enfundadas en una suerte de guantes que imitaban unas garras feroces y peludas. Y en eso consistía todo su disfraz, puesto que el resto de la indumentaria se reducía a unos austeros pantalones negros y un jersey de cuello alto del mismo color. No sabía si aquel peculiar hombre lobo era parte del grupo o un colgado en el club que había optado por pegársenos como una lapa. El caso es que aunque no le viera la cara, el tipo me resultaba familiar, y por qué no,

hasta atractivo: alto, espaldas anchas y cintura estrecha. Un hombre lobo como para saltarse el protocolo establecido y pegarle un bocado. Además, hubiera jurado que tras las ranuras de la grotesca máscara me atravesaba con la mirada. De repente y sin que me lo esperara salto hacia mí con las falsas garras en alto y en actitud de atacarme:

-¡Groooooarrr! -gritó, abalanzándose sobre mí.

-¡Ayyyyy! -grité yo también, aunque como una colegiala, por el susto y por lo inesperado de aquel acto.

-¡Tonta, que soy yo! -me aclaró entre risas-. ¿Te han dicho que estás muy guapa de pelirroja?

Nacho. Cómo no haberlo adivinado.

A pesar de que seguía con la máscara, aquella voz profunda y la actitud desafiante era inconfundibles.

-¡Nacho! ¿Pero qué haces aquí? ¿No te ibas a quedar en casa apoltronado en el sofá? -aunque intentara negarlo, estaba encantada con la sorpresa. Solo esperaba que mi entusiasmo no resultara obvio para todos.

-Bueno, es que... me he apuntado a última hora -aclaró, sin dar más explicaciones.

-Ya... por algo será. -Ésta era Yolanda, que se había acercado maliciosamente hacia nosotros, y acto seguido me guiñó descaradamente un ojo, como queriendo aclarar que ese “algo” no era otra cosa que yo.

¿Yooo? ¿Yo, la causa de que Nacho renunciara a una apacible noche de viernes? ¿Yo, la razón de que cambiara la compañía de un buen vino tino por el insufrible bullicio de una de las noches más festivas del año? ¿Yo, el motivo por el que se había embutido un ridículo disfraz, garras peludas y todo? Yolanda debía de estar de broma. El caso es que cada vez me caía mejor: se notaba a la legua que era una mujer decidida, de las que pisaba fuerte, saben lo que quieren y van a por ello. Era directa y a la vez misteriosamente ambigua, y ahora que lo pensaba hacía una excelente pareja con Cris, extravagante y atolondrada, anclada en una eterna adolescencia, tan

contraria a ella en muchos sentidos. Me había equivocado con Yolanda juzgándola prematuramente, y me pregunté si también habría hecho lo mismo colocando a Nacho en un pedestal inalcanzable y enamorándome perdidamente de él. Esa noche, desinhibida por el alcohol y por el ambiente festivo, llevada por la oscuridad propicia para las confesiones, estaba decidida a averiguar más cosas de él.

Comencé comentando desenfadadamente su atuendo:

-Anda, que vaya disfraz más cutre te has echado -le dije con chanza, atreviéndome a golpearle en el hombro.

No le confesé que en realidad, así, de negro de pies a cabeza, estaba si cabía más irresistible.

-Es que era lo único que quedaba en el todo a euro- replicó haciendo un mohín infantil-: tú sin embargo estás despampanante -añadió.

No me iba a sonrojar ni a cohibir por el comentario, de eso nada. Aquella noche, acaso precisamente por mi atuendo atrevido, o por el cambio de pelo, yo qué sé, me sentía como otra. O acaso era porque Nacho seguía con la máscara, haciendo que esa suerte de anonimato me pusiera más fácil el dirigirme a él. Estaba lanzada.

-Ya, eso me han dicho -comenté coquetamente-. Eso piensa hasta el

estirado de mi jefe.

Esta vez Nacho enmudeció y se limitó a lanzarme una mirada intensa (o eso me pareció a través de las ranuras de la máscara), a la vez que avanzaba un paso y se aproximaba peligrosamente a mí. El lobo dispuesto a zamparse a la incauta Caperucita. El morbo y el deseo actuaron como una corriente de electricidad que me recorrió la espalda. La noche, ahora más que nunca prometía.

Mis dos grupos de amigos parecían haber congeniado: comentaban sus disfraces y hablaban de la obra a la que habíamos asistido: la conversación fluía al ritmo de las bebidas que parecían

haberse materializado instantáneamente en nuestras manos. Nacho se retiró la máscara para poder beber de su vaso, y fue entonces cuando Isa se me aproximó y me comentó al oído, haciéndose oír entre el estruendo de la música:

-Oye, este tío me suena, pero ahora no caigo de qué.

No le di importancia al comentario. Igual se había cruzado con él el día que había estado en la agencia, o igual le recordaba a algún modelo o actor famoso, que con lo bueno que estaba Nacho, también podía ser.

Al rato todos los presentes comenzaron a dispersarse en grupitos o parejas: Rubén e Isa, constatando que la

atracción era mutua, en el extremo más alejado de la barra, Yolanda y Cris a lo suyo, Sole, Richi y Santi, que estaba fascinado con estos dos, hablando a voces en el centro del pub. Me alegré de que Richi estuviera lejos de nosotros: no podía olvidar que Nacho lo veía todos los días en el Starbicks, y si lo reconocía (cosa improbable, pues mi amigo iba con peluca y todo), le sería muy fácil atar cabos y descubrir quién era yo. El Locomías, que por fin había encontrado la manera de entrar en calor, hacía piruetas descabelladas en mitad de la minúscula pista de baile, a ritmo de las tonadillas de famosas películas de terror de los ochenta, que era la selección musical más apropiada para

esa noche. Y yo... a solas con Nacho, aunque decir “a solas” era eso, un decir, puesto que el local estaba a reventar y resultaba difícil hacerse oír entre aquel barullo. Nacho me tomó de la mano con una de aquellas garras plastificadas y me llevó a un rincón apartado donde la música llegaba amortiguada. Me dejé llevar.

-Me caen muy bien tus amigos - confesó-. Ahora, viéndolos, comprendo mejor que estés tan... tan...

-¿Loca? -conluí por él.

-Sí, tan loca, pero por favor no te lo tomes a mal esta vez -dijo, en lo que parecía una disculpa por haberme llamado eso y “niñata”, adjetivos que no

se me olvidaban. Como si me hubiera adivinado el pensamiento, añadió:

-Tengo debilidad por las locas y las niñas, sobre todo si son pelirrojas y van disfrazadas de criadas, qué le voy a hacer.

Dios mío. No daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿Una disculpa, y por si fuera poco, una rudimentaria declaración de amor? Nacho no me dio tiempo a seguir pensando. Se aproximó más y más, dejando entre nuestros rostros apenas espacio para que corriera el aire.

-Y a las niñas pelirrojas, ¿les van los jefes estirados? -preguntó maliciosamente, alzándome el mentón entre los dedos-garras. Me tenía

totalmente a su disposición. Yo de buena gana le hubiera dicho que sí, que sí y que sí, que me iba mi jefe, mucho más que eso: estaba irremediablemente colgada por él, y que por mí podía devorarme o destrozarme con sus garras allí mismo. Nada me importaba. Menos mal que no dije nada parecido porque Nacho, dándose cuenta de que había llegado un poco lejos, retrocedió un paso, retiró su mano de mi rostro y siguió hablando:

-Ahora en serio, perdóname por todo lo que te dije en mi oficina y luego en la cocina, cuando me puse como un obelisco. Y también por las estupideces que te dije por teléfono, buff... No sé si

te lo han contado pero es que llevo una mala racha.

-Si, algo sé -admití, turbada por aquel arranque de sinceridad. Pero aún había más.

-Entonces comprenderás que sea un paranoico y un posesivo: no quería que el idiota de Alfredo te alejara de mí, pensar que podía pasar algo entre vosotros me ponía los pelos de punta -añadió. Aquello iba más lejos de lo que esperaba: sin duda Nacho había ya bebido más de la cuenta para que se le soltase la lengua, y el alma, de aquella manera. Pero por otro lado no podía tolerar que pensara que entre Alfredo y yo había pasado algo: nada más lejos de la realidad. Así se lo dije:

-¡Pero si entre Alfredo y yo no hay nada! El día que nos conocimos solo estuvimos hablando, y luego se presentó en la agencia sin avisar, pero allí se quedó todo.

-Júramelo -su vehemencia hizo que me estremeciera entera.

-Te lo juro -le dije, posando mis dedos trémulos sobre su pecho. Pero ya que estaba siendo totalmente sincera, y él también, creí que era el momento de confesarle mi verdadera identidad, a cualquier precio, y asumiendo las consecuencias.

-Mira, Nacho, quizá también debas saber que...

Pero no me dejó continuar. Tomó mis mano sobre las suyas y volvió a

acercarme a él. Mucho. Entre nuestros labios mediaban apenas unos milímetros. Sentí sobre mi boca su aliento cálido, haciendo que el corazón se me pusiera a mil. Ya no escuchaba la música ni el estruendo, tan solo los latidos de mi corazón queriendo salirse de mi pecho. Creí enloquecer.

-María, me gustas. Siento mucho no haberlo sabido demostrar mejor. Solo espero que tú me correspondas.

No pude ni pronunciar palabra. Simplemente no podía creerlo. Definitivamente aquello no solo había sido una disculpa en toda regla, sino también una declaración de amor.

¿Estaba soñando? En cualquier caso, aquel dulce sueño se tornó pesadilla en cuestión de segundos.

-¡¡Naaaachooooo!! -una voz chillona hizo añicos la mágica burbuja en que nos habíamos instalado e tornó imposible el beso que nunca llegó. Me volví para ver de dónde o de quién provenía aquel grito estridente. Teníamos junto a nosotros a una chica despampanante y vestida de vampiresa que esperaba algún tipo de reacción por parte del aludido. Nacho cambió súbitamente de actitud. Se alejó de mí instintivamente, como impulsado por una corriente eléctrica, y parecía tan sorprendido como turbado.

-¡Graciela! ¿Pero qué haces aquí?

Noté molesta que la tal Graciela no solo era un bombonazo y que el vertiginoso escote de su sugerente vestido revelaba unas tetas más enhiestas que un mástil: además era mucho más joven que yo. Sí, lo reconozco: me dio un ataque de celos. Por si fuera poco, la tía no se dejó cohibir por mi presencia, que ignoró totalmente, y ni corta ni perezosa le estampó un sonoro beso a Nacho en la boca: la misma boca que yo, ¡yo!, debería estar besando. Bien pensado, el disfraz de vampiresa le venía que ni pintado.

-Pues nada, que mis contactos me

han informado de que estarías por aquí y he decidido acercarme -informó, tras el beso que me había dejado a mí hecha pedazos.

Pero antes de que prosiguiera con sus explicaciones que a mí ni me iban ni me venían, algo acaparó su atención al otro lado del bar:

-¡Isaaaaa! -soltó de nuevo en la forma de un gritito molestísimo que casi me perfora los tímpanos. Se dirigía, cómo no, a mi mejor amiga, en otro rincón del local.

Y entonces até cabos y la realidad me cayó con el peso de una losa. Graciela. Isa. Graciela, “la fantasma”, la compañera de piso pelandusca que hasta

entonces no sabía si se llamaba Marcela o Graciela. La que estudiaba derecho, como la ex de Nacho. La que era más joven que nosotras, como la ex de Nacho. La que acababa de cortar con su novio, o sea, con Nacho. La que le había conseguido el trabajo en Whittaker & Phillips a Isa, y de rebote a mí, porque tenía un contacto en la agencia, que no era otro que Nacho. Nacho, cuya voz y rostro le sonaban tanto a la propia Isa, sin recordar de qué. Aquel era un triángulo, o un cuadrado, no lo tenía muy claro, fatal y muy peligroso. Mi mundo se derrumbaba por momentos.

Todo eso pasó como un fogonazo por mi cabeza y cuando me quise dar cuenta

Graciela había arrastrado a Nacho hasta la otra punta del bar, dejándome a mí sola y como una idiota. Desde mi posición, anclada al suelo y sin poder moverme, observé como la vampiresa saludaba efusivamente a Isa. Esta, a su vez, me miró preocupada: también ella había recompuesto las piezas de aquel puzzle endiablado llegando a las mismas conclusiones que yo. Nacho, por otro lado, apenas se dignó a volver a mirarme. Su actitud, una vez más, había cambiado radicalmente. Era verdad que se parecía a un hombre lobo: cuando salía la luna llena, o lo que es lo mismo, cuando hacía aparición su ex, cualquier cosa podía esperarse, y ninguna de ellas era buena. Allí estaba, con otra, el

hombre que acababa de declararme su amor: quizá esto último, como muchas cosas, hubiera sido solo producto de mi imaginación y anhelo, combinados con el alcohol y una noche que no hacía más que prometer falsas esperanzas. Apenas me miró de reojo un par de veces, con cara de circunstancias y sin separarse ni un centímetro de la vampiresa que lo tenía subyugado.

¿Qué demonios hacía yo allí? De repente todo me pareció ridículo; mi disfraz, humillante, la música insoportable, el aire irrespirable, y todo en conjunto carente de sentido. No aguantaba más. Avancé a trompicones hasta mis amigos y balbuciendo una

disculpa me despedí apresuradamente. Salí a la calle: tomé una bocanada de aire fresco que me hirió los pulmones, nada más que los pulmones, puesto que el corazón ya lo tenía roto en mil pedazos. Paré un taxi y me fui a casa, a ver si por allí quedaban dispersos los cachitos de mi propio ser y me los podía arreglar yo sola para recomponerlos.

Solo una cosa estaba clara: aquella velada había resultado ser una noche de los horrores en toda regla.

¡Yo no he sido!

Pasé todo el fin de semana languideciendo en casa y sin salir, afrontando la idea de volver el lunes a la agencia y vérmelas con mi jefe. La única persona con la que hablé fue con Isa, por teléfono. Me confirmó lo que ya sabía: Graciela, su compañera de piso (y a quien a partir de entonces le cambiaríamos el apodo “la fantasma” por el infinitamente más apropiado “la vampiresa”) era la ex de Nacho. Aunque lo de “ex” habría que verlo, me dije

para mis adentros, recordándolos juntos y bien pegados cuando abandoné el bar. Isa me aclaró por qué Nacho le sonaba tanto: era su voz la que había escuchado en innumerables y agónicos mensajes en el contestador del piso compartido, allá cuando la relación entre él y Graciela pasaba por su fase más turbulenta, y era su rostro el que había visto en alguna que otra foto sujeta con chinchetas en el corcho del dormitorio de su compañera. La verdad, ya no me importaba (o de eso intentaba convencerme a mí misma). Tras apenas día y medio desde la noche de Halloween, me encontraba como anestesiada. No podía identificar mis sentimientos hacia Nacho ni me quedaban ganas para indagar sobre

ellos. El tiempo, tenía razón Isa al otro lado del teléfono, todo lo curaría y se encargaría de poner las cosas en su sitio.

Al menos en algunos aspectos la noche de brujas no había sido tan nefasta: Isa me confirmó que se había enrollado con Rubén y que estaba en las nubes. Saltándose el protocolo de dejar pasar unos días antes de volver a verse, habían quedado aquella misma tarde de domingo para ir al cine. Parecía que Isa no solo se saltaba el protocolo sino que se saltaba a la torera su estructuradísimo calendario de estudio. Me alegré por ella. Se merecía un descanso, y comenzar una etapa nueva de mano de

Rubén. En cuanto a mí, por el contrario, debía dar carpetazo al asunto de Nacho, resignarme a mi soledad, y organizar mi vida en torno a una rutina como la recién abandonada por Isa, sin lugar para el caos ni las distracciones. Mi amiga y yo parecíamos habernos cambiado los papeles, y me preparé para comenzar un nuevo periodo de soledad, a la que, por otro lado y antes de que se me hubiera llenado la cabeza de pájaros, ya estaba acostumbrada. No podía estar tan mal la cosa.

-Olvídalo -me dijo Isa poco antes de colgar el teléfono. Definitivamente, aquel era el mejor consejo.

Cris, por otro lado, tenía una opinión

radicalmente opuesta a la de mi amiga, como dejó de manifiesto el lunes cuando reuní las fuerzas necesarias para presentarme puntualmente en la agencia como otro día cualquiera. Estábamos comentando los pormenores del fin de semana (y no tan pormenores, como el flechazo entre Rubén e Isa), en una conversación en la cocina en la que yo intentaba eludir por todos los medios cualquier mención a mi jefe. Obviamente, Cris no me dejó.

-Y lo de Nacho, qué pasada, ¿eh? Mira que presentarse allí su ex, qué desfachatez.

-Ya... -me limité a señalar, sirviéndome más café y discurriendo alguna manera de cambiar cuanto antes

de tema.

-Pero tú ni caso, ¿eh? Esa no pinta nada. Tú tienes que ir a por Nacho, a por todas.

-Pero...

-Ni pero ni peras. Que Nacho está colgado por ti, que lo sé yo de buena tinta, tengo mis fuentes.

Por “mis fuentes” se refería obviamente a Yolanda. Intenté imaginar qué le habría confesado a esta mi jefe, pero hacerlo suponía desviarme por los peligrosos linderos de la esperanza. Y no, no pensaba hacerlo. Por mucho que Nacho le hubiera dicho a Yolanda que yo le gustaba y etc. etc., todo se quedaba en pura palabrería. Y los hechos, que están por encima de las palabras y las

promesas, me habían confirmado que Nacho sentía todavía algo por la vampiresa. Lo había visto con mis propios ojos y lo había sentido en mis propias carnes. Así que obvié cualquier comentario que Cris pudiera hacer al respecto.

Café en mano y sin decirnos mucho más, ambas nos dirigimos a nuestros escritorios. Rubén y Santiago ya estaban en sus puestos, y ambos, a diferencia mía, de un humor excelente. El primero por razones obvias: Rubén me saludó efusivamente y me dio las gracias por haberle presentado a Isa. La tarde anterior habían ido al cine y por lo visto el hasta entonces impertérrito Rubén

estaba por momentos más colgado de mi amiga: me pidió que en cuanto tuviéramos un momento le contara más cosas de ella, a lo que accedí encantada. Hacer de casamentera, además de que se me daba la mar de bien, me distraería de mi funesta situación personal y quizá me contagiaría algo del entusiasmo de la nueva parejita de enamorados. Santiago, por otro lado, estaba como unas castañuelas canturreando una canción mientras dejaba sus cosas y revisaba su correo. Imaginé que aún llevaba la juerga en el cuerpo y que el pobre no estaba acostumbrado a andar de fiesta el fin de semana. El panorama me subió el ánimo: tenía que reconocer que aunque a mí no me fueran las cosas precisamente

bien, había servido para que mis compañeros de trabajo abrieran sus horizontes más allá del panorama de Whittaker & Phillips. Algo era algo.

En seguida Santiago nos llamó la atención: los integrantes del equipo creativo acabábamos de recibir un correo electrónico de parte del mismísimo señor Whittaker, convocándonos a una reunión en menos de una hora. Leímos el correo, que estaba marcado como “urgente”, por encima del hombro de Santiago. Dado lo excepcional del asunto, nos quedamos intrigadísimos. El señor Whittaker, que siempre andaba de viaje o reunido con las altas esferas, no tenía por costumbre

relacionarse con empleados en la jerarquía más baja del mundo publicitario, que era el puesto que nos correspondía. Lanzamos conjeturas al aire, llegando a la conclusión de que aquello solo podía significar algo bueno: tras el éxito de nuestra presentación de la futura campaña de Borreguito, el dueño de la agencia en persona quería felicitarnos. No podía tratarse de otra cosa. Sin embargo, una vez en mi escritorio no pude evitar echar a volar la imaginación y conjeturar lo imposible: yo y solamente yo era la razón de aquella inesperada reunión. La nueva redactora había hecho un excelente trabajo digno del reconocimiento del mismísimo señor

Whittaker, quien, además de querer felicitarme delante de todo el equipo, había decidido que aquel era el momento idóneo para formalizar mi contrato y darme la bienvenida a la agencia. En otras palabras, tenía una carrera estelar por delante, y aquella reunión suponía el pistoletazo de salida. Imaginé la cara de Nacho, presente en la reunión. ¿Se sentiría orgulloso de mí? ¿Se alegraría? ¿Se arrepentiría, al ser testigo de mis éxitos, de haberse quedado con la vampiresa dejándome a mí plantada?

Con todos estos interrogantes bulliéndome en la cabeza, entramos en la sala de reuniones, yo por mi parte con

la cabeza bien alta y el paso decidido, esperando poco menos que me recibieran con alfombra roja y una lluvia de confeti multicolor. Y sin embargo, los rostros severos del señor Whittaker y del propio Nacho, que ya esperaban en la sala, no auguraban nada bueno. Sería porque era lunes, me dije, ilusa de mí. Antes de que nadie abriera la boca tuve tiempo de observar de reojo al dueño de mitad de la agencia, a quien todavía no había visto, ya que durante toda aquella temporada había estado en Miami con su socio, el señor Phillips. El señor Whittaker un hombre de mediana edad, con el pelo plateado y el porte de un actor de la época dorada de Hollywood. Estaba dotado de la

elegancia natural y la distinción que otorgaban algo más que la experiencia o su rango superior por encima de todos nosotros. Su presencia lograba llenar la estancia, o eso me pareció, porque quizá se trataba en realidad de cierto ambiente opresivo, cargado de electricidad, como el que presagia una tormenta. Porque algo andaba mal, y precisamente eso, una tormenta, era lo que se nos avecinaba. Nacho quedaba prácticamente frente a mí, pero hice el esfuerzo consciente ¡y sobrehumano!, de no mirarle a los ojos y mostrarme altiva y despreocupada. Que sacara él sus propias conclusiones. Aunque me pareció también que el último puesto en la lista de preocupaciones de Nacho lo

ocupábamos yo y mis infantiles sentimientos. ¿Qué estaba pasando? Definitivamente algo no estaba bien y se nos venía encima algo gordo. Mis compañeros se miraron también preocupados. Pronto saldríamos de dudas.

-Cris, Rubén, Santiago y... -el señor Whittaker no daba con mi nombre.

-María -le ayudó Nacho.

-Y María. Os he reunido con carácter urgente. Me temo que estamos ante algo muy grave. No me andaré con rodeos. Lo mejor será que lo veáis vosotros mismos. A ver, Rubén -el señor Whittaker se dirigió al director de arte por ser éste el que le quedaba más

cerca-: escribe en el buscador algo relacionado con lo oscuro o con el color negro... -le pidió, arrimándole su ordenador portátil.

-¿“Magia negra”?

-Por ejemplo.

Rubén hizo lo propio. Nada más acabar de teclear las palabras, sus ojos se abrieron como platos. Volteó el portátil para que los demás también fuéramos testigos. En la pantalla aparecían una lista de enlaces como resultado de la búsqueda, que era lo esperable, pero en el margen derecho de la pantalla había algo totalmente inesperado: un *banner* de la lejía Centella, la marca rival de Borreguito y su máxima competencia, cuyo mensaje,

“¿Lo ves todo negro? Prueba con lejía Centella” era sospechosamente parecido a los ideados por nuestro equipo en la campaña que nos traíamos entre manos. Además del mensaje, las imágenes, formato y disposición de los elementos eran un calco a los *banners* que habíamos propuesto apenas unos días atrás, todo, menos claro está, la insolente presencia de otra marca de lejía en el lugar que debería ocupar nuestro producto.

Rubén se apresuró a realizar búsquedas similares, como “oro negro”, “etiqueta negra” y otras que habíamos ideado como hipotéticos ejemplos, y el resultado, para nuestro asombro, fue el mismo. El señor Whittaker, antes de que

nadie comentara nada, tomó la palabra:

-Como veis, estamos ante un caso de plagio. Salvo que la lejía Centella no ha podido copiar nada ya que nuestra campaña aún no ha visto la luz: se trata, por supuesto, de una fuga de información.

Con “fuga de información”, lo que el señor Whitaker daba a entender era que uno de los integrantes del equipo creativo había vendido nuestras ideas a la marca de la competencia. Aclaro: durante el intervalo de tiempo que llevaba la creación de una campaña hasta que esta salía al mercado, los miembros del equipo creativo

estábamos vetados por una especie de pacto de silencio. Nuestras ideas no debían salir de la agencia, como si aquello se tratara de un secreto de estado o de nada menos que de información *top secret* atesorada por la CIA, un poco ridículo y exagerado, sí, pero algo necesario para que no se dieran casos como el que afrontábamos en ese preciso momento. Las palabras del señor Whittaker, en definitiva, manifestaban una situación grave y suponían una acusación en toda regla que ponía en peligro la integridad de la agencia, por no hablar de nuestros puestos, que parecían en ese momento pender de un fino hilo. Especialmente el mío, que todavía no había llegado a

materializarse en un contrato por escrito.

Cris, alterada por la noticia, no pudo contenerse:

-¡La madre que nos parió! -se dio cuenta al momento de su la salida de tono y se disculpó azorada: yo logré reprimir la risa, pues no era aquel el momento ni la situación. Más calmada, Cris volvió a tomar la palabra:

-¿Pero quién ha podido chivar nuestras ideas a la competencia?

Buena pregunta. El señor Whittaker parecía estar seguro de la respuesta.

-Evidentemente, alguien del equipo creativo. O sea y por si no ha quedado claro: el responsable o responsables, o “el chivato”, si lo prefieres -añadió

irónicamente, refiriéndose a Cris- está en esta sala.

Reinó el silencio. El ambiente, como suele decirse, podía cortarse con un cuchillo. Hasta que Cris, que cuanto más nerviosa estaba más hablaba, volvió a las andadas con otra pregunta:

-¿Pero no ha podido ser alguien de otro equipo? Somos muchos los involucrados en este proyecto. ¿Por qué nosotros?

De nuevo el señor Whittaker volvió a responder categórico:

-Muy sencillo: vuestras ideas, en teoría, no se compartieron con nadie más de la agencia hasta el viernes, en la presentación. Desde el viernes hasta hoy

lunes es imposible que la información saliera de esta agencia, pasara a manos de la competencia y fuera ejecutada en una campaña completa en menos de 48 horas. No, la fuga de información, o para ser más claros, la venta de la campaña, debió suceder poco después de su concepción, hace ya varias semanas. Claro está que cabe la posibilidad de que alguien de los aquí presentes informara de todo a alguien más de la agencia, y este a su vez lo vendiera todo a los publicistas de Centella. Pero también en este caso, el culpable, el chivato, es de nuevo alguien de los aquí presentes. ¿Me explico?

Sí, como un libro abierto. Para

corroborarlo, todos afirmamos, sumisos y en silencio. La dinámica de la situación estaba clara, pero no así todo lo demás. ¿Cómo había podido ocurrir algo así? Aquella pregunta clave nos rondaba a todos en la cabeza. Y sobre todo, ¿quién era el responsable?. Nos miramos los unos a los otros. Imposible deducirlo. Entre nosotros cuatro, cinco contando a Nacho, había sentido un traidor que había echado por tierra nuestros esfuerzos y trabajo de semanas, aunque eso era lo de menos: nos enfrentábamos a la pérdida de uno de nuestros mejores clientes y a una mancha en la hasta entonces impoluta reputación de Whittaker & Phillips. Iban a rodar cabezas, eso seguro, pero la pregunta

clave era ¿cuál?. No era yo la más apropiada para hacer indagaciones. Mi papel (y en realidad, el del resto de integrantes del equipo creativo) era el del reo que espera impotente una sentencia, por mucho que jurara y perjurara que no había cometido crimen alguno. Y el papel del severo juez, martillo en mano, lo interpretaba el señor Whittaker. Más o menos así lo expresó él mismo, aunque sin tanto dramatismo, y de manera directa y exenta de metáforas:

-Que quede claro que llegaré hasta el fondo del asunto. Y los responsables pagarán las consecuencias. Pueden retirarse.

Y eso fue todo. Ni felicitaciones, ni celebración, ni contrato fijo, ni mucho menos alfombra roja y confeti. Para variar, había echado a volar la imaginación antes de tiempo. Nos retiramos en silencio a nuestros escritorios y una vez allí, lejos del campo de visión de Nacho y del dueño de la agencia, nos lanzamos a cuchichear como posesos, más para aliviar la tensión que para hallar solución al enigma, pues aquello estaba claro que nos iba a resultar poco menos que imposible. Pero tampoco

íbamos a encontrar alivio alguno en aquel corrillo: uno de nosotros era el culpable. Resultaba inevitable sospechar de aquellos a los que hasta

hace hacía apenas unos minutos había considerado mis colegas. ¿Habría sido Cris? Imposible. Cris adoraba su trabajo y no haría jamás cosa alguna para ponerlo en peligro, a no ser, claro está, que hubiera sido sin querer. Al fin y al cabo Cris no era la discreción en persona. Hablaba por los codos, siempre andaba atolondrada y quién sabía si en alguno de esos parloteos interminables se le habría escapado información clave sobre nuestra campaña delante de a saber quién. Me sentí culpable al momento por pensar tan mal de mi amiga, pero peor me sentí al caer en la cuenta de que eso mismo me podía haber pasado a mí: ¿y si se me había escapado algo sobre la campaña o

nuestras ideas estando, por ejemplo, con mis amigos, y estos a su vez habían corrido la voz despreocupadamente, y así hasta a llegar, a saber por qué vericuetos, a oídos de los encargados de la publicidad de la lejía Centella? No, imposible. Es decir: no era del todo imposible que yo, que puedo ser muy bocazas, hubiera soltado información confidencial sin darme ni cuenta (sobre todo si llevaba dos copas de más, como en Halloween), lo imposible era que la información se hubiera propagado con la velocidad de un reguero de pólvora. No, la información clave y confidencial había pasado directamente de un punto A (nosotros, el equipo creativo) a un punto B (el equipo creativo de otra agencia,

responsable de la publicidad de Centella).

¿Qué tal Rubén? No: si alguien era hermético como una tumba, ese era él. Nunca habría tenido una deslíz como aquel. Pero bajo aquella apariencia fría y arrogante bien podría esconderse un cerebro calculador capaz de vender información al mejor postor, si es que en vez de un descuido se había tratado de algo premeditado, con el fin de obtener una sustanciosa ganancia económica. No, no podía ser. Rubén había demostrado que aquello era una pose: en el fondo era un trozo de pan, como Isa y yo misma ya habíamos comprobado, aunque de maneras muy distintas. Y tanto

Cris como Rubén, por otro lado, andaban sobrados de dinero. Rubén era un niño bien, y nos constaba que su padre le proporcionaba todo lo que quería si es que su sueldo no le alcanzaba. En este sentido Cris tres cuartas partes de lo mismo: no es que sus padres le pasaran una asignación extra, pero si a su sueldo sumábamos el de Yolanda, que ganaba más que cualquiera de nosotros cuatro, debía de vivir bastante desahogada, como bien mostraba su fondo de armario, que no tenía fin.

¿Y Santiago? De todos mis compañeros, era del que menos sabía. Pero me resultaba imposible concebir

algo semejante: Santiago era un personaje bonachón y campechano, que parecía conformarse con muy poco y carecía de ambiciones materialistas. Y en cuanto abandonaba la agencia, se olvidaba del trabajo, y lo que pasara entre las paredes de Whittaker & Phillips jamás era tema en su conversación, con lo que no podría haber comentado nada de la campaña de manera descuidada. Por eliminación, solo me quedaba un sospechoso: Nacho. Bien pensado, Nacho era un amargado, parecía siempre a disgusto, cosa que quizá no se debiera solo a sus devaneos sentimentales con la vampiresa, sino con su trabajo. Quizá había vendido la información a la marca rival por

revancha, ya que no se sentía lo suficientemente reconocido en Whittaker & Phillips, por mucho que a mí me pareciera que tenía un puestazo, y un sueldo, imaginaba, que ya lo quisiéramos para nosotros, que estábamos bajo su mando. Nada: eran todo conjeturas, a cada cual más disparatada. En realidad ninguno teníamos motivos para haber hecho algo semejante. Me di cuenta sobrecogida de algo más: la que reunía todas las papeletas para ser la más sospechosa era yo, la nueva al fin y al cabo: no tenía nada que perder con un acto tan suicida como aquél, ya que carecía de un contrato fijo, y mi sueldo, como a todos les constaba, era el más bajo. Bien

podría haber vendido nuestras ideas a la competencia a la primera de cambio. De repente me pareció que mis tres compañeros me miraban de reojo y sospechaban de mí; más que sospechar tenían muy claro que era yo la judas del equipo, como si luciera un letrero en la frente con la palabra “culpable” en fulgurantes letras de neón.

Al menos ese paréntesis de tiempo tenso e incómodo entre mis compañeros no se prolongó mucho: sonó el teléfono del escritorio de Rubén. Era Nacho, y quería que él solo acudiera a su oficina. El timbre del teléfono era el pistoletazo que daba comienzo a aquella particular caza de brujas. Tras unos minutos que a

los tres restantes se nos hicieron interminables, volvió a a aparecer Rubén, tan impasible como siempre. Por mucho que le preguntamos no soltó prenda: lo que pasara entre las paredes de la oficina de nuestro jefe debía ser confidencial. Le tocó el turno a Santiago luego a Cris. Y yo mientras tanto me sentí regresar a los lejanos días de colegio, cuando había hecho alguna trastada con mi amigas y nos llamaba la directora, usando la misma técnica de interrogatorio: una a una y por separado, para debilitar al grupo y que la más cobarde, abrumada, por fin soltara algo. Me llegó mi turno de pasar a la oficina. Internamente temblaba como un flan, aunque no hubiera hecho nada. Era

consciente de que mi estado, más que al grave caso de fuga de información al que nos enfrentábamos, se debía al hecho de volver a estar a solas, cara a cara, con el hombre que me traía de cabeza.

Toqué suavemente a la puerta y sin esperar respuesta entré en el despacho de Nacho. Este, sin mirarme, me instó a tomar asiento frente a él.

-María -comenzó con tono apesadumbrado-, si sabes algo de todo este asunto será mejor que lo digas cuanto antes, para que las repercusiones sean menores.

Sentí que me hervía la sangre. Nada de preámbulos, ni un escueto “¿cómo

estás?”, ni un cortés “¿qué tal tu fin de semana?”. Ni mucho menos, una mención a lo que entre nosotros había pasado hacía apenas dos días. Había estado a punto de besarme, ¡y ahora me trataba prácticamente como a una desconocida! No, mucho peor: como a una delincuente. Cambié mi actitud sumisa por una combativa y desafiante.

-¿Cómo puedes pensar que yo tengo algo que ver? ¡Si acabo de empezar en la agencia! ¿Cómo iba a arriesgarme a hacer algo así?

Nacho no cejaba en su actitud firme:

-Por eso mismo, porque no tienes nada que perder.

-Ah, en eso te equivocas -le interrumpí-: si alguien tiene aquí algo

que perder, esa soy yo. Aunque me parece que ya lo he perdido antes de tenerlo.

Obviamente, mis palabras tenían doble sentido, y aquello que había perdido antes de llegar a tener no era otra cosa que el propio Nacho, que ahora sí, clavaba en mí su mirada. No sé si llegó a captar el significado de lo que estaba diciendo, pero al menos me pareció que se ablandaba un poco. No obstante, no quiso seguir por los derroteros que mis palabras querían seguir (él y yo, lo nuestro, lejos de todo aquel disparate que se había iniciado en la agencia y que nada tenía que ver conmigo).

-Quizá, no sé, precisamente por eso,

porque te falta experiencia, comentaste sin querer algo a alguno de tus amigos, y estos a su vez...

Sacudí la cabeza. No tanto para negarle a Nacho lo que estaba insinuando, sino para negármelo a mí misma. Porque debía reconocer que no estaba nada segura, y que cabía esa posibilidad. Pero, de haber soltado inocentemente algo frente a cualquiera de mis amigos, ¿quién de estos había tenido la desfachatez de vender la información a la competencia? Definitivamente aquello era tan imposible como descabellado. No solo ninguno de mis amigos haría algo así: para empezar, ninguno tenía contactos en el mundo publicitario. Así que no di mi

brazo a torcer y me mostré más agresiva que nunca:

-También podrías haber sido tú -lo acusé, tomando aire para prepararme para la siguiente estocada: -No es que hayas dado muestras de ser una persona muy fiel a tus principios que digamos, ni tienes mucha palabra... ¿me equivoco?

-¿De qué estás hablando?

-No te hagas el tonto: sabes perfectamente de qué estoy hablando. Dices una cosa, y luego tus acciones muestran algo totalmente contrario. ¿O es que necesitas que te repita lo que pasó el viernes por la noche, cuando llegó “ya sabes quién”?

-María, estamos tratando aquí algo muy diferente. Por favor, no te vayas por

esos derroteros, que nada tienen que ver con todo esto. Poniéndote a la defensiva no vamos a sacar nada en claro.

-Pues a mí me parece que todo tiene que ver. Eres una persona inestable: el doctor Jekyll y Mr. Hyde a tu lado son el ejemplo mismo de la integridad y la coherencia. Vamos, que a mí me parece muy lógico que hayas sido tú el que haya vendido nuestro proyecto a la competencia.

Creo que me estaba pasando. Estaba embalada, a esas alturas me era imposible rectificar, y la verdad, ya no sabía ni lo que estaba diciendo. Sin embargo Nacho no se enfadó. Al contrario, y dejándome totalmente

descolocada, esbozó una media sonrisa y colocando ambas palmas sobre el escritorio se incorporó, acercando su rostro peligrosamente al mío. Su voz se volvió un susurro cálido que incongruentemente me dejó helada:

-Y tú, María, ¿me estás siendo sincera en todo, *todo*? -recalcó con manifiesta ironía la palabra- ¿No tienes nada que ocultar?

Touché. ¿Cómo se me había dado la vuelta la tortilla de aquella manera? Estaba claro que cuando me enfrentaba verbalmente a Nacho, tenía siempre todas las de perder. Y lo peor es que tenía razón: si allí había una mentirosa, era yo. ¿A qué venía si no esa expresión

enigmática y burlona? ¿Sabía que mi nombre era Mariola, y que no era otra que la humilde empleada del Starbucks que hasta hace poco le servía su café a diario? Ay Dios mío...

Me incorporé nerviosa, sin saber cómo salir del atolladero en el que yo misma me había metido. Me sentía como el ratón arrinconado por el gato que se lamía goloso. En mi caso, un gato de hirientes ojos azules grisáceo, al que paradójicamente me hubiera zampado yo muy gustosamente de un bocado. Balbucí algo y le di la espalda para que no notara mi rubor, mientras hacía que ojeaba los tomos amontonados desordenadamente en la estantería que

cubría la pared. En realidad, estaba haciendo tiempo mientras intentaba encontrar una respuesta. ¿Una respuesta a qué? ¿A mi identidad y la la mentira bajo la que había vivido todas aquellas semanas? ¿Al escándalo que se había montado en Whittaker & Phillips, con el que yo no tenía nada que ver? ¿A la amalgama de sentimientos encontrados que me infundía mi jefe? Estaba hecha un lío, y entonces, en el momento más inesperado, encontré la salida a mi atolladero en un objeto que estaba allí, frente a mis narices, medio oculto entre libros de publicidad y folletos informativos. Un objeto que me era muy familiar: un vaso de cartón del Starbucks. Lo toqué con dedos trémulos

y lo manipulé sin sacarlo de la estantería, para que Nacho no viera lo que estaba haciendo. Al voltearlo ligeramente me quedé de una pieza: allí estaba, garabateado con rotulador, mi nombre y mi número, en trazos infantiles, los mismos que yo misma había escrito de mi puño y letra. Me embargó la emoción: Nacho había conservado el vaso que yo le había dado el día en que todo había dado comienzo, aquel día que ahora se me antojaba lejanísimo y en el que yo había deseado con todas mis fuerzas que se me tragara la tierra (eso, la verdad, no había cambiado mucho). ¿Por qué lo había conservado? ¿Por descuido o por algo más? Nacho, a mis espaldas, ajeno a lo

que yo estaba manipulando, me decía algo, pero su voz me llegaba lejana, como a través de un túnel que lo distorsionara todo y que hiciera que careciera de toda importancia. ¿Qué podía ser más importante que aquel vaso? El vaso conservado era la prueba absoluta de que en algún momento yo - recalco, *yo*, Mariola, no la María fraudulenta que había creado como un personaje de novela- había significado algo para Nacho. Hasta el problema de la fuga de información que afrontaba la agencia se me antojó entonces secundario. Incluso las injustas acusaciones de las que pudiera ser objeto me parecieron irrelevantes. ¡Nacho había guardado el vaso! ¡Por los

motivos que fuera, pero lo había guardado! A todo esto él seguía hablando, y yo, ni caso. Retomé para mis adentros la pregunta que me había planteado hacía apenas unos segundos: ¿sabía Nacho quién era yo realmente? Aunque aquello fuera un acto suicida, era ahora el momento de averiguarlo. Total, ya no tenía nada que perder. Intenté controlarme y modular la voz para aparentar la mayor naturalidad del mundo:

-Nacho, tendrías que limpiar un poco todo esto... tienes aquí hasta un vaso usado de café.

-¿No has escuchado lo que te estoy diciendo?

-Perdona, estaba distraída -

ignorándolo por completo, retomé lo que a mí me importaba-: Entonces, ¿te tiro el vaso?

-No, no, déjalo donde está.

-Ah, ¿lo guardas por algo? -me estaba arriesgando demasiado.

-Tiene valor... sentimental - reconoció Nacho, con aire distraído. Me pareció que se encogía sobre sí mismo y le embargaba la melancolía.

-¿Y eso? -ahora sí, estaba al borde mismo del precipicio.

-Me lo dio alguien... muy especial.

Y entonces se me agotaron las preguntas y me quedé sin palabras. No había averiguado si Nacho sabía que ese “alguien muy especial” y yo éramos la misma persona, aunque me atrevía a

suponer que no, no tenía ni idea, por la naturalidad con la que me había contestado. Pero de momento saber que a Nacho yo, la tímida barista del Starbucks con quien nunca había mediado palabra alguna además de las puramente requeridas por la transacción, le había importado algo en algún momento, me era suficiente.

Volví a la realidad y al motivo por el que me había llamado Nacho (averiguar si yo era responsable de la fuga de información), pero ahora cambié totalmente de actitud. Ni beligerante ni agresiva ni a la defensiva. Esa no era yo. Aunque todavía bajo el nombre falso de María, le iba a mostrar a Nacho

quién y cómo era yo realmente. Y lo mucho que él me importaba.

-Nacho, quiero que sepas que yo no tengo nada que ver con este lío -le miré a la cara y me propuse no retirarle la mirada hasta que le dijera todo lo que tenía que decir-. Quiero que sepas también que te lo voy a demostrar cueste lo que cueste, para volver a ganar tu confianza. Y quiero que sepas también que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para descubrir al responsable. Quizá así y de una vez por todas seas capaz de apreciarme.

Y sin esperar respuesta, me dirigí todo lo dignamente que puede a la puerta y abandoné su oficina.

Pasé el resto de la tarde dándole vueltas al asunto. Al vaso guardado, a la cuestión de mi falsa identidad y al hipotético momento en que llegara a confesarle a Nacho que era yo quien le había tendido ese vaso, y también al aluvión de problemas que se nos venía encima al equipo por culpa de un traidor que seguía en la incógnita. Y yo, tan ufana, le había prometido a Nacho nada menos que descubrir al culpable. ¿En qué estaba pensando? ¿Pero quién me creía que era? ¿Poirot, el inspector Columbo? No sabía ni por dónde empezar para deshacer aquel entuerto. Bueno, sí: una vez en casa podría llamar uno a uno a todos mis amigos. Lo primero era dejar claro que yo no era la

responsable de aquel lío por un descuido estúpido que hubiera podido tener hablando con ellos. Eso haría, y una vez con la conciencia tranquila, ya vería por dónde tiraba.

Al salir de la agencia dispuesta a llegar a casa y comenzar cuanto antes con mi rudimentaria investigación, casi me di de bruces con Alfredo. Había venido a buscarme por segunda vez, y en esta ocasión no iba a aceptar una negativa. Y la verdad, me pareció perfecto: podría empezar por él, nada menos que un representante de la marca ultrajada, para limpiar mi nombre y dejarle muy clara mi inocencia. Acepté cruzar a la cafetería de enfrente, la

misma a la que Alfredo me había intentado invitar sin éxito en la ocasión anterior. Cosa insólita en mí, me pedí una tila. Tenía los nervios crispados por el cúmulo de acontecimientos que se habían sucedido en unas pocas horas. Alfredo se limitaba a sonreír tímidamente parapetado tras su taza de chocolate. Llevaba el pelo desordenado, en una maraña de rizos muy parecidos a los míos, y vestía de manera informal, muy diferente a otras ocasiones. Quizá por eso, o por el ambiente acogedor de la cafetería, o porque andaba necesitada de cálida compañía, o por todo a la vez, lo sentí más cercano que nunca: era uno de los míos. Di un sorbo a la tila, que me supo a rayos, y me decidí a hablar

con total sinceridad:

-Alfredo, quiero que sepas que yo no tengo nada que ver con el plagio de la campaña: espero que me creas.

-Ya lo sé, tonta: ni loco pensaría que tú tienes algo que ver con todo esto.

Su respuesta me pilló desprevenida. Era la primera persona que me daba un voto total de confianza sin saber apenas nada de mí. Me sentí súbitamente reconfortada. Le devolví la sonrisa: Alfredo era un gran tipo. El propósito de la visita de Alfredo, como me dejó muy claro apenas había comenzado a hablar, nada tenía que ver ni con la lejía Borreguito, ni con la campaña plagiada, ni con nada remotamente asociado al trabajo.

-¿Cómo estás? -se limitó a preguntar.

Y no sé por qué, esa pregunta tan sencilla y honesta consiguió que algo se desatara en mí. Una necesidad imperiosa de desahogarme, de dar rienda suelta al cúmulo de sentimientos que llevaba dentro. Eran estos una presa a punto de desbordarse que necesitaban una compuerta que se abriera liberando todo el interior. Así que me sinceré. Vaya si me sinceré. Le conté a Alfredo todo, y cuando digo “todo” me refiero precisamente a eso, a todo: de golpe y porrazo le referí el episodio en el Starbucks, mi llegada a Whittaker & Phillips, el reencuentro inesperado con

Nacho, lo que por él sentía, el desengaño de Halloween cuando lo había visto con su ex, en fin... eso: todo. No sé cuánto duró mi perorata pero cuando acabé me di cuenta de que estaba exhausta. Alfredo lo había escuchado todo pacientemente. Ese era el momento, pensé, en que me iba a dejar allí mismo plantada: al fin y al cabo le había confesado mi obsesión por mi jefe y toda una turbulenta historia en la que él no ocupaba ningún lugar. Y sin embargo por segunda vez volvió a sorprenderme: me tomó con ternura las manos entre las suyas, y sin borrar la sonrisa de su rostro, se limitó a decirme:

-Me tienes aquí para lo que necesites, ¿está claro?

Asentí muda por el asombro. Noté como casi de manera literal un peso se descargaba de mis hombros. Y noté algo más: una especie de corriente eléctrica que se desplazaba desde mis manos, aún entre las de Alfredo, y me recorría entera, hasta quedar concentrada en lo más hondo de mi pecho. ¿Qué era aquello? ¿Comenzaba a sentir algo por el hombre que tenía frente a mí, al que le acababa de abrir el corazón y quien había acatado todo con serenidad y estoicismo? Prefería no pensarlo, y dejarme simplemente llevar como quien se mece por el arrullo de las olas. Hice a un lado la tila, hace rato fría, y me pedí un vino. Alfredo hizo lo mismo. Y una vez que las confesiones hubieron

acabado y yo me sintiera infinitamente mejor, y agradecida de su compañía, me propuso acompañarlo a hacer una serie de recados que tenía pendientes. Acepté sin pensármelo.

Callejear por la ciudad en su compañía era precisamente el soplo de aire fresco que tanto necesitaba. Así que nos fuimos de compras. Alfredo necesitaba pasar por la ferretería (estaba haciendo reformas en su piso), comprar comida para el perro (tenía un bóxer), sellos (conservaba la costumbre romántica y anacrónica de enviar cartas a sus amigos lejanos), y unas nuevas botas de montaña (solía irse de acampada los fines de semana).

Mediante esos gestos fui recomponiendo una imagen más nítida del Alfredo que hasta entonces desconocía: era un tipo hogareño y sencillo, que amaba la naturaleza y a los animales, y a quien le gustaba sentirse cerca de los suyos y demostrarlo con pequeños detalles. Si bien yo me había abierto a él por medio de la palabra, en un monólogo caótico y tumultuoso, él hacía lo propio de manera callada y mucho más sutil. Dicen que una imagen vale más que mil palabras. En este caso, una serie de pequeñas acciones, carentes de palabras, honestas y humildes, representaban para mí el retrato de un hombre que era mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

Tras una tarde magnífica y horas de conversación fácil y amena, Alfredo me acompañó hasta mi portal y se despidió de mí con un tierno beso en la mejilla. Subí a casa en una nube: en ese momento poco me importaba el jaleo que se había montado en Whittaker & Phillips, y Nacho se había reducido a una minúscula mota que apenas sentía en lo hondo del pecho. Aún así, no olvidé mi objetivo: debía llamar a mis cuatro amigos y comenzar por ahí mi investigación: ¿les había comentado algo por descuido sobre la campaña que debía ser confidencial? Comencé por el Locomías: al fin y al cabo era él quien había tenido la ocurrencia de la frase que había puesto sin proponérselo en

marcha la campaña. Cosa rara en él, contestó a mi llamada al segundo timbrado. Pero no sabía ni de qué le estaba hablando. En cuanto le solté unos cuantos términos como “fuga de información”, “*banners*”, “buscadores”, o “campaña digital”, me respondió con un “tía, estás colgada” y con la excusa de que su padre lo esperaba con la furgoneta, me colgó el teléfono. Probé con Sole, pero esta de lo último que quería hablar era de algo relacionado con mi trabajo. Le interesaban mucho más los detalles morbosos del viernes en el bar: cuando la vampiresa había llegado ella estaba pidiendo en la barra y lo ocurrido le había llegado por terceros. Me resigné a relatarle el

episodio, a que se compadeciera de mí al otro lado de la línea y a no sacar en claro si tenía algo que ver con el asunto del plagio, aunque parecía bastante claro que no. Probé con Isa. Y esta vez lo único que conseguí fue que mi amiga se pillara conmigo un cabreo considerable cuando le sugerí la posibilidad de que Rubén tuviera algo que ver con el embrollo. Solo me quedaba Richi. La conversación me llegaba a trompicones y entre un ruido de fondo infernal: estaba con las reinonas y lo que menos le apetecía era tener una conversación sobre mi trabajo. Aún así me pudo asegurar que él no tenía nada remotamente que ver con el plagio de la campaña y que por ese lado

me podía quedar tranquila. “Te habría ido mejor si te hubieras quedado en los cubos estelares”, afirmó categóricamente antes de colgar. Preferí no pensar cuánta razón había en esas palabras.

Así que tras un buen rato al teléfono, seguía como estaba, sin tener ni idea de cómo había podido darse la dichosa fuga de información, aunque al menos había podido confirmar que mis amigos no tenían nada que ver con el asunto. Resignada, me repetí a mí misma lo que parecía haberse convertido en mi mantra particular aquellos días: el tiempo todo lo resolvería, y acabaría poniéndolo

todo en su lugar. Me fui a la cama, agotada y frustrada: una vocecilla insidiosa se empeñaba en repetirme que mi lugar me correspondía al otro lado del mostrador del Starbucks.

Me quiere, no me quiere...

Los días siguientes se pierden ahora en la bruma de mi memoria. Los miembros de mi equipo habíamos sido relegados a una serie de trabajos tediosos y sin importancia, hasta que se esclareciera quién o quiénes habían sido los responsables del plagio de Borreguito. El ambiente en el espacio diáfano que conformaba el área creativa se volvió tenso y a la vez y paradójicamente, aburridísimo: salvo para tocar lo estrictamente relacionado

con el trabajo, apenas hablábamos, y si lo hacíamos era siempre por medio de monosílabos y miradas de soslayo cargadas de desconfianza. Al menos este triste panorama me consoló: estaba claro que yo no era la única sospechosa y que todos desconfiábamos de todos a partes iguales. Yo seguía dándole vueltas al tema del vaso de café y a cómo confrontar a Nacho para confesarle todo. Pero admitir una mentira significaba asumir que podía haber muchas más. Si yo era una mentirosa y un fraude por naturaleza, bien podría haber vendido la campaña a la competencia y quedarme tan ancha. Además, mi relación con Nacho se había vuelto tan tensa y fría como la que

mantenía con los demás miembros del equipo. En definitiva, que aquellos días fueron tristes, deprimentes, y lo que es peor, estando aún inmersa en ellos, parecían no tener fin.

Mi único consuelo llegaba a las cinco, cuando el reloj marcaba el fin de la jornada laboral y me faltaba tiempo para salir escopeteada escaleras abajo. Me había propuesto compensar la insipidez y el hastío de aquellos días con una intensa vida social, como solía ser antes de que comenzara a trabajar en Whittaker & Phillips. Así que me iba a ver a Sole al teatro, y entre bambalinas, mientras ella andaba envuelta en tules o liada con la máquina de coser, yo me

dedicaba a observar a los actores que pululaban y ensayaban sus líneas. Me evadía plácidamente imaginando que yo también era una más del elenco y que mi vida giraba en torno al mundo del espectáculo, aunque pensándolo bien, el de la publicidad también estaba lleno de falsedades, máscaras, sacrificios y trampas, como desgraciadamente había tenido ya la oportunidad de comprobar. Otras veces quedaba con Isa, que definitivamente y para cordura de todos se había tomado lo de las oposiciones con mucha más calma. Lo malo (malo para sus amigos) es que había sustituido el tiempo que invertía en el estudio por sus citas con Rubén, con lo cual nos vimos poco y siempre con prisas. Aún

así los momentos que pasaba con ella estaban llenos de las confidencias, las risas y las conversaciones sinceras que nos habían convertido en amigas inseparables. Eso siempre conseguía subirme el ánimo y convencerme de que había pocas cosas más importantes que la amistad, y que todos los demás problemas eran secundarios. Quedé también con Richi y Alejandro, que al igual que Isa y Rubén, habían consolidado su relación, aunque se lo estaban tomando con más calma. Isa ya había ido a conocer a los padres de Rubén (para asombro de ésta vivían en un casoplón de las afueras con piscina y criada), y Rubén, pese a las reticencias de mi amiga, había estado en casa de su

madre (quien le había ofrecido una litrona de la nevera como gesto de cortesía); por el contrario, Richi apenas sabía nada de la vida familiar de su novio (seguía éste sin salir del armario en su propia casa), y para su frustración tenía vetada toda demostración pública de afecto. Aún así Richi, dando muestras de una madurez en él inusitada, se había armado de paciencia y no cejaba en su propósito de estar con su novio contra viento y marea.

Debo reconocer que ambas parejas me daban envidia: ahí estaba yo, compuesta y sin novio, y lo que es peor, debatiéndome entre lo que sentía por dos hombres totalmente dispares que no

eran mis novios y distaban muchísimo de serlo. Al menos Sole seguía soltera, aunque no sin compromiso: su vida estaba volcada en el mundo del espectáculo y en él se sentía plena y sin necesidad de nada más. Yo desde luego no podía decir lo mismo de mi trabajo, así que por ese lado también envidiaba la profunda vocación de mi amiga, que llenaba cualquier otra carencia en su vida. Y luego estaba el Locomías, que claro está, también seguía sin novia o novio a la vista. Pero tampoco a él le hacía falta nada parecido. El Locomías tenía el don de quererse mucho a sí mismo, con todos sus defectos y carencias, y no tenía ninguna prisa por comprometerse con otra cosa que no

fuera su propia libertad. También quedé con él a solas, y eso que era de entre todos los del grupo con el que menos confianza tenía. Pero me había propuesto abrir un poco mis horizontes y eso es precisamente lo que aprendí de mi amigo mientras deambulábamos por mercadillos, tiendas de segunda mano, o compartiendo unas litronas sentados en el parque, actividades todas ellas de entre las preferidas por el más bohemio de mi grupo. El Locomías, con su modo tan peculiar de expresarse y de ver la vida, me enseñó sin palabras ni filosofías que nada es para tanto, que todo es efímero, empezando por nosotros mismos, que la vida es a veces un chiste y a veces una broma pesada, y

como chistes y bromas, no hay que tomársela en serio.

Y también, claro, quedé unas cuantas veces más con Alfredo. A propuesta mía nos citamos siempre lejos de la agencia, por mi estúpido temor a que Nacho nos viera de nuevo juntos. Y digo “estúpido” porque aquello era una tontería: entre Nacho y yo no había nada de nada, y lo que había estado muy cerca de cuajar en algo (lo que fuera ese “algo”), por medio del beso que nunca llegó en la noche de brujas, había quedado hecho añicos y sin posibilidad de futuro por culpa de la irrupción de la vampiresa y del tumulto de acontecimientos que se había desencadenado con el plagio de la

campana, que a mi jefe parecía importarle más que cualquier otra cosa. Aún así, y pese a lo que creía haber aprendido del Locomías, yo me seguía tomando muy a pecho lo que mi jefe pensara de mí, y no me hacía ninguna gracia imaginarme la cara que pondría si nos volvía a ver juntos como la primera vez que Alfredo se había presentado sin comerlo ni beberlo en la puerta de la agencia.

No sé muy bien cómo describir las citas con Alfredo: fuimos a cenar a un italiano, al cine, a una exhibición de pintura impresionista, a pasear por el parque... y así, a la luz de las velas, en la sala a oscuras, rodeados de arte, o

envueltos en el remolino de las hojas otoñales, cualquiera hubiera pensado que éramos una parejita de enamorados como cualquier otra, porque todo aquello era muy romántico y muy idílico, sí (y yo, para qué negarlo y poco acostumbrada a hacer cosas de ese tipo, me sentía en la gloria), pero nada más lejos de la realidad. Alfredo y yo no éramos pareja, y quien viéndonos hubiera jurado que sí lo éramos, al observarnos detenidamente se hubiera dado cuenta de que no había ni besos ni carantoñas, y que ni siquiera nos tomábamos de la mano al caminar. O sea, aquello era un poco raro. Alfredo por otro lado, como yo con él había sido sincera hasta la médula, sabía lo que

había y que yo seguía colgada por el obtuso de mi jefe, por mucho que me hubiera propuesto lo contrario. Al pobre no le había quedado otra que armarse de una paciencia infinita pero sin dejar de atacar con toda la artillería, una artillería compuesta de cenas románticas, entradas al teatro, paseos al atardecer y caprichos medio caros que ninguno de mis novietes anteriores se hubiera podido permitir ni en sueños. Todo con la esperanza de que yo cambiara de ver y me decidiera por la única elección sensata: él. ¿Funcionó? Ni entonces sabía cómo responder a esa pregunta. Si acaso, la actitud y predisposición de Alfredo y aquel despliegue de encantos capaces de

derretir a un iceberg, consiguieron encandilarme y confundirme más todavía. Yo por aquellos días era una veleta que fluctuaba según soplara el viento. Cuando estaba con Alfredo me olvidaba de todo lo demás e imaginaba lo placentera que sería una relación con él, y hasta creía enamorarme por momentos, y entonces, en el momento más inesperado, la copa de vino que sostenía a la luz de las velas se trastocaba como por arte de magia en el vaso de cartón con mi número garabateado, y de manera traicionera los ojos azul grisáceo de Nacho parecían flotar ante mí llenándome de angustia y desconcierto. ¿Qué hacer? ¿Confesarle a mi jefe que yo era la autora de esos

garabatos y lanzarme a ver qué pasaba? ¿Qué ocurriría si lo hacía? ¿Se reiría de mí y me rechazaría? ¿Me aceptaría tal como era y sería por fin aquello el comienzo de algo? Isa me había asegurado que después de la noche fatídica de Halloween la vampiresa no daba señas de estar con Nacho, y muy al contrario, seguía despendolada arrojándose a relaciones pasajeras. Y lo sabía de buena tinta, ya que, para su tortura, la vampiresa llevaba siempre a sus citas, o víctimas, al piso compartido, para devorarlas y luego deshacerse de ellas sin ninguna compasión. Pero eso, de toda formas, no me despejaba el camino. Ahí el único escollo era el propio Nacho y su actitud déspota y

altiva hacia todo y hacia todos, y también yo misma, refugiada en el abrazo protector de Alfredo, que por otro lado, no se merecía ninguna traición por mi parte. O sea, que estaba estancada. Como, por otro lado, también lo estaban las cosas en Whittaker & Phillips: allí seguíamos sin saber quién era el responsable de la fuga de información, aunque al final todos hubiéramos tenido que pagar el pato por medio de trabajitos tediosos y denigrantes.

Al final, para bien o para mal, tuvo que pasar algo gordo para que las cosas se movieran un poco y yo saliera de ese marasmo que no solo me afectaba a mí

misma sino que arrastraba también a Alfredo. Una tarde andábamos paseando por el centro cuando nos detuvimos en el escaparate de una joyería, que es por otro lado, el tipo de establecimiento ante el que yo nunca me suelo detener. Pero el caso es que yo me había quedado prendada de una gargantilla muy mona (y muy cara) de la que pendía un colgante con forma de estrella y cuajado de brillantitos que resplandecían titilantes y tentadores a las luces del escaparate. Allí estaba como una boba, admirando la estrella como niño pobre tras el cristal de una pastelería, con Alfredo al lado, cuando una voz profunda a mis espaldas me susurró:

-Se vería genial en tu cuello.

Era Nacho. No sabía dónde meterme. Me olvidé del colgante, de Alfredo, que se había quedado hecho un pasmarote, y yo creo que hasta de respirar. Quedé absorbida por los iris grisáceos que me quitaban el sueño y me atraían con el poder hipnótico de miles de estrellas, no las de la joyería, sino las del mismo firmamento. Logré balbucir algo cogida por la sorpresa, y Alfredo y Nacho intercambiaron unas frases tensas por pura cortesía. Al final Nacho se fue por un lado y nosotros por otro, yo aún barruntando mi mala suerte y mi sorpresa. ¿Qué pasaría a partir de entonces? Obviamente, Nacho iba a pensar que Alfredo y yo andábamos

juntos, cómo ni iba a hacerlo. Aquello había echado al traste cualquier posibilidad de que entre Nacho y yo pasara algo en un remoto futuro. Al menos, me decía a modo de consuelo, ya no tendría que devanarme los sesos por la persona que más me gustaba. Se acabaron los dilemas: esa puerta quedaba definitivamente cerrada. Podía centrarme de una vez por todas en Alfredo, que era lo esperable, o lo que todos, incluido Nacho, esperaban de mí.

Se me había echado a perder la noche.

Pero al día siguiente en la agencia Nacho me trató con absoluta

cordialidad. Eso me dejó descolocada. Hubiera preferido que me echara una de sus miradas asesinas, uno de sus discursos insoportables, o mucho mejor, que me hiciera jurarle de nuevo que entre Alfredo y yo no había nada, mientras, puestos a pedir, aprisionaba mi cuerpo contra la pared de la cocina y aproximaba su rostro jadeante al mío. Lejos de esa estampa tan provocativa, para Nacho aquella mañana yo era uno más de sus colegas, mientras nos servíamos café en la cocina y comentábamos las noticias, el estado del tráfico, el parte meteorológico o lo que rayos fuera que los otros estuvieran hablando, porque a mí la verdad es que me entraba todo por un oído y me salía

por otro.

Si así estaban las cosas, más aturdida me dejó el mensaje que me llegó al móvil a media mañana:

“Esta noche, a las 9, en tu casa”. Por si quedan dudas, el mensajito críptico era de Nacho, no de Alfredo o de cualquier otro de mis amigos. ¿A las 9 qué? ¿Iba a venir Nacho a visitarme? ¿O quería decir aquello que no me moviera de casa a esa hora, por el motivo que fuera? ¿Se había equivocado mi jefe de número? Lo mismo el mensaje era para la vampiresa... no, definitivamente no: Nacho no era de los que se equivocan. Y a todo esto, ¿cómo sabía mi dirección? Esa respuesta era la única fácil: podía

haberla preguntado en recursos humanos. Recé para que no hubiera consultado también mi número de teléfono (aclaro: en recursos humanos conservaban mi verdadero y antiguo teléfono, mientras que el que usaba yo en ese momento era el de Isa). Pero no se me ocurría por qué iba a hacer una cosa así, teniendo como ya tenía mi número, o sea, el de Isa. En fin, que ahí estaba yo como una idiota con el móvil en la mano, pensando que este demandaba una respuesta por mi parte. ¿Y qué responder? Algo, sin duda, tan conciso como el mensaje que le precedía. Barajé unas cuantas posibilidades. “¿De qué vas?” No, demasiado agresivo. “Sí, porque tú lo

digas”. No, muy cínico. “Ni de coña”. Totalmente grosero. Además, lo reconozco, me moría de ganas de saber de qué iba todo aquello y si Nacho se iba a presentar en la puerta de mi casa. ¡Qué emoción y qué intriga! Seguí discurrendo respuestas: “¡Perfecto!”. Sumiso. “Vaaaale”. Infantil. Así que al final me decanté por un escueto “Bueno”, y que interpretara lo que quisiera. Aunque a la que le hacía falta un intérprete en aquel intercambio de ambigüedades y frases a medias era yo. Pulsé “enviar” y sentí como el móvil me quemaba entre los dedos. Y aún así no me desprendí del dichoso aparato durante el resto del día, ansiosa porque Nacho volviera a dar alguna señal o de

que me diera alguna pista sobre lo que iba a pasar esa noche. Pero nada. El móvil no pitó, no vibró, y dio en definitiva señales de estar tan vivo como el advenedizo de mi jefe. Así que me fui a casa y dejé que las horas discurrieran agónicamente hasta que el reloj marcara las nueve de la noche y pudiera salir de dudas.

No tuve que esperar tanto. A media tarde llamaron a la puerta. Recé para que no fuera Nacho, ya que estaba en pijama y, por lo que pudiera pasar esa noche, con una mascarilla de barro en la cara con la que hubiera podido pasar por la cosa de la ciénaga. Gracias a Dios era un repartidor, que ni siquiera

se molestó cuando, debido a mi aspecto impresentable, le abrí la puerta a medias y sin asomar el rostro, como el corderillo del cuento. Tendí los brazos a través de la ranura y me encontré con un ramo impresionante de rosas rojas a mi nombre. Colgando de él, una discreta nota sin firma: “Este es el comienzo de una noche inolvidable”. No bien hube de colocar las flores en un jarrón con agua, y aún sobrecogida por la sorpresa y el bonito detalle impensable en Nacho, volvieron a llamar a la puerta. ¿Y ahora qué? Pues ahora era el cartero. No traía más flores; en cambio depositó en mis brazos extendidos (seguía yo con una facha como para dejar que me viera el rostro) una caja larga y delgada, sin

ningún membrete, etiqueta o tarjeta que me ofreciera alguna pista sobre su contenido. Abrí la tapa hecha un manojo de nervios y levanté con extremo cuidado el papel de seda que ocultaba el contenido: era un vestido. Un vestido de noche, negro, precioso, de seda (eso creía) que parecía deshacerse entre mis dedos temblorosos al acariciar el tejido. Lo saqué de la caja y me lo coloqué sobre el pijama: parecía que no solo era de mi talla, sino que además me iba a quedar como un guante. Me moría por probármelo pero volvieron a llamar a la puerta. Era el cartero, que se había dado cuenta de que llevaba un paquete más para mí. Esta vez, presa del entusiasmo me olvidé de entreabrir la puerta y el

pobre cartero casi se cae por la escalera al verme la facha. Me tendió una caja con toda la pinta de ser una caja de zapatos. No me equivoqué: encontré en su interior un par taconazos negros y con la suela de un rojo indecente. No había que ser un experto en moda para saber que aquel era el sello de la famosa casa Louboutin, y tampoco había que tener muchas luces para intuir que los dichosos zapatos costaban un riñón. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué se proponía Nacho? ¿Y cómo debía tomármelo? Me debatía entre la indignación, el estupor, y la infantil ilusión de una niña abriendo regalos en su cumpleaños. Si Nacho se pensaba que con tanto regalito caro iba a caer

rendida ante sus pies, lo llevaba claro. ¡Ja! Ni la fábrica entera de Louboutin me iba a compensar por semanas enteras de desplantes y de cambios de humor. Pero por otro lado, allí tenía el vestido frente a mis perplejas narices, tendido sobre la cama como un amante ansioso de mis caricias, y los zapatos al lado, con aquella suela roja tan deliciosa y tentadora como la proverbial manzana de Adán, y ambas cosas, vestido y zapatos, parecían clamar suplicantes al unísono: “¡Pruébame, pruébame!”. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me embutí el vestido con cuidado extremo de que mi rostro embadurnado no rozara la delicada tela, y me encaramé sobre los tacones. Quedé estupefacta al observar

el resultado en el espejo: estaba radiante y “diviiiiina”, o eso hubiera dicho Richi de tener la oportunidad de verme. Obviando, claro, el efecto grotesco del potingue que aún llevaba en la cara. El finísimo tejido del vestido se me ajustaba al cuerpo como una segunda piel, y los zapatos, que eran de mi horma y número, resultaban excepcionalmente cómodos, o todo lo cómodos que podían ser unos zancos de un número indecente de centímetros. ¿Cómo podía Nacho haber dado en el clavo con mis medidas? Estaba resultando una caja de sorpresas, otra más en esa tarde que se parecía a las añoradas mañanas del Día de Reyes de mi infancia. Aunque seguía embelesada y me hubiera quedado allí

como una idiota haciendo piruetas con los zapatos y ensayando poses ante el espejo, decidí quitármelo todo con cuidado y meterme en el baño a darme una ducha larga. Esperaba no tener más interrupciones, aunque si eran del mismo tipo que hasta entonces tampoco me importaba.

No bien salía de la ducha que no había conseguido relajarme y me envolvía en una toalla gigante, cuando llamaron de nuevo a la puerta. Me apresuré a abrir sin molestarme en ponerme algo más decente (total, ya había caído todo lo bajo que se puede caer en ese aspecto cuando minutos atrás llevaba la máscara puesta). Esta vez se

trataba de un repartidor a domicilio que lucía en la solapa el membrete de la joyería donde me había topado con Nacho. El corazón me dio un vuelco. ¿Sería...? Pues sí, lo era: al abrir la cajita de piel que me entregó el repartidor, me encontré con el colgante de la estrella que me había embelesado. Aquello era demasiado. Lo tomé con extremo cuidado, como si fuera la cosa más frágil del mundo, y lo observé de cerca. No era ducha en la materia, pero los miles de cristalitos parecían diamantes auténticos. Jamás en mi vida había visto tantos juntos, y el efecto me dejó deslumbrada y absorta. Si Nacho se había propuesto impresionarme, aseguro que lo había logrado. Me llevó unos

minutos darme cuenta de que en la caja había una nota. “Esta noche te quiero solo para mí. N.”

Las horas volaron. Me peiné y maquillé esforzándome como nunca lo había hecho para que el resultado estuviera a la altura de mi atuendo. Me rocié unas gotas del mejor perfume que tenía, me puse la estrella en el cuello deseando que pasara lo que pasara jamás tuviera que desprenderme de ella en la vida, y me senté a esperar en el sofá de la sala de estar, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no mordirme las uñas que me acababa de pintar del mismo rojo intenso que las suelas de mis zapatos. ¿A esperar qué? Porque eso era

lo más importante ¿qué me esperaba aquella noche?

A las nueve en punto me llegó un mensaje al móvil: “Baja”. Así que bajé. Eso sí, dándomelas de funambulista para no precipitarme escaleras abajo con esos tacones, pero bajé. En la calle me esperaba algo que solo había visto en las películas: una limusina más larga que un día sin pan, con su chófer ataviado con gorra y todo esperando impasible a la puerta. Fue una pena que ningún vecino cotilla estuviera presente en ese momento; lo que hubiera fardado. El chófer me abrió la puerta invitándome a pasar. Una mano, desde el interior, me facilitó la tarea. Me

encontré con los ojos sonrientes de Nacho, un Nacho que aquella noche, trajeado y acicalado, podría haber ido causando paros cardiacos a diestro y siniestro si le hubiera dado por apearse de la limusina.

-Buenas noches, María. Estás radiante.

Empezábamos bien. Con cinco palabras ya me había desarmado. Encima me tendió una copa de champán burbujeante. Pero yo estaba dispuesta a dejarle las cosas bien claras desde el principio, así que me lancé a hablar antes de catar el champán tentador, por si acaso:

-Hola Nacho. Antes que nada,

gracias por los regalos. Pero no sé si puedo aceptarlos, porque quiero que sepas que... -la verdad sea dicha, esto lo solté con mucha dignidad pero con la boca pequeña. Por nada del mundo deseaba deshacerme de la estrella que colgaba de mi cuello y a la que ya apreciaba como si me hubiera pertenecido toda la vida. Menos mal que Nacho me paró en seco:

-Shhhh... no digas nada y no me des las gracias. Te mereces eso y mucho más. Aunque te advierto que esos regalos tienen un precio: esta noche quiero que sea solo para los dos. -
Tragué saliva. Nacho continuó:

-Nada de trabajo, nada de problemas, y sobre todo, nada de

terceras personas. ¿Prometido? -A pesar de la seriedad de sus palabras, no dejaba de sonreírme. ¿Pero quién era ese hombre encantador en el cuerpo de Nacho, que hasta entonces se había asemejado más a Mr. Scrooge que a cualquier príncipe azul de ensueño?

Y en fin, con aquellas palabras acabé por claudicar y rendirme del todo. Nacho tenía razón. Los dos nos merecíamos una tregua. Y yo de momento estaba encantada con todo (y no, no eran las burbujitas del champán, que aún no había probado). No pensaba arruinar una noche en la que Nacho se había esforzado tanto, así que decidí dejarme llevar. A la mañana siguiente ya

se vería, pero en ese momento la noche solo a nosotros nos pertenecía.

-Prometido -acepté. Solo quería dejarle una cosa muy clara:

-Me encanta mi colgante. -Acaricié la estrella con los dedos. Nacho a su vez pasó su mano por mi rostro y me regaló una tierna y galante caricia.

- Salud, entonces -propuso, haciendo chocar nuestras copas-

Y así dio comienzo la noche.

Por más que instigué a Nacho para que me dijera a dónde nos dirigíamos, no quiso soltar prenda. La limusina atravesó la noche y ciudad, y con mi incertidumbre en aumento, nos dirigimos hacia las afueras. Solo cuando el chófer

se detuvo a las puertas de una impresionante casa de campo en torno a la que aparcaban todo tipo de coches de lujo y limusinas similares a la nuestra, supe que nos encontrábamos en el restaurante más lujoso de la ciudad y del país entero, y el lugar de moda del momento. Uno de esos restaurantes para los que necesitas todos los dedos de la mano si de contar estrellas Michelin se trata, y a cuya carta legendaria solo podían acceder un puñado de privilegiados, políticos e integrantes del mundo de la farándula. En definitiva, un lugar quimérico que yo obviamente solo conocía por referencias y que nunca había osado ni a imaginar pisar. Apenas nos apeamos de la limusina y nos

adentramos en el recinto, comencé a vislumbrar rostros familiares.

-¿Oye ése no es...? -pregunté, tentada de señalar con el dedo a alguien que me sonaba de las revistas de corazón.

-Sí, lo es.

-¿Y esa en la esquina no es...?

-Sí, sí, calla, que te va a oír -me reprendió Nacho, ahogando la risa.

Entre tanto famoso me sentía como una *groupie* que se había colado por la puerta principal en un mundo que no le pertenecía. Era, como siempre, una intrusa. ¿Se habrían dado todos cuenta? ¿Por qué me miraban de aquel modo? Porque me miraban, de eso no había duda. Creo que Nacho percibió mi incomodidad, porque se apresuró a

susurrarme:

-Eres la envidia de todo el mundo.

No supe si creerle. Y de ser cierto, la causa de su envidia no podía ser otra que el hecho de que yo fuera la acompañante de ese ejemplar: Nacho causaba cuchicheos y miradas lascivas entre las mujeres. Para marcar territorio, me aferré de su brazo, hasta que el camarero nos acomodó en la mesa reservada. No había empezado la cena y ya me lo estaba pasando de lo lindo.

Nacho hizo lo que se suele hacer en estas ocasiones (así lo he visto en las películas) y pidió un buen vino, de esos del año tal reserva cual, que se ofreció a catar antes de que el camarero lo

vertiera sobre mi copa. El año tal reserva cual estaba cojonudo, pero obviamente me abstuve de hacer semejante comentario y lo calificué como “delicioso”. Pronto nos trajeron la cena, aunque más que cena aquello era un espectáculo, un festival de los sentidos, un desfile de creaciones vanguardistas cuyo fin, más que el de llenar el estómago, era el provocar la reacción y deleite visual de los comensales. Los platos -ínfimos- eran una monada y daba hasta pena comérselos. Emulsiones, espumas, vapores, crujientes, etc., con nombre tan rimbombantes como “jardín de primavera sobre lecho de tierra y mar” o “foie al oporto en nido de boletus”. Con

ese plan no sabía ni lo que eran la mitad de las cosas que me llevaba a la boca (que eran lo más exquisito que había probado en mi vida), pero la comida era lo de menos.

Nacho, atentísimo en todo momento, me regaló una conversación amena llena de recuerdos de la infancia y anécdotas de la adolescencia. Escuchándole me daba cuenta de que su pasado no podía ser más diferente al mío, y sin embargo aquella noche mágica ambos mundos se reunían sobre aquella mesa.

Los platitos, aunque ínfimos, no paraban de sucederse: cuando ya me encontraba llena Nacho me informó

riéndose de que aquel menú degustación constaba de doce creaciones. Yo debí de abrir los ojos como platos, más grandes sin duda que los que teníamos delante, y le informé con reparo que ya no podía más. Por culpa del vino, o del ambiente abrumador, todo me comenzaba a dar vueltas, así que me disculpé para ir al baño a “empolvarme la nariz”. Obviamente no dije tamaña cursilería, cuando además lo único que quería hacer era despejarme un poco y asegurarme de que no tenía restos de comida entre los dientes. La noche estaba resultando espectacular, pensé mientras me atusaba frente al espejo del baño. Yo estaba francamente impresionada, por el lugar, por la

comida, por el propio Nacho, y a la vez y paradójicamente, me sentía tan a gusto como si me encontrara en mi propia casa. No podía esperar a ver qué otras sorpresas me tenía reservada la noche. Y la primera de estas sorpresas, aunque no muy agradable, me la encontré al regresar del baño: Nacho jugueteaba con mi móvil en la mano, pues estúpida de mí, me lo había dejado en el bolso, en el respaldo de la silla.

-Te estaba sonando -se explicó. - Preferí cogerlo antes de que siguiera sonando.

-¿Quién era? -pregunté, esperando que quien hubiera sido no hubiera revelado por descuido mi verdadera identidad.

-La madre de tu amiga Isa -tragué saliva-. Quería saber qué hace una extraña con su móvil. Le he explicado que eres su amiga María, pero ha dicho que no te conoce de nada. Se ha mosqueado.

-Ya... se habrá confundido. Es que tiene Alzheimer, la pobre -mentí como una cosaca.

Me planteé entonces muy en serio que aquella era la ocasión perfecta para confesarle la verdad a Nacho (la madre de Isa, la muy oportuna, me lo había puesto en bandeja), pero por otro lado no quería romper el mágico momento que compartíamos. Si abría la boca todo se iría al garete, y no tenía fuerzas ni

ánimo para afrontar las consecuencias. Además el propio Nacho me lo había dejado muy claro al comienzo de la velada: esa noche era “solo para los dos”, y sin problemas de por medio. Pero de aquellos dos, una era María, una tunanta, que en realidad respondía al nombre de Mariola, y desvelarlo representaba un problema, uno muy gordo. Así que me callé. Ya encontraría otra oportunidad para abrir la boca. De momento prefería seguir como estaba y dejarme llevar por la batuta de Nacho.

Pero lo cierto es que algo se torció a partir de ese momento. Yo no dejaba de barruntar en silencio lo miserable de la situación en la que yo misma me había

colocado por culpa de mi mentira. No me merecía la atención de Nacho, sus mimos y los caprichos que aquella noche había derrochado. Quizá por esto (debió intuir que algo no iba bien del todo) el chófer, a petición de Nacho, nos llevó directamente de vuelta a mi edificio. Aunque la verdadera razón de lo breve de la cita era otra:

-Mañana salgo de viaje temprano -se disculpó Nacho, cuando ambos estábamos ya frente a mi portal. Ahí sí, me sentí como la Cenicienta. Al día siguiente el sueño sería polvo y no me quedaría ni la presencia de mi particular príncipe azul.

-¿Por trabajo?

-Sí, por el desastre de Borreguito.

Ya te dije que pensaba llegar hasta el final del asunto.

Al sacar el tema del trabajo, el rostro de Nacho se tornó frío e inescrutable. Me temí lo peor.

-¿No pensarás que yo...?

-No pienso nada. No voy a sacar conclusiones precipitadas. No hasta que se resuelva todo esto.

Yo me tomé tanta negativa como algo personal. Aquellos “no” en cadena eran un rechazo hacia mí misma y una muestra de total desconfianza. Nacho seguía pensando que yo podía estar metida hasta las cejas en el asunto.

Me dieron unas ganas terribles de trepar escaleras arriba hasta mi casa,

hasta mi cama, y quedarme debajo del edredón una década, o bueno, al menos hasta que se esclareciera todo en la agencia y nadie tuviera motivos para dudar de mi inocencia. Yo no había podido hacer nada para descubrir al culpable del plagio, ¿qué otra cosa podía hacer en ese momento salvo dejar pasar el tiempo? Podía gritarle a Nacho a todo pulmón “¡yo no he sido, yo no he sido!”, a riesgo de que tanto él como los paseantes nocturnos pensarán que me faltaba un tornillo. No hice nada parecido. Me despedí de Nacho con un fugaz beso en la mejilla, le di las gracias por todo muy amablemente, le deseé un buen viaje, y llegué de una pieza a mi casa, donde ahí sí, dejé que mi mundo se

desintegrara pedacito a pedacito.

Con las manos en la masa.

-¡Dios mío! ¡Me he quedado ciega!
¡Ayudaaaa!

Así me recibió Cris cuando llegué a la agencia. Aludía, claro está, a la estrella que colgaba de mi cuello, que no me había quitado la noche anterior a pesar del desengaño y del soponcio que me había llevado. Además, bien mirado, lo de ir deslumbrando al personal a mi paso tenía sus ventajas: nadie se iba a fijar en las horribles ojeras que surcaban mi rostro y en que tenía los

ojos rojos y achicados. Estaba hecha un cuadro. Y lo peor, mi aspecto físico iba a la par que mi estado anímico. Cris, embelesada como estaba con la gargantilla, no reparó en nada de eso. Podría haber estado cargando un elefante rosa a mis espaldas que solo habría tenido ojos para los diamantes que prendían de mi cuello.

-¿De dónde has sacado esta monada?
-inquirió, tomando el colgante entre sus dedos- ¡Esto debe de costar un ojo de la cara!

-Es... es un regalo -confesé. Me guardé de acabar la frase agregando “de Nacho”, pero Cris no era tonta. Abrió los ojos como platos y enmudeció. Por desgracia su mutismo duró un nano

segundo.

-¡Noooooo! -su grito se debió de oír en la toda la agencia.

-¡Shhhh! -le insté, antes de que gritara también a los cuatro vientos el nombre de nuestro jefe. No me quedó otra alternativa que llevármela a la cocina, donde al menos había paredes, y referirle nuestra cita de la noche anterior, con su decepcionante final y todo. Y la verdad, al hacerlo me sentí un poco mejor. Cris, con su eterno optimismo, parecía haber hecho oídos sordos al relato de nuestra despedida en el portal de mi casa. A ella solo le interesaban los pormenores de la cena: no se quedó contenta hasta que le describí al dedillo qué cenamos y

bebimos, a qué famosos vimos, cómo era el restaurante, qué llevaba yo puesto, etc. etc. Una vez satisfecha, se limitó a suspirar sonoramente y a declarar:

-¿Ves? Te lo dije: lo tienes en el bote.

A veces me exasperaba. ¿Es que no había escuchado que Nacho aún desconfiaba de mí y que pensaba que yo podía tener algo que ver con el feo asunto del plagio? Lejos de lujos, detalles y atenciones, eso era lo único que a mí me importaba. Pero quedaba claro que yo estaba sola en ese barco: Isa, al igual que Cris, solo tenía oídos para algunos detalles de la abrumadora cita con Nacho, aunque su reacción fuera

muy diferente a la de mi compañera de oficina.

A Isa le conté los pormenores de la cita de ensueño (que acabó en pesadilla) desde el móvil y encerrada en uno de los compartimentos del baño, como era mi costumbre. Isa no daba crédito a lo que oía y su indignación al otro lado del teléfono era casi palpable.

-¿Pero qué se ha creído ese chulito?
¿Que te va a comprar con diamantes?
¿Pero de qué va?

-Ya... -aunque sabía que mi amiga tenía razón, no le podía confesar que yo había aceptado el colgante (lo sostenía entre mis dedos en un gesto que se había vuelto automático), el vestido, los

Louboutin y todo lo demás de muy buen grado.

-Bueno, pero tú lo habrás puesto en su sitio, ¿no?

-Yo... es que...

-¡Mariola! -la voz chillona de Isa me recordó entonces mucho a la de mi madre, cuando me increpaba por mis muy numerosas meteduras de pata.

-Pero Isa, tía, si vieras el colgante, y los zapatos, y la limusina, y el restaurante, tú tampoco te habrías resistido, te habría pasado lo mismo, ¡seguro! -me defendí.

Así seguimos con el tira y afloja un rato más. Isa me comparó con Julia Roberts en *Pretty Woman* (ya quisiera yo), con la protagonista de *Una*

proposición indecente (ya quisiera yo que me hubieran puesto en bandeja un milloncete de dólares, por hacerle un favor nada menos que a Robert Redford) y yo por mi parte la llamé estirada, frígida y bruja, y puestos a comparar le solté que haría un papelón encarnando a Bernarda Alba. Al final estallamos en carcajadas y quedamos en vernos muy pronto, de hecho ese mismo fin de semana: era el cumpleaños de Alejandro. Tenía que llamar a Richi para enterarme de los detalles, ya que mi amiga de momento no sabía mucho más.

A pesar de que la conversación con Isa había sido el equivalente telefónico

de un estirón de orejas, estaba ya de mejor ánimo. Estaba claro que lo que entre Nacho y yo había pasado era susceptible de muchísimas interpretaciones y cada uno allí podía tener un punto de vista. Eso solo podía significar una cosa: que -como hubiera dicho el sabio del Locomías- nada era para tanto. No había una verdad universal ni una manera unívoca de interpretar las cosas, mi modo de actuar no había sido ni bueno ni malo, como tampoco se podía juzgar tan fácilmente la actitud de Nacho, y en fin, en ese juego de medias tintas lo único que podía hacer era dejarme llevar y disfrutar del viaje, en vez de tomármelo todo tan a pecho. Además, Nacho estaba

de viaje, de viaje de verdad. Razón de más para relajarme, y para ponerme a trabajar de una vez, antes de que sobre el escritorio se me acumulara una montaña de papeles hasta el techo. Eso sí iba a ser un problema bien gordo.

En ausencia de Nacho y como la campaña de Borreguito seguía estancada, los miembros de mi equipo habíamos sido asignados a otros grupos y proyectos y de momento no trabajábamos juntos, aunque siguiéramos compartiendo la misma área común donde se encontraban nuestros escritorios. Creo que de los cuatro yo había corrido la peor suerte (¡qué raro!): me había tocado revisar una ingente

cantidad de documentos legales y textos técnicos tediosos hasta la exasperación, en busca de errores tipográficos, ortográficos o ambigüedades gramaticales. Un trabajo de chinos para la novata del grupo. Eso significaba no solo dejarse los ojos en la tarea, sino además depender de los horarios del equipo creativo, con Rodrigo a la cabeza (otro de los directores creativos), que me pasaba los documentos para su revisión cuando los tenían finalizados. Tenía que estar disponible todo el rato, por si acaso, y me era imposible manejar mi tiempo y mi horario a mi antojo. Por ejemplo, no bien me disponía a salir de la agencia para tomarme mi hora de almuerzo que

me llegaba una pila nueva de carpetas y archivos, y en cuanto llegaba la hora de salida y mis compañeros se despedían y los veía alejarse tan contentos camino del ascensor, a mí me tocaba quedarme porque otra tanda de documentos me esperaba calentita sobre el escritorio. En definitiva, un asco y un tormento, y así un día sí y otro también. Menos mal que para alivio de aquella rutina asfixiante, tenía dos fiestones en el horizonte cercano: una era el cumpleaños de Alejandro, aquel mismo fin de semana, y la otra la fiesta anual de la empresa, el fin de semana siguiente. En cuanto a la primera y más próxima, sentía yo que el cumpleaños en sí era lo de menos: aquella era la oportunidad

perfecta para volver a reunirme con la pandilla al completo (desde la noche de Halloween no habíamos coincidido todos a la vez) y para hacer algo totalmente diferente y alejado de los ambientes que yo y mis amigos solíamos frecuentar. También la segunda fiesta, la de la agencia, era algo excepcional, y no solo para mí, sino para todos los miembros de Whittaker & Phillips. Según me había contado Cris, una vez al año el señor Whittaker y su socio el señor Phillips tiraban la casa por la ventana, invitando a sus empleados a una fastuosa cena en uno de los hoteles más opulentos de la ciudad, con su consecuente fiesta y baile, que, en palabras de Cris, eran legendarios.

Tenía que ir pensando en el modelito.

Pero lo primero era lo primero: Richi me adelantó los detalles de la fiesta de Alejandro una tarde en que pude salir a una hora prudente del trabajo y me acerqué al Starbucks.

-¡Tíaaaa! ¿Pero qué es ese preduscooo! –fue su peculiar saludo, refiriéndose, claro está, a la estrella que ya no se desprendía jamás de mi cuello.

-Te lo cuento si tú me cuentas lo del fiestón que nos tenéis preparado.

-Hecho.

Richi se tomó un descanso y se acomodó a mi lado en una de las mesas, trayendo consigo dos moccas bien

calentitos rebosantes de nata montada.

-Alejandro ha salido del armario. Por todo lo alto –chocó su taza con la mía, a modo de brindis.

No era para menos: su novio había reunido el valor suficiente no solo para confesarles a sus padres que era homosexual, sino para referirles también que salía con alguien, y que la cosa iba en serio. Para sorpresa de todos, sus padres se lo habían tomado la mar de bien; de hecho, la idea de la fiesta había sido cosa suya. Estaban ansiosos por conocer al novio de su hijo y ser parte activa en la vida de Alejandro, con todo lo que conllevara. Y para dar fe de su buena disposición, estaban organizando lo que prometía ser la fiesta del año: una

celebración en el jardín del chalet, con carpa, catering, barra libre y hasta DJ. Me ilusioné con la idea como si la fiesta fuera en mi honor, y comencé a barajar mentalmente el conjunto que me pondría para la ocasión. Richi no me dejó quedarme en la nube en la que plácidamente me había instalado, y en el momento en que me llevaba la taza a la boca me propinó un codazo gracias al cual la nariz se se me hundió en la nata y se me metió por las fosas nasales. Nada agradable.

-Bueno, y eso qué -“eso” era el colgante-. Y no me mientas porque se nota a la legua que son diamantes de verdad.

-¿Y cuándo has visto tú diamantes de

verdad?

-Ay nena, no me tires de la lengua que te tendré que contar el lío que tuve con un jeque árabe...

Reí ante la ocurrencia de Richi, me limpié la nariz embadurnada de nata, di un trago largo a mi mocca y armándome de paciencia le refería mi cena con Nacho de pe a pa.

-Pues que quieres que te diga, cariño. Mucho brillante y mucha mariconada pero ese tío no te merece.

Compartía pues la opinión de Cris. Los amigos, con frecuencia, son un poco como los padres: saben lo que nos conviene y lo que no mejor que nosotros mismos. Yo, obviamente, no lo tenía tan

claro. Nacho me había sorbido el cerebro y su solo recuerdo me calaba hasta los huesos. Era pensar en sus ojos grises, en su aliento y su rostro rozando el mío, y me ponía a suspirar como una posesa. Yo creo que hasta me entraba fiebre. Porque aquello era como una enfermedad, no se me ocurre una comparación más ilustrativa. Lo malo es que el remedio era paradójicamente la enfermedad misma: Nacho, entero, todo para mí solita y para siempre. Richi añadió algo más que me azotó internamente y que consiguió de manera definitiva traerme de vuelta al mundo de los vivos y no de las quimeras:

-Además, le tendrás que decir algo a Alfredo. Lo tienes comiendo de tu mano

y no se lo merece.

Ahí sí que mi amigo tenía más razón que un santo. No podía seguir jugando a las medias tintas con alguien que desde el principio había sido honesto y me había tratado como a una princesa. Le tenía que decir que lo nuestro, que ni siquiera había empezado, no tenía futuro. Se lo prometí a Richi, me lo prometí a mí misma y se lo prometí internamente a Alfredo. Eso era muy fácil, claro, pero a ver cómo afrontaba el momento cuando este llegara. Debía hacerlo antes de la fiesta de Alejandro: así llegaría con la conciencia tranquila y sin los nubarrones de incertidumbre y resquemor que esos días parecían haberse instalado a sus anchas en mi

cabeza.

Siguieron más y más días iguales de jornadas de trabajo largas y exasperantes: así no había manera de preparar los modelitos para ambas fiestas ni de quedar con nadie, mucho menos con Alfredo, para lo que necesitaba el aplomo y la preparación necesaria. Algunos días me tocó quedarme hasta bien entrada la noche o, peor aún, regresaba a mi casa y cuando ya me creía a salvo del monstruo peludo en que se había convertido mi trabajo, recibía una llamada requiriéndome regresar a la agencia para revisar más documentos. Aquello era insufrible: a esas horas intempestivas en Whittaker &

Phillips solo quedaba el guardia de seguridad a la entrada, y el espacio diáfano y luminoso que era nuestra oficina durante el día se convertía en una gruta llena de recovecos oscuros y ruiditos de procedencia dudosa y desconocida.

Había llegado ya el invierno, y de manera categórica. Aquellos días hacía un frío ante el cual no había abrigo ni forro de borreguillo que se resistiera. Eso hacía especialmente duro mi regreso de noche a las oficinas de Whittaker & Phillips, donde, para mas inri, la calefacción se apagaba a media tarde, con lo que para cuando yo llegaba colgaban carámbanos de las esquinas de

los escritorios. Vamos, que ya me gustaría a mí haber visto a Edmund Hillary trabajar en aquellas condiciones en vez de irse de excursión a escalar el Everest. Vale, estoy exagerando. Yo creo que lo que tiñe mis recuerdos de esa presencia heladora era simplemente la ausencia de Nacho: el viaje se había prolongado más de lo que yo había esperado, y ni siquiera había vuelto a tener noticias tuyas. La soledad y el abandono son las sensaciones más gélidas de todas. Pero nada de ponerse dramática: al final me pudo el pragmatismo, o la conciencia, o la vocecilla insidiosa de Richi que parecía repetirme internamente que debía dejar las cosas claras con Alfredo de una

santa vez. Así que no pospuse más el encuentro y una tarde en la que milagrosamente no tenía que quedarme en la agencia ni regresar más tarde, me cité con él a la puerta de nuestro parque favorito.

Mala decisión: hacía un frío que pelaba y soplaba un vientecillo gélido de esos que te hacen moquear de una manera muy poco estética. Era tal mi afán de dejar las cosas claras de una vez y de apaciguar mi conciencia, que llegué con minutos de antelación a la puerta del parque y me tocó esperar a Alfredo mientras daba saltitos y me frotaba las manos ante el riesgo de convertirme en un un témpano. Me calé el gorro hasta

las orejas, pero había olvidado los guantes en casa y apenas sentía los dedos, que de tener que esperar mucho más se me iban a caer por pura congelación. Deseé con todas mis fuerzas que apareciera Alfredo, no por las ganas de verle, sino por acabar con aquello cuanto antes y regresar al calor de mi casita. Automáticamente me sentí fatal por pensar de aquella manera. Estaba a punto de romperle el corazón a un tipo que era un bendito, que se había portado conmigo como un caballero y que tanto había hecho (y aguantado) por mí, y ahí estaba yo, deseosa de terminar cuanto antes para ponerme mi pijama de felpa y acomodarme frente a la tele con un Cola Cao caliente. Como si hablar

con Alfredo fuera una mera transacción comparable a ir a correos o pasar por el banco.

Alfredo llegó puntual, y como siempre y a pesar del frío, con una sonrisa radiante.

-Tengo algo importante que decirte - me soltó nada más verme, tras estamparme un sonoro beso en la mejilla.

-Yo también -anuncié, con gesto más austero.

-Pues tú primero.

-No, tú -dije por cortesía y porque de pronto me moría de curiosidad por saber lo que Alfredo tenía que contarme.

-Las damas primero -contestó, tan

cortés como siempre.

-Bueno –acepté. Alfredo tomó mis manos heladas entre las suyas y las frotó a conciencia para hacerlas entrar en calor. Nos pusimos a caminar sin rumbo fijo por el parque, mientras yo reunía el valor necesario para soltarle un discurso que, ahora que caía en cuenta, no había preparado.

“Allá va”, pensé, cuando ya habían pasado unos minutos que se antojaron muy incómodos, aunque Alfredo, a mi lado, parecía tan despreocupado como siempre. Y entonces, siendo todo lo sincera que se puede ser, le referí lo que sentía. Que estaba enamorada de Nacho, y que no podía hacer nada por evitarlo.

Que creía que Nacho también me correspondía, aunque su modo de actuar a veces diera a entender lo contrario. Que dudaba que entre Nacho y yo hubiera posibilidad de un futuro, pero que aquello no era impedimento para hacerme sentir lo que sentía. Y que independientemente de que Nacho alguna vez se armara de valor para corresponderme de pleno e iniciar una relación, no podía seguir así, jugando con Alfredo a ser novios sin serlo. Porque simplemente él no se lo merecía. Debíamos acabar con nuestra relación platónica de cuajo, al menos hasta que él me viera simplemente como una amiga. O sea, aquello era una despedida. No recuerdo mis palabras exactas, pero sí

la respuesta tajante y rotunda que él me dio cuando acabé mi particular discurso.

-No.

-¿No qué?- estaba perpleja.

-Que nunca te veré como una amiga.

O sea, me temo que esto es un “hasta nunca” –concluyó, sin mirarme a la cara, mientras pateaba las hojas caídas en el camino. Y no añadió nada más al respecto.

-Pero ahora déjame que te cuente lo que había venido a decirte –prosiguió, cambiando radicalmente el rumbo de la conversación. Aunque no llegaba verle el rostro, semienterrado en su bufanda gris, intuí que estaba muy serio y aquello debía de ser algo gordo. No me equivoqué.

-Me han ofrecido un puesto en Alemania. En Berlín. He decidido dejar a la compañía. Es una oportunidad muy buena.

Eso sí que no me lo esperaba. Alfredo no había exagerado: aquello era algo muy importante, y de repente mis devaneos sentimentales se me antojaron como un capricho infantil.

-Había venido a pedirte que vinieras conmigo. Pero ya me has dejado clara tu respuesta. Así que esto no es una invitación, está claro que es una despedida.

No supe cómo reaccionar. Sin saberlo, acababa de cerrar a mis espaldas una puerta que se abría a un

mundo de posibilidades. Una vida nueva en un país nuevo, ahí es nada. La idea me tentaba, pero definitivamente era muy tarde para dejarse llevar por tentaciones. Antes siquiera de que la invitación de Alfredo llegara, yo ya le había dado un “no” contundente que arrasaba toda posibilidad de cambio. Había optado por Nacho, con todo lo que conllevaba, que sabía que no era nada atractivo.

Alfredo no añadió mucho más. Me comentó algunos detalles de su nuevo trabajo y que viajaba precisamente el mismo día de la fiesta de la empresa. Mientras él se embarcaba rumbo a una vida nueva, yo me quedaría en el mismo

sitio de siempre, seguramente simulando estar pasándomelo pipa con mis compañeros de trabajo, seguramente atenta con el rabillo del ojo a todos los movimientos de Nacho, que seguramente no me haría ni caso. Tras un escueto “Adiós Mariola” –usó mi nombre real, que le había confesado semanas atrás- y un “siempre te querré tal como eres” que me llegó al alma, lo vi alejarse cabizbajo envuelto en un remolino de hojas otoñales. Y eso fue todo.

Y pasaron las hojas del calendario en un remolino similar al que envolvía a Alfredo románticamente la última vez que lo vi, mientras yo intentaba no pensar en nada y centrarme en el trabajo,

que me estaba matando, y en las fiestas que me esperaban, que se me presentaban como único consuelo en mi mísera rutina. Y el día de la primera fiesta llegó. Pude salir de la agencia a la misma hora que el resto de mis afortunados compañeros y disponer de un buen rato para arreglarme, aunque Rodrigo me advirtió que cabía la posibilidad de que me llamara para regresar entrada la noche. Vaya plan. Eso me iba a aguar la juerga. Iba a tener que estar todo el rato pegada al móvil y no me iba a ser posible beber como un marinero, que era lo que tenía pensado como único remedio para ahogar mis penas. Pero eso sí, me iba a poner como un pincel. Saltándome toda norma

impuesta por el mundo de la moda, empecé por abajo: los Louboutin. No tenía muchas ocasiones de ponerme unos tacones de escándalo como aquellos. Pero no era cuestión de ir ataviada como si fuera a pisar la alfombra roja (tampoco, a excepción de los regalos de Nacho, tenía yo prendas a ese nivel), así que para lograr el justo equilibrio me decidí por unos pantalones ajustaditos, negros, de imitación de piel (los de piel verdadera no estaban al alcance de mis bolsillos, y además, una es muy ecológica, aunque sea por necesidad más que por gusto). A la agencia iba siempre vestida de negro, así que hoy, estando por fin fuera de horario de trabajo, hice una excepción: completé el

atuendo con un suéter color perla que al tacto casi casi parecía de cachemira. Me observé en el espejo: aunque, a excepción de los zapatos, era todo más falso que un billete de tres euros, el resultado era más que satisfactorio. Una combinación de glamour, rock, y discreta elegancia, todo en una pieza. Me solté el pelo y dejé que los rizos se me desparramaran sobre los hombros y la espalda. Y como toque final me pinté los labios de un rojo rabioso y llamativo que en raras ocasiones usaba. Cogí la cazadora, el móvil y las llaves, y me fui de casa dando un portazo, dejando así todas mis penas encerradas por aquella noche y sin posibilidad de escapatoria. O eso creía yo.

Los cinco fantásticos habíamos quedado en casa de Richi como punto de encuentro. Rubén no había podido acompañar a Isa porque tenía otro compromiso familiar, así que allí estábamos los cinco de siempre, sin pareja, como en los viejos tiempos. Fui la última en llegar: había perdido la noción del tiempo mientras me arreglaba, aunque sin duda el resultado había merecido la pena. A Sole casi le da un infarto al verme los zapatos: la erudita en moda, diseño y confección (aunque sus excéntricas creaciones no lo demostraran), sabía de sobra que se trataba de unos Louboutin auténticos, a pesar de haberlos visto solo en sueños y

en la tele, como era mi caso. A ella, como había hecho con Richi, me tocaba explicarle la razón de aquel prodigio de la moda que eran esos zapatos, nada menos que en mis pies. Pero esa noche no. Esa noche el recuerdo de Nacho simplemente no tenía cabida. Me centré en mis amigos: Richi, que estaba hecho un flan, había optado por lo que él consideraba un modelo conservador, a la altura de las circunstancias y anticipando el momento inminente de ser presentado a sus futuros suegros. Llevaba americana y todo, eso sí, de un color púrpura que hubiera hecho las delicias de Prince, y a juego con el pelo, teñido de morado berenjena. Isa iba guapísima, con un vestido color vino

hasta los tobillos y un abrigo negro que la envolvía dándole el aspecto glamuroso de una estrella de Hollywood. Aunque más que la indumentaria lo que la hacía estar radiante era el aura de serenidad que parecía envolverla, o eso hubiera dicho Sole. A pesar de la ausencia de Rubén, su nuevo noviazgo la hacía parecer más madura (que no más vieja) e infinitamente más segura de sí misma. La Sole y el Locomías eran otro cantar: aunque ambos se habían esmerado con su atuendo (era la primera vez que veía a mi amigo con corbata, aunque fuera de Mickey Mouse), la primera seguía pareciendo una zíngara bailando alrededor de una hoguera y el segundo...

no, no tengo en mi repertorio de comparaciones algo que sirva para describir la apariencia del más chiflado del grupo.

La casa de Alejandro quedaba lejos del centro urbano, y como además pensábamos regresar a una hora en que ya no funcionase el transporte público, íbamos a desplazarnos hasta allá en el Citroën dos caballos de Sole, una pieza de museo que sin duda había visto días mejores cuando Manolo Escobar hizo célebre aquello de “mi carro me lo robaron”. Aquello era sin duda una acción temeraria, más teniendo en cuenta que Sole no recordaba la única vez que el coche había pasado la revisión

técnica, y que para acabar de rematar la cosa, nuestra amiga era una auténtica kamikaze al volante. El Locomías, por ser el más alto del grupo, se acomodó tan pancho en el asiento del copiloto, y Richi, Isa y yo nos apiñamos en el asiento de atrás. A pesar de lo accidentado e incómodo del trayecto (ay, qué lejana quedaba ahora mi noche en la limusina) unos cuarenta minutos más tarde llegamos de una pieza y sin percances a la casa de los padres de Alejandro. Varios coches que sin duda aventajaban en unas cuantas décadas al destartalado Citroën se apiñaban ya en la rotonda de la entrada. Sole, a petición de Richi, aparcó en un hueco más alejado de la puerta principal. No era

cuestión de llegar proclamando a gritos que éramos unos intrusos en aquella reunión de gente pudiente y respetable. Salimos a empujones del coche felices por poder estirar las piernas, y algo nerviosos tocamos el timbre.

Nos abrió Alejandro: estaba de punta en blanco y radiante. Tras saludarnos efusivamente y plantarle un beso en la boca a Richi lo arrastró al interior para presentarle a sus padres. Los demás, en un segundo plano, nos limitamos a observar la escena y a compadecernos de la suerte que pudiera correr nuestro amigo. La madre de Alejandro, una mujer enjuta y sobria ataviada con un traje de chaqueta rosa

palo y un collar de pelar, miró con cierta aprensión los numerosos piercings de mi amigo y el pelo berenjena, color que mi amigo consideraba discreto y apropiado. No obstante la mujer mantuvo el porte y le ofreció a Richi una cálida sonrisa de dientes blanquísimos. Su porte y elegancia dejaban claro de dónde había sacado su hijo el atractivo físico. El padre de Alejandro, el ambicioso dueño de una de las inmobiliarias más importantes del país, era un hombre corpulento, de rostro simpático, y calvo como una bola de billar. Este reaccionó de una manera muy diferente a su esposa cuando le sacudió enérgicamente la mano a mi amigo:

-La próxima vez le digo a mi

peluquero que me lo tiña del mismo color.

Todos reímos aliviados.

Los camareros pululaban por el interior del amplio salón ofreciendo champán y canapés a los invitados. Cuando estos ya habían alcanzado un amplio número, la madre de Alejandro abrió las puertas que daban al magnífico jardín e invitó a los presentes a la fiesta propiamente dicha. El salón donde estábamos parecía sacado de la última edición de Marie Claire, pero al abrirse las puertas que conducían a la parte trasera de la casa fue donde nos quedamos simplemente con la boca abierta. El único que articuló palabra

fue el Locomías, que con un “joder tío, vaya partidazo te has echado”, dirigido a Richi, dio muestras como siempre de su particular sensibilidad. Yo creo que Richi, por su parte, hubiera preferido algo más sencillo en lo a la fiesta se refiere. Unas cervezas en su terraza o unas tapas por el barrio hubiera sido más que suficiente. Pero era cierto que, a juzgar por lo que teníamos a la vista, se podía decir que a mi amigo había tocado la lotería. El recinto era simplemente espectacular: seguía el suave descenso de una colina, en cuya base, apartada de la casa, se podía distinguir una piscina, ahora vacía y llena de hojas de los árboles colindantes. Distribuidos por el jardín

había caprichosos arbustos pulcramente recortados, árboles frutales (ahora secos), rosales (ahora podados), y varias fuentes de las que a pesar del frío seguía brotando agua cantarina. Imaginé que aquello debía de ser un auténtico paraíso en primavera y verano. Para paliar las bajas temperaturas, los padres de Alejandro habían hecho instalar calefactores de gas que se distribuían estratégicamente por todo el jardín, y bajo las que se apiñaban ya los ateridos invitados. En una zona de la colina en la que el desnivel no era pronunciado se erguía una carpa blanca, bajo la que había una barra bien nutrida y varios camareros, una tarima para el DJ, que aún no había llegado, y una pista de

baile. Miles de lucecitas blancas, colgadas de los árboles y enredadas en los arbustos, alumbraban tenuemente el jardín en toda su inmensidad: aquél parecía el decorado de un cuento de hadas navideño. Sí, un cuento de hadas y yo sin príncipe. Me arrebujié en la cazadora, apuré mi copa de champán y decidí pasármelo bien al costo que fuera. Empezaba la fiesta.

Es increíble lo que se puede llegar a hacer cuando uno se lo propone y pone en la tarea todo su ahínco. La fiesta, en todo su apogeo, estaba resultando un éxito. Y yo no me lo había pasado así de bien desde la noche de Halloween (pero no, ahora no era momento de pensar en

eso). Recorrí el recinto con la mirada en busca de mis amigos, dispersos por aquí y por allá y relacionándose con toda naturalidad con círculos sociales que nos eran del todo ajenos: Sole aleccionaba sobre el uso de complementos a un grupo de mujeres arregladísimas y maquilladísimas, que la escuchaban con mucha atención: “al contrario de la creencia popular, las perlas deben usarlas las jovencitas. Las perlas avejentan y resultan demasiado serias. Las turquesas y el lapislázuli, por el contrario, iluminan el rostro. Claro, que ante la duda, diamantes...”. Isa, por su parte, se había ganado la atención de un grupo de maduritos, entre ellos el padre de Alejandro. Todos la miraban

encandilados y le reían las gracias, que no me llegaban hasta donde yo me encontraba pero que debían de ser la mar de divertidas, a juzgar por las carcajadas del corrillo. A pesar de que me lo estaba pasando francamente bien y de que el ambiente era inmejorable, ser testigo de aquella dicha en todos los rincones de aquel inmenso jardín me llenó de algo parecido a la melancolía: echaba en falta algo, pero no sabía qué. Sería la proximidad de las fechas navideñas, y ver a todas esas familias tan bien avenidas, y yo tener a mi madre en el pueblo... no, no era eso exactamente. Echaba de menos lo que Richi y Alejandro tenían, lo que Rubén e Isa tenía, lo que los padres de Alejandro

o tantas otras parejas presentes tenían: la presencia reconfortante de alguien especial a tu lado, simplemente alguien a quien querer y por quien ser amado, sin condiciones. La tranquilidad de poder ser uno mismo, sin pretensiones, sin lujos y sin Louboutin de por medio. Y no, no pensé en Nacho, sino que acordé de Alfredo, quien en ese momento estría seguramente haciendo maletas y preparativos de viaje.

Esa noche había sido crucial para dos de mis amigos: Richi había sido presentado formalmente a los padres de Alejandro. Volví a pensar en mi madre e imaginé quién sería más apropiado presentarle como mi novio formal

(aunque ninguno de los dos lo era): Nacho o Alfredo. Las madres quieren para sus hijos lo mejor. La respuesta era por tanto obvia. Y en pocas horas esa respuesta con nombre propio estaría sobrevolando nuestras cabezas rumbo a una vida alejada de la mía definitivamente. No, no y no: sacudí la cabeza disipando todo pensamiento negativo, y seguí sacudiendo el cuerpo, que era precisamente lo que estaba yo haciendo en esos momentos. En la pista, me movía al ritmo de la música, acompañada de Richi y Alejandro y un grupito de desconocidos de la edad de este. A unos escasos metros de nosotros se desarrollaba una escena que hasta ese momento me hubiera resultado

impensable: la madre de Alejandro giraba y giraba guiada por los brazos del Locomías, en una de sus excéntricas danzas que por lo visto hacía las delicias de la respetable señora (que a mi parecer se había excedido con el champán, bien por ella).

Y en ese preciso momento en que el universo estaba en equilibrio y yo había alcanzado mi particular nirvana fiestero, noté una vibración en el bolsillo de mis pantalones. Horror: me estaba sonando el móvil. Leí el número mientras me invadía la rabia y la frustración: era Rodrigo. Blasfemando, me alejé de la pista para poder atender la llamada:

-María, ¿puedes regresar a la

agencia? Nacho ha vuelto y necesita revisar todo el material de los últimos días.

Me quedé de una pieza. No sólo debía regresar al trabajo cuando estaba en una fiesta, realizar el largo trayecto de vuelta de noche y sacrificar mi fin de semana. Además debía enfrentarme a la presencia de Nacho, la última persona a la que habría preferido ver en esos momentos.

-Claro, voy para allá, me costará un rato, que estoy lejos –fue todo lo que dije, acatando mi obligación como una boba.

Porque, reconozcámoslo, una parte

de mí se moría por volver a ver a Nacho. Vale, sí, estaba hecha un lío, para variar: una parte de mí recordaba nostálgica a Alfredo, otra no quería pensar en nadie y simplemente pasarlo bien, y a otra más, sin duda la más traicionera, le temblaban los huesitos de pura emoción ante la simple perspectiva de poder sentir a ese ejemplar de hombre que era mi jefe bien cerquita. Me despedí de mis amigos precipitadamente (aquello se estaba convirtiendo en una fea costumbre) y pedí un taxi por teléfono. Por mucho Louboutin que calzara lo cierto es que a esas altura de la noche los pies me estaban matando, así que no me quedaba otra que pedirle al taxista que me dejara

en la misma puerta de la agencia: no pensaba dar ni un paso más sobre ese instrumento de tortura. Mientras observaba como el taxímetro se disparaba mientras atravesaba la ciudad me propuse muy seriamente pedir en algún momento un aumento de sueldo. Pero el horno no estaba para bollos: no hasta que se resolviera el misterio del plagio. Me pregunté si Nacho habría hecho alguna averiguación durante su ausencia. Supuse que en pocos minutos saldría de dudas.

La penumbra y una temperatura que rozaba los cero grados me recibieron al abrirse las puertas del ascensor y aterrizar a esas horas intempestivas en

Whittaker & Phillips. Al dirigirme a mi escritorio distinguí la luz encendida en el área que ocupaba Rodrigo y en el despacho de Nacho. Noté cómo empezaba a sudar bajo el suéter de falsa cachemira, a pesar del frío. Pero no me puse a pensar en el hombre que era la causa de mis desvelos, porque algo me llamó al atención al aproximarme a mi mesa: mi ordenador estaba encendido y el monitor refulgía en la oscuridad. Qué raro... ¿lo habría encendido Rodrigo o alguien de su equipo, para buscar los documentos en los que yo había trabajado durante los últimos días y así ganar tiempo mientras llegaba? ¿Habría sido Nacho? Al plantarme frente a mi ordenador me volví a quedar helada a

medida que mis ojos se deslizaban sobre el monitor.

Allí había un correo electrónico redactado supuestamente con mi puño y letra, en el que me ponía en contacto con alguien de la empresa de Lejía Centella, ultimando lo que parecían los últimos detalles de un intercambio o venta de información. Recalco: yo nunca había redactado tal correo, por mucho que llevase mi firma, y aquella cuenta de correo tampoco me pertenecía. Retrocedí hasta llegar a todos los correos escritos en mi nombre así como a los del buzón de entrada, que se remontaban a varias semanas atrás, justo cuando había dado comienzo el proyecto

de la lejía Borreguito: se trataba de una serie de intercambios en los que yo (¡yo!) supuestamente vendía las ideas y proyectos de mi equipo a la competencia, por una cantidad muy jugosa que hizo que los ojos se me abrieran como platos. En otras palabras y por si no ha quedado claro: alguien me había cargado el muerto. Yo no había creado esa cuenta de correo a mi nombre, yo jamás había escrito esos correos con mi firma, yo no era responsable de aquella farsa, y sin embargo las pruebas recriminatorias estaban ahí, frente a mis perplejas narices. Una mente muy maquiavélica y muy perversa quería convertirme a toda costa en la única culpable del escándalo

que atravesaba Whittaker & Phillips. ¿Pero quién? Eso casi era lo de menos: lo importante era limpiar mi nombre cuanto antes. Presa de un terrible estupor, descolgué el teléfono para llamar a alguien. De nuevo la misma pregunta: ¿a quién? Lo ideal hubiera sido al Séptimo de Caballería, porque era yo ciertamente una damisela en apuros. Bromas aparte, las posibilidades eran bastante reducidas: podía marcar el número de Rodrigo (quien nada tenía que ver en todo aquel asunto) o de Nacho. Bien, pues llamaría a Nacho, no me quedaba otra. ¿Pero para qué? ¿Para ponerle en bandeja las pruebas que me inculpaban de lleno en aquel turbio asunto? Esa serie de

correos confirmarían las sospechas de Nacho hacia mi persona, sospechas que él ya tenía antes de contar con ninguna prueba en mi contra. Pero además había algo más... intenté aclarar mis ideas, mientras seguía como un pasmarote con el teléfono descolgado sin decidirme a marcar el número de mi jefe. Lo que me impedía hacerlo era un terrible presentimiento que se iba haciendo paso en mi mente confundida. Más que un presentimiento, una confirmación rotunda, que ya podía escuchar alta y clara, demasiado obvia como para intentar ignorarla: Nacho era el responsable de todo aquello. No podía ser de otra manera. Él el único de entre la lista de sospechosos que en ese

momento estaba presente en la agencia. Podía haberse deslizado sin problema hasta mi escritorio y haber usado mi ordenador a su antojo, habiendo quedado súbitamente interrumpida su tarea al oír mis pasos aproximándose desde el ascensor.

Antes de que fuera consciente de las desoladoras implicaciones de lo que acababa de deducir, escuché algo que me puso la carne de gallina: alguien se removió detrás del escritorio a mi derecha, delatando su presencia. Me puse en alerta y barajé la idea de utilizar el teléfono, que seguía empuñando, como arma arrojadiza. El escritorio en cuestión era el de Santiago, y fue este el

que por fin se reveló, saliendo de la penumbra.

-San-Santiago, ¿qué haces ahí metido? –la pregunta sobraba. Pero es que estaba hecha un mar de dudas. Santiago era la última persona que esperaba ver a esas horas en la agencia, y haciendo algo de naturaleza tan subrepticia.

-No, ¿qué haces tú aquí a estas horas?- aunque me estaba haciendo una pregunta, no esperaba respuesta alguna. Estaba rabioso, con el rostro entumecido y los puños crispados. No era el Santiago benévolo y reservado que yo conocía. El misterio estaba pues resuelto: Santiago era el responsable de todo. Una parte de mí misma sintió un

gran alivio al saber que Nacho era totalmente inocente, pero otra parte temblaba de miedo: estaba a solas con el enemigo. Un enemigo al que acababa de desenmascarar y que estaba de muy mala leche.

-Me llamaron para venir a trabajar – respondí con sinceridad, deseando que el leve temblor en la voz no delatara en miedo que sentía.- ¿Y tú? –tuve la temeridad de preguntar.

-María María, sabes perfectamente lo que estoy haciendo. Y me lo has arruinado todo al meter las narices donde no te llamaban.

-Santiago, es mi ordenador y todos esos correos están a mi nombre. Esto me involucra hasta las orejas.

-En efecto, y así tenía que haber seguido siendo, sin que tú te enteraras. ¡Joder! ¿Por qué has tenido que venir? ¡Mierda!

Santiago estaba perdiendo el control, y yo francamente no sabía qué hacer, como no fuera seguir haciéndolo hablar mientras intentaba ganar tiempo hasta que se me ocurriera algo.

-Pero Santiago, ¿por qué lo hiciste? Creía que estabas a gusto en el trabajo...

-Si llamas “a gusto” llevar aquí años metido, dejándome la piel en cada proyecto, y que nadie lo aprecie o te reconozca... Creo que el viejo de Whittaker ni siquiera sabe mi nombre. Y el chulo de Nacho, mientras tanto, es el

que se lleva siempre todos los laureles. Para todos solo soy el gordito tímido que escribe...

Quizá tuviera algo de razón en todo eso. Seguí dejándolo hablar, a ver si así se desahogaba y no las acababa pagando conmigo.

-Cuando los de Centella se pusieron en contacto conmigo, vi una oportunidad única de ganar más de lo que me iban a pagar aquí en todo un año, y así luego poder dejar este lugar apestoso con la cabeza bien alta...

Bien, pues hasta cierto punto podía comprender a Santiago y hasta ponerme en su lugar. Santiago cargaba con un trabajo pobremente remunerado y para

el que estaba sobradamente cualificado, y sobre todo, se encontraba en un lugar donde no hallaba el reconocimiento buscado por todo escritor, como sabía yo por propia experiencia. La aprobación, la admiración y el aplauso de un hipotético público eran también lo que yo misma anhelaba encontrar algún día. Eso no quitaba que lo que había hecho mi colega estaba pero que muy mal, atentaba contra toda ética y sobre todo, me salpicaba a mí de lleno, y eso sí que no podía ser. Me armé de valor:

-¿Y por qué yo? ¿Por qué tengo yo que pagar el pato?

Santiago prorrumpió en una cavernosa carcajada que me heló la sangre.

-Ay, qué inocente eres, María. Pues simplemente por eso mismo: eres la novata del grupo, la más fácil de engatusar y de hacer que cargue con el muerto. La cabeza de turco perfecta. Y no tienes nada que perder. No te preocupes: saldrás de aquí con la misma facilidad con la que entraste.

No me gustaba nada que Santiago utilizara el futuro con tal naturalidad, como dando por sentado que yo iba a aceptar la situación y quedarme con los brazos cruzados dejándole que me echara la culpa.

-No, Santiago, no puedo permitir que... -no llegué a terminar la frase.

-¿Qué pasa? ¿Qué te importa lo que tu queridito Nacho vaya a pensar de ti?

¿O es que quieres también dinero? Es eso, ¿no? Mira, te daré parte del pastel si es eso lo que quieres, pero más te vale quedarte con la boca cerrada.

-No –me salió un “no” muy poco convincente, pues estaba muerta de miedo. Y más al ver que Santiago había tomado una grapadora o algo similar de su escritorio (en todo caso, un objeto contundente) y se dirigía a mí en actitud amenazante.

-¿Que no? ¿que no?

Santiago se abalanzó sobre mí y yo me tiré al suelo, tras mi escritorio, y cerré los ojos sin poder de repente mover ni un músculo. Me limité a soltar un chillidito de colegiala y a esperar el golpe certero. Pero el golpe no llegó.

Sin a atreverme a abrir los ojos, escuché un estruendo y una serie de gruñidos ahogados.

Después, se hizo el silencio.

Dulce Navidad.

Sentí una mano sobre mi rostro: no era la manaza de Santiago intentando hacerme daño, sino unos dedos que se posaban delicadamente sobre mi mejilla en la forma de caricia reconfortante.

-¿Estás bien?

Era Nacho. Abrí los ojos: a pocos centímetros de mí el hombre de mis sueños me sonreía, pero su rostro mostraba preocupación. ¿Qué si estaba bien? Súbitamente estaba en la gloria.

-Sí, sí, no ha pasado nada, tranquilo
-aseguré, sonriendo como una boba.

Pero la alegría que sentía por volver a ver a Nacho y por haber sido rescatada del ataque de Santiago se disiparon como el humo en cuanto fui consciente de dónde me encontraba y de mi situación: en el ordenador seguían todos aquellos malditos correos incriminatorios, y por mucho que Santiago hubiera querido atizarme con una grapadora, podía alegar que había sido precisamente porque me había descubierto con las manos en la masa. Era su palabra contra la mía. Yo, como siempre, tenía todas las de perder. ¿Quién iba a creer en la novata de turno? Santiago sería encumbrado como el

héroe de Whittaker & Phillips y yo quedaría relegada a la ignominia y la vergüenza. Perra vida.

-Mira, Nacho, te juro por mi madre que yo no tengo nada que ver con esos correos y con...

-Shhh... -me silenció Nacho posando sus dedos sobre mis labios.- No metas a tu madre en todo esto.

-Pero...

-Pero nada. Todo está arreglado.

¿Qué? No entendía nada. Nacho me ayudó a incorporarme -los dos seguíamos en el suelo, tras mi escritorio, donde muy gustosamente habría seguido de ser otras mis circunstancias- y observé el panorama a mi alrededor:

Rodrigo, que era bastante más corpulento que Santiago, tenía a este inmovilizado sobre el suelo. Varios integrantes de su equipo y curiosos observaban la escena y hasta se atrevían a sacar fotos con el móvil. Mi ordenador, por supuesto, seguía encendido, con la serie de correos delatores frente a mis narices. Por fin Nacho me ofreció la explicación que tanto necesitaba:

-Has debido de pulsar el botón de marcado rápido en tu teléfono, me imagino, y me has llamado.

Miré hacia el teléfono, que seguía sobre mi escritorio. El auricular, aún desprendido, colgaba desde la mesa oscilándose ligeramente de un lado a

otro. En efecto, no recordaba haber pulsado ninguna tecla, pero mi estado de nerviosismo había sido tal que podría haber hecho cualquier cosa sin enterarme. Nacho prosiguió:

-Toda la conversación ha quedado grabada en mi contestador. Rodrigo y yo hemos entrado en mi oficina justo a tiempo para escuchar que algo andaba mal, y hemos llegado aquí a toda prisa.

-Y Nacho le ha hecho una llave karateca a este pobre, ¡zas!, tendrías que haberlo visto, parecía Bruce Lee.

Rodrigo reía satisfecho mientras que Santiago se removía inútilmente bajo su abrazo opresor. Nacho retomó la explicación:

-El caso es que aún no hemos

escuchado toda la conversación, pero creo que la cosa está bastante clara. Ya no tienes de qué preocuparte.

Noté como un gran peso se desprendía de mis hombros. Aunque me había puesto en peligro haciendo que a Santiago se le soltara la lengua, todas esas palabras habían quedado registradas y me habían salvado el pellejo. Volvía a contar con la confianza de Nacho, volvería a contar con el apoyo de todo mi equipo, y con algo más: por fin la admiración y el reconocimiento que tanto anhelaba. Pero eso ahora me importaba bien poco. Necesitaba descansar: un súbito agotamiento se había apoderado de todo

mi cuerpo, los pies me estaban matando y lo único que deseaba era desplomarme sobre mi cama y cerrar los ojos. Pero aún quedaba bastante noche por delante.

Por suerte, todo se sucedió a una velocidad vertiginosa: Nacho, Santiago, Rodrigo (que seguí a asiendo al anterior como una boa constrictor) y yo escuchamos íntegra la conversación grabada en el contestador de mi jefe. Aquello dejaba poco lugar para conjeturas. Santiago ni siquiera intentó defenderse y se limitó a barruntar un par de insultos y blasfemias. Se informó por teléfono al señor Whittaker de lo ocurrido: a esas horas dormía a pierna suelta como la mayoría de los mortales,

pero no le importó que lo despertaran pues la noticia no podía ser mejor. Me felicitó afectuosamente y me prometió que obtendría una compensación a la altura de las circunstancias. Asimismo me preguntó si quería presentar una denuncia contra Santiago por agresión, pero preferí dejarlo como estaba: lo que menos me apetecía era que se presentara la policía y comenzar el largo y penoso proceso de una denuncia. Además, Santiago ya tenía lo suyo: la vergüenza, la desaprobación, y claro está, el despido definitivo de la agencia en a que había trabajado tantos años. La verdad es que sentí pena por él.

Pero no estaba yo para

compadecerme de Santiago, sino de mis pies y de todo mi cuerpo aterido y al borde de la extenuación. Era ya de madrugada cuando todo quedó solucionado y Nacho se ofreció a llevarme a casa. Aunque estaba muerta, a mí me quedaba aún algo que hacer. La tarea más dura de todas, más que plantarle cara a Santiago: plantarle cara al mismo Nacho y confesarle toda la verdad. El coche, con Nacho al volante, atravesaba la ciudad desierta; tras la línea de edificios en el horizonte se deslumbraban las luces del alba. Deseé internamente que aquel fuera nuestro primer amanecer juntos, el primero de muchos otros que nos trajera el futuro, pero para eso tenía que contarle todo y

arriesgarme a ver qué pasaba después. Era ahora o nunca. Acomodada en el asiento del copiloto, sin zapatos y sintiendo el soporcillo reconfortante producto de la calefacción a tope, me armé de valor y me lancé a hablar.

-Nacho, ¿te acuerdas del vaso del Starbucks que guardas, el que tiene un número garabateado?

-Claro.

-Bueno, pues... lo escribí yo. Yo te di ese vaso.

Nacho no dijo ni *mú*. Colegí que necesitaba que me explayara en la explicación.

-Yo antes trabajaba en el Starbucks, el mismo al que tú vas cada día. Me gustabas, me gustabas mucho, pero tú

nunca te fijaste en mí. Así que el día en que me ofrecieron el puesto en la agencia, me armé de valor y te di mi número. Claro, yo no tenía ni idea de que ibas a ser mi jefe, te lo juro. El caso es que nunca me llamaste...

Nada, Nacho seguía como una tumba. ¿Se habría quedado mudo del asombro?

-Y bueno, pues eso. Mariola, el nombre en el vaso, soy yo. No me quedó otra que hacerme llamarme María en la agencia, una vez que me di cuenta de que eras mi jefe, para que no me reconocieras. Me habría muerto de vergüenza.

Aunque estaba muerta de vergüenza en ese momento. Nacho seguía sin

hablar y con la vista fija en la carretera, sin dignarse siquiera a mirarme. Tampoco me hizo preguntas, ni parecía contrariado o sorprendido. Yo no obstante, como estaba embalada, seguí dándole explicaciones hasta dejar dejar todos los cabos bien atados:

-También me cambié el número, el móvil. El que uso ahora es el de mi amiga Isa, por eso su madre llamó preguntando por ella cuando estábamos en el restaurante.

Bueno, pues ya estaba todo. Ahora, que sacara él sus propias conclusiones. Solo me quedaba una cosita más que añadir:

-Lo siento, lo siento mucho.

Perdóname por haberte mentido.

Y ya está. Ahora sí, me quedé sin palabras. Ya no había nada más que aceptar. Yo era Mariola, barista del Starbucks, amiga de mis amigos, atolondrada y feliz, al menos la mayor parte del tiempo. Nacho lo tomaba o lo dejaba, pero yo ya no iba a llevar jamás ninguna máscara. Llegamos a mi portal. Nacho se apeó conmigo. Llevaba mis zapatos en la mano. Lo cierto es que su mutismo y su actitud impertérrita me estaban exasperando. Creo que hubiera preferido que se pusiera hecho un obelisco en mitad de la acera a quedarse tan fresco como estaba, como si en vez de una confesión en toda regla sobre mi

verdadera identidad le hubiera hecho un comentario banal sobre el tiempo.

-¿No vas a decir nada? –pregunté al fin.

-No.

Y no, Nacho no habló. En lugar de eso me asió de la cintura y de la nuca, y aproximando su rostro al mío me dio un beso. Un beso apasionado y dulce, embriagador e interminable. En otras palabras, el mejor beso que me habían dado en mi vida. Poco me importó en ese momento que me hubiera perdido una fiesta, que me hubiera dejado el sueldo en la carrera del taxi, que tuviera los pies destrozados, que hubiera sido víctima de una conspiración y blanco

perfecto de una grapadora arrojadiza. Mi vida comenzaba y terminaba en los labios del hombre que me asía fuertemente, en ese beso que deseaba que no se acabara nunca.

-¿Y que más, qué más pasó?
¡Cuenta! ¡Cuenta!

Estaba con Isa, que se moría por saber los detalles más morbosos de la noche, mientras caminábamos por el departamento de vestidos de fiesta del Corte Inglés, intentando dar –hasta el momento, sin resultados– con el modelito perfecto para la fiesta de Navidad de la empresa.

-Pues nada más.

-¿No subió a tu casa? ¿No te

desgarró la ropa y te arrojó a la cama para hacerte suya por siempre jamás?

-Qué cosas tienes... pues no.

-Ay hija, qué chasco.

Y era la verdad. Aquel beso de película, como toda película, y como todo lo bueno en esta vida, había tocado a su fin tras unos minutos de puro éxtasis. Nacho solo había añadido un “hablaremos en la fiesta”, cargado de misterio, y se había alejado en su coche mientras despuntaban las luces del alba. Y a mí, sin saber por qué, me había embargado una sensación de vacío y de decepción, justo en el momento en que por fin había alcanzado todo lo que alguna vez había soñado. Esta última parte me guardé de confesársela a Isa,

no porque no confiara en ella, sino porque no confiaba ni en mí misma y no sabía cuál era la raíz de esos sentimientos tan contradictorios. Volvía a estar hecha un lío. Isa me sacó de mis cábalas:

-¿Qué te parece este?

Sostenía entre los brazos un precioso vestido largo, blanco, con un intrincado entramado de encajes e hilos plateados. El corte recordaba a los años veinte, con la cintura baja y una vertiginosa abertura en la espalda, que debía llegar más o menos hasta donde esta pierde su respetable nombre. Mi sentido práctico me llevó a buscar la etiqueta entre los pliegues de raso. Solté un grito:

-¿Pero te has vuelto loca? ¿Has visto lo que vale?

-Bah, tía, con tu sueldazo de ahora, esto no es nada.

Puede que Isa tuviera razón: después del enfrentamiento con Santiago y de que saliera a la luz toda la verdad, por fin me ofrecieron firmar el ansiado contrato como redactora a tiempo completo, y con un salario que no hubiera imaginado ni en mis mejores sueños. Pero lo mejor había sido el poder disfrutar de mis quince merecidos minutos de fama, de la admiración por parte de mi equipo y del agradecimiento personal del señor Whittaker. Bien pensado, me merecía un caprichito. Por haber trabajado

dejándome la piel desde el primer día que pisé la agencia y por el mal trago que pasé cuando Santiago estuvo a punto de atacarme, que aún me temblaban las rodillas solo de recordarlo.

-Bueno, me lo pruebo.

-Esa es mi Mariola.

Al mirarme en el espejo del probador apenas me lo podía creer: aquella era la transformación más espectacular que había visto en mi vida. Aquel vestido de ensueño incluso hacía palidecer a su lado al que me había regalado Nacho unas semana atrás. Los finísimos tirantes resaltaban la línea de los hombros, y la cintura del vestido, que se deslizaba suavemente hasta mis

caderas, me hacía parecer más estilizada. El color blanco contrastaba con todas las prendas negras que constituían mi uniforme en la oficina, haciéndome parecer una persona diferente. La tela del vestido caía en una cascada hasta el suelo, y era más larga en la parte posterior, donde además mi espalda quedaba prácticamente descubierta, dando un toque de lo más sensual en un vestido que de otra manera quizá hubiera resultado demasiado conservador. Di un grito de puro júbilo, olvidando de pronto el pastón que aquello representaba.

-¿Estás bien? –preguntó Isa, tras la puerta del probador.

-Mejor imposible –contesté

abriendo súbitamente la puerta, para lograr un efecto más dramático.

-¡La madre que te ...! –Isa, con la boca abierta, no pudo ni acabar el improperio.

-¿No parece un poco de novia?

-Mmm, un poco sí –concedió Isa, una vez repuesta de la impresión-, pero mejor, a ver si así Nacho pilla la indirecta.

-Qué tonta eres –reí feliz.

Tras pagar el desorbitado importe de mi vestido, le tocaba el turno a Isa. Ella también venía a la fiesta, como acompañante de Rubén. Me hacía mucha ilusión que al menos una de mi grupo de amigos pudiera compartir conmigo esa

noche que prometía de ser de ensueño. Nos llevó toda la tarde dar con el atuendo perfecto: después de haberme hecho con mi vestido, Isa quería estar a la altura y no se iba a conformar con cualquier cosa. Al final se decidió por un imponente vestido de negro de corte retro y una impresionante abertura lateral con el que se daba un aire a Rita Hayworth en *Gilda*. Estaba elegantísima, y era sin duda la elección adecuada, lo único es que juntas, una de negro y otra de blanco, íbamos a parecer una ficha de dominó. Isa le quitó importancia a mi observación:

-No seas tonta, si apenas vamos a parar juntas. Yo estaré con Rubén, y seguro que cuando te vea quién sabes

quién con ese vestido, no va a querer separarse de ti en toda la noche.

-Ya, seguro, no te digo...

Era la verdad: yo no lo tenía tan claro como Isa. En los días previos a la fiesta apenas había visto a Nacho, pues estábamos desbordados de trabajo sacando adelante una nueva campaña para Borreguito. En mi caso, además, y a la espera de que contratasen a alguien en el lugar de Santiago, tenía el doble de faena. Me cruzaba con Nacho en los pasillos, coincidíamos en la cocina o compartíamos la mesa de reuniones junto con otros tantos asignados al mismo proyecto. Cualquiera que fuera la situación (siempre breve y efímera),

nunca sabía lo que esperar del que seguía siendo mi feje: a veces creía percibir sus miradas de deseo, otras veces me observaba lleno de ternura, o se comportaba frío e indiferente, o me hacía partícipe de una amistosa complicidad. Nacho era más complicado que un cubo de Rubik con siete caras. Aunque lo que yo sentía hacia él no era más sencillo: recordando el beso en el portal me daban ganas de arrojarme a sus brazos, pero a los cinco minutos me entraba una extraña melancolía por algo más tierno, más de estar por casa, y entonces pensaba que no, que Nacho no tenía cabida en mi vida. En fin, que me debatía constantemente mientras trajinaba en mi

escritorio, en la fotocopidora, por los pasillo o incluso camino del baño. Recordaba entonces las palabras de Nacho, “hablaremos en la fiesta”, y me tranquilizaba pensando que llegado ese momento sabría por fin a qué atenerme, cuáles podían ser mis expectativas y cuáles eran mis sentimientos verdaderos hacia esa persona que para mí seguía siendo un enigma.

Menos mal que no todo en la agencia era tan complicado. Allí estaba Cris, para recordarme felizmente que la vida era de color rosa y tan sencilla como uno mismo quisiera que fuera. Su única preocupación durante esos días era la fiesta de Navidad, el acontecimiento

más esperado del año, que la tenía en un permanente estado de nerviosismo y agitación mayor que cualquier campaña realizada hasta la fecha en la agencia. En varias ocasiones la sorprendí buscando en Internet zapatos de fiesta o peinados para la ocasión, y cada cuarto de hora intentaba presionarme para que le diera detalles sobre mi vestido, información que me había propuesto guardar en secreto, solo para hacerla sufrir y divertirme a su costa.

-¿Pero es corto o largo? Anda, al menos dime solo eso.

-Es corto tirando a largo. Bueno, en realidad es largo, pero corto por abajo.

-Vete a la mierda.

Y a los pocos minutos, volvía al

ataque:

-Aunque sea el color, dime el color, que no te cuesta nada.

-Naranja fosforito.

-Venga ya.

-Azul butano.

-Eso no existe.

-Rosa celúreo.

-¡Arrrrrggg!

Menos mal que llegó el día de la fiesta navideña porque Cris no podía permanecer en aquel permanente estado de ansiedad por mucho más tiempo. A decir verdad yo también estaba nerviosa, e Isa, que llegó a mi casa a media tarde, tampoco se libraba de lo que parecía una epidemia. Así de tontas

podíamos llegar a ser a veces. Isa y yo fuimos a una peluquería de mi barrio para que nos peinaran y maquillaran: Sole no estaba disponible aquella tarde y a decir verdad, no queríamos arriesgarnos a que el resultado en sus manos fuera demasiado teatral y llamativo, con la Sole nunca se sabía. Ambas describimos a la peluquera nuestros vestidos para que tanto el peinado como el maquillaje fueran acordes con nuestra indumentaria. Así, a Isa le dejaron una sugerente melena con raya ladeada, que caía en suaves ondas hasta los hombros (muy de los años 50), mientras que a mí me hicieron un delicado recogido en la nuca adornado con un pasador de filigranas: el

resultado, al igual que mi vestido, evocaba los felices años 20. A Isa le pintaron los labios de carmín oscuro y le aplicaron una felina línea negra sobre el párpado superior; por el contrario, mi maquillaje era más discreto y femenino, en tonos rosas y violáceos. Aunque esté mal decirlo, estábamos despampanantes, y eso que aún íbamos en vaqueros. A toda prisa regresamos a mi casa cuidando de que con el trote no se nos echara a perder el peinado, y una vez allí nos cambiamos con el tiempo justo. Hacía frío pero íbamos preparadas: Sole había rescatado de entre bambalinas una estola blanca de marta cibelina que según ella había pertenecido décadas atrás a una famosa

cupletista: más me valía tratarla como oro en paño porque aquello era una auténtica pieza de museo. Isa, por su parte, iba cubierta hasta los pies con su sobrio abrigo negro. Decidimos tomar un taxi: no era cuestión de pasearse de tal facha por las calles (ya solo hasta que detuvimos el taxi frente a mi portal habíamos sido objeto de unas cuantas miradas de soslayo por parte de los transeúntes curiosos). Menos mal que el trayecto en taxi duraba solo unos minutos porque entre la sesión de peluquería, vestidos y complementos nos habíamos dejado ambas un ojo de la cara.

Y así llegamos al hotel: Rubén nos

esperaba a pie de la imponente escalinata que conducía a la puerta principal. Alabó el aspecto de su novia aunque él tampoco se había quedado atrás: iba impecablemente trajeado y estaba más elegante que nunca. Qué buena pareja hacían: viéndolos juntos, tan entusiasmados como dos adolescentes a punto de entrar a la fiesta de fin de curso, sentí una punzadita de celos por algo que yo quizá nunca llegaría a tener. Me traicioné a mí misma y pensé en Alfredo, recordándolo tal y como lo había visto el último día en el parque. En esa instantánea congelada en el tiempo, Alfredo, arrebolado en su bufanda gris, era la estampa perfecta de un poeta bohemio

atormentado. Pero en ese momento el Alfredo de verdad, y no el de mis recuerdos, estaría ya en el aeropuerto, a punto de embarcar en el avión que supondría para él una nueva vida y para mí un adiós definitivo. Pero no me podía dar el lujo de distraerme con pensamientos melancólicos: yo estaba ahí, en la fiesta del año, Alfredo estaba a kilómetros de distancia y en breves estaría más lejos todavía. Yo tenía una noche, una vida por delante, y si todo salía bien había elegido ya con quien compartirla.

Nos adentramos en la sala que había sido acondicionada para la fiesta, un enorme recibidor que daba paso a otro

salón donde en un rato se serviría la cena. Una araña de cristal desproporcionada colgaba del techo y confería un aire de glamour decadente a aquel espacio legendario donde habían tenido lugar otras tantas celebraciones a lo largo de las décadas. Parecía el decorado de un cuento de hadas, un cuento en el que lo único que faltaba para alcanzar la perfección era mi príncipe azul: entre la multitud no se veía a Nacho por ningún sitio. Tomamos las copas de champán que nos ofreció un solícito camarero nada más entrar y brindamos felices por la noche que nos esperaba. Al momento una figura ataviada con un tutú violeta se acercó trotando desde el otro lado del salón.

Era Cris: imposible que pasara desapercibida, pues había elegido el atuendo más llamativo de entre todos los que allí nos congregábamos.

-¡Chicooos! ¡Pero que guapísimos estáis! ¡María, pareces una estrella de cine! Ay, espera a que te vea Nacho...

-¿Está aquí? –no me pude contener.

-No lo he visto aún, se habrá retrasado. Pero no te preocupes, que llegará seguro.

Recé internamente para que tuviera razón. Me dolía reconocerlo, pero todo aquel esfuerzo por estar deslumbrante aquella noche lo había hecho teniendo en la mente el impacto que iba a causar en el hombre a quien más deseaba

impresionar. Pero los minutos pasaban y Nacho no daba señales de vida. ¿Y si le habían salido otros planes? Con él nunca se sabía, Nacho era más impredecible que el pronóstico meteorológico en el Caribe en temporada de huracanes. Y yo odiaba con todas mis fuerzas estar siempre pendiente de ver por dónde soplaba el viento, valga la redundancia. Al final, tras unas cuantas copas de champán, unos cuantos canapés exquisitos, y los cometarios frívolos de rigor sobre cómo iba vestida fulanita o menganita, fuimos conducidos al comedor. Buscamos la mesa que nos había sido asignada: nuestros nombres estaban primorosamente escritos en unas tarjetitas sobre los platos de cada

comensal. En torno a la misma mesa nos sentaríamos los integrantes de mi equipo y sus respectivos acompañantes. Pero frente a mí, el puesto de Nacho seguía dolorosamente vacío. Así que allí estaba yo: de punta en blanco, llevándome con desgana el tenedor a la boca sin llegar a saborear la ensalada que los camareros acababan de servir como entrante, sin escuchar la animada conversación que mantenían mis amigos, y sin quitar la vista de la puerta que daba paso al comedor.

Antes de que llegara el primer plato se dio por fin el milagro que tanto ansiaba: distinguí a Nacho bajo el arco de entrada, hablando con un camarero

que le señalaba nuestra mesa. Me vio y esboqué una sonrisa intentando disimular los nervios. Pero Nacho no sonrió. Muy al contrario, su semblante, serio como no lo había visto hasta entonces, se me antojó de pronto más pálido que el papel. Inmediatamente supe la razón: de su brazo colgaba otra persona que hasta entonces había quedado oculta por el tabique de la entrada. Era la vampiresa, más vampiresa que nunca, aferrada a Nacho, paseándose ufana como una leona que acabara de atrapar a su almuerzo, acaparando a su paso la atención de los comensales. Rompiéndome el corazón.

-No puede ser -escuché a Isa a mi lado, en un susurro.

-¡Pero cómo se atreve! –era Cris, en un tono audible por todos los de mi mesa.

Per sí podía ser, y sí, Nacho se había atrevido a lo impensable. No sabía sus motivos o las circunstancias, pero estaba claro que Nacho, a quien yo había colocado en un pedestal, era capaz de cualquier cosa. Llevarme a la gloria o destrozarme el alma, y hacerlo para más inri a la vista de todos, para mi vergüenza. La pareja se recién llegados se desplazó hacia nuestra mesa. Notaba cómo Nacho me miraba fijamente, quizá buscando disculparse, pero yo no tuve fuerzas para seguir mirando. Bajé la vista hacia mi plato mientras notaba que

me sonrojaba como la grana. Nunca como antes deseé con más fuerza aquello de “¡tierra, trágame!” que Nacho me había hecho anhelar tantas veces. Mientras un camarero acomodaba una silla extra para la invitada inesperada, y todos nos apretábamos un poco más en torno a la mesa, escuché que Isa me susurraba un “no sabía nada, te lo juro”, que pese a su buena intención no logró mitigar mi dolor. El daño ya estaba hecho, y la noche en que había puesto tanta ilusión y tanto esfuerzo, echada a perder para siempre.

La cena transcurrió lenta y exasperante. Apenas probé bocado; dadas las circunstancias se me había

quitado el apetito. El ambiente no podía ser más tenso; no solo era yo, también mis amigos se sentían incómodos con la situación, aunque me era difícil saberlo puesto que apenas levantaba la mirada del plato. Temía encontrarme con los ojos azules grisáceos y salir fulminada una vez más. La única que parloteaba alegremente era Graciela, haciendo comentarios triviales y francamente estúpidos sobre la calidad de la comida (al parecer, no estaba a su altura), la decoración (no era de su gusto) o la música ambiente (nunca hubiera sido la de su elección). Gracias a Dios aquello llegó a su fin: tras el postre, los invitados comenzaron a animarse y a regresar a la sala donde anteriormente

se habían servido los canapés: las luces de la araña se habían atenuado y todo estaba acondicionado para que diera comienzo el baile. Me dejé arrastrar por mis amigos, especialmente por Yolanda, que quién lo hubiera dicho, me sirvió entonces del mayor apoyo. A pesar de ser la mejor amiga de Nacho, en esta situación estaba claramente de mi parte. Sacudiéndome de los hombros me dijo lo que opinaba:

-No te tortures más, no merece la pena. Tú vales mucho más que eso. Demuéstralo.

Sabía que en fondo tenía razón. Pero una cosa era saberlo y otra muy diferente era actuar en consecuencia: de

buena gana hubiera regresado pitando a mi casita para meterme en la cama y ahogar mis lágrimas con la almohada. Mis amigos no me dejaron. Me rodearon en la pista de baile, flanqueándome el paso, y no me dejaron en paz hasta que di señas de moverme al ritmo de la música como solo yo sabía hacerlo. Al rato comencé a sentirme mejor: Nacho había desaparecido una vez más, yo estaba con mis amigos, y el DJ pinchaba mis temas favoritos como si me hubiera leído la mente. A medida que me dejaba llevar por la música, los cócteles y la noche, pensé que sería como el Ave Fénix: una vez resurgiría de mis cenizas (las cenizas que había causado Nacho, arrasándolo todo). Quizá no fuera esa

noche ni a la siguiente, pero tarde o temprano y con la ayuda de los que me querían volvería a ser la Mariola de siempre.

Noté que alguien me asía del codo y me apartaba de la pista de baile. Era Nacho. Su tacto me quemó y me desembaracé de su gesto de malas maneras.

-¿Dónde está... tu amiga? –no encontraba un término más adecuado.

-Le he pedido que se fuera. Más bien la he obligado. Mariola, no es lo que estás pensando.

No daba crédito a lo que oía: Nacho estaba utilizando la frase más cliché de

todas, una expresión típica y manida en miles de películas que a parecer era de uso corriente entre los hombres. Rectifico: no entre todos los hombres, solo entre aquellos de la peor calaña. Respondí con otra frase de lo más trillada:

-¿Y qué estoy pensando, si se puede saber?

-Por favor, créeme: Graciela se debió de enterar de lo de la fiesta y se presentó en mi casa, arreglada y todo, y no supe decirle que no.

-Pues hubiera sido muy sencillo: ene-o, “no” –Nacho obvió mi cinismo y se quedé callado. Pero ahora era a mí a la que súbitamente se le había soltado la lengua.

-¿Sabes qué? El otro día, antes de contártelo todo y decirte la verdad, me sentía fatal por haber estado tanto tiempo engañándote. Y tenía miedo de que la sorpresa que iba a darte fuera demasiado para ti. Y sin embargo, tú eres siempre el que tiene la última palabra: tú eres el que me engaña, el que me oculta algo y me miente, tú eres quien no deja de sorprenderme, pero no precisamente para bien –me quedé sin aliento.

-Mariola, por favor, déjame que te explique.

De repente me sentí sin fuerzas. No sabía si era por el baile, por el cúmulo de emociones sentidas en pocos minutos o por haberle soltado ese parrafón a

Nacho sin que nadie me lo hubiera pedido. Así que accedí. Ya no tenía nada más que perder. Lo escucharía y después me olvidaría de él y de todo.

Nacho me pasó el brazo sobre los hombros ante la atenta mirada de mis amigos, y me arrastró hacia el comedor, ahora vacío y en penumbra. Me ofreció una silla y yo me acomodé sumisamente.

-Aún tenemos una conversación pendiente.

-Pues tú dirás —era cierto. La conversación que había esperado con ansiedad e ilusión (en mi imaginación, Nacho me confesaría su amor eterno y por encima de cualquier cosa), y que ahora francamente me importaba un pimiento.

-Lo he sabido siempre, desde el principio.

-¿El qué? –la verdad, no entendía a qué se refería.

-Que eras Mariola. La chica del Starbucks. La que me dio su número de teléfono.

Me quedé de piedra. Aquella frase hizo que, ahora sí, aguzara los oídos y le prestara a Nacho toda mi atención.

-Me gustabas desde hacía tiempo, ya no recuerdo ni cuánto. ¿Por qué te crees que iba siempre, cada mañana, al mismo Starbucks? La razón eras solamente tú. Me encantaba cómo me mirabas de reojo, tímidamente, por debajo de la gorra. ¿Es que crees que no me daba

cuenta? Pero yo estaba con Graciela. Me tenía que conformar con mirarte yo también disimuladamente cada vez que me hacías el café, sin que se me notara lo que sentía por ti. Pero las cosas me iban fatal con Graciela. No sabes por lo que me pasé con ella. Me tenía que armar de valor y dejarla. ¿Sabes qué fue lo que por fin me hizo decidirme? –yo negué con la cabeza.

-Tu número en el vaso de café, Mariola. Saber que tú sentías lo mismo que yo. Así que corté con Graciela. Ese mismo día. Ya era libre de acercarme a ti sin sentirme culpable.

Estaba muda. El relato de Nacho parecía inaudito. Si en ese momento me

hubieran dicho que había una invasión alienígena a las puertas del hotel, me hubiera parecido la cosa más natural del mundo en comparación con lo que estaba oyendo. Nacho prosiguió, pues aún quedaba mucho:

-Te fui a buscar al Starbucks durante varios días, pero ya no te encontré. Tampoco me atrevía a preguntarle al chico de los pelos de colores. Richi, ¿no? –asentí, de nuevo sin abrir los labios.

-Así que me decidí a llamarte por teléfono, para algo tenía tu número. Y el mismo día en que iba a hacerlo, lo creas o no, te presentaste en la agencia como la nueva redactora, y con un nombre diferente. ¿Te imaginas la sorpresa que

me llevé? Pero la verdad es que eso me descolocó y no supe qué pensar. ¿Y si eras, no sé, una acosadora o una psicópata? Ya sé, me estoy pasando, pero cosas más raras se han visto. El caso es que no sabía que te proponías con aquel engaño, pero me atraías, y cada vez más, como creo que te demostré en un par de ocasiones.

Me ruboricé pensando en nuestro primer encuentro en la cocina, y poco después en la noche de Halloween. Nacho sonrió al verme colorada, pero siguió hablando:

-El caso es que no pude evitarlo: comencé a dudar de ti. Quizá pequé de desconfiado, pero ten en cuenta de dónde venía: de una relación en que el

engaño y la mentira eran las monedas de cambio. No quería meterme de cabeza en una situación similar, así que dejé que el tiempo fuera pasando, a ver qué sucedía. Ahora podrás comprender mis constantes cambios de humor: me frustraba el que me gustaras tanto pero que a la vez me estuvieras mintiendo. Hice lo posible para que confesaras, dándote un millón de oportunidades: te presioné en la cocina, te pedí tu número de teléfono con la excusa de que la presentación se había adelantado y que quizá te tuviera que llamar de urgencia, y cuando pasó lo del plagio incluso te pregunté directamente si estabas siendo sincera en todo y si me estabas ocultando algo... pero nada, no conseguí

que confesaras. A la vez, no podía arriesgarme a que Alfredo te alejara de mí. Intenté por todos los medios retenerte a mi lado: te di un discurso estúpido sobre las relaciones laborales, por ejemplo, pero después cambié de táctica (verte con él en la joyería me abrió los ojos) y fui todo lo atento y caballeroso que podía ser, deslumbrándote con lujos e invitándote a cenar... aún así no me abrí del todo a ti ni me sinceré comunicándote lo que sentía, todavía no, no hasta que tú no lo hicieras.

Asentí, sin abrir la boca. Recordé todos los episodios que Nacho relataba y vi cómo ahora las piezas encajaban en

su lugar y todo cobraba sentido. Lo que no le dije a Nacho fue que, de todas esas facetas de su personalidad que me había mostrado a lo largo de los meses (el Nacho furibundo y apasionado, el frío y despectivo, el caballero galante, etc.) la que yo prefería, la que de verdad me había encandilado, era la del hombre sencillo, apacible, y honesto que había demostrado ser cuando nos invitó a todos a almorzar en el restaurante italiano. ¿Dónde estaba ese Nacho? ¿Existía realmente o era un producto de mi imaginación y una proyección de mi anhelo? Ese era el Nacho con el que yo quería estar. Un Nacho que, ahora que lo pensaba, se parecía mucho a Alfredo. ¡Horror! ¡Yo pensando en

Alfredo! Me desembaracé de esos pensamientos traicioneros y sin abrir la boca, me limité a dejar continuar a Nacho.

-Para colmo de males pasó lo de Borreguito. Unas pocas indagaciones iniciales te señalaban como la primera sospechosa: Santiago había estado redactando esos correos con una cuenta falsa y a tu nombre casi desde el inicio de la campaña, pero claro, imposible saber que era él el responsable y no tú. Por si acaso no comenté mis averiguaciones con el señor Whittaker, pues él te hubiera despedido sin esperar más confirmaciones. Yo aún quería darte un voto de confianza y seguir

investigando más. Por eso viajé para entrevistarme con los de lejía Centella y con la agencia publicitaria responsable de la campaña, pero todo resultó infructuoso. Por supuesto no iban a desvelar la fuente de su información como cualquier cosa. Y yo no podía darte mi voto de confianza y entregarte mi corazón hasta que no estuviera seguro de toda la verdad. Y en fin, lo demás ya lo sabes... se descubrió al culpable del plagio, y por si fuera poco tú misma y sin que yo interviniera me confesaste quién eras realmente.

Nacho por fin guardó silencio. Pero inmediatamente adoptó una expresión más seria y tomó mi barbilla entre sus

dedos, obligándome a mirarle directamente a los ojos:

-Lo que quiero decir es que ya no queda nada pendiente, Mariola. Ni mentiras, ni secretos, ni misterios que nos alejen. Ya no hay nada que me impida estar contigo. Por favor, acéptame y dime que sí. Comencemos juntos de cero, en este mismo momento.

Esas bellas palabras en otro momento me habrían derretido haciéndome caer en los brazos de Nacho, pero no podía olvidar que acababa de ver a ese mismo Nacho del brazo de otra mujer, hacía apenas unos minutos.

-¿Y Graciela?

-Te he dicho que no significa nada en absoluto. Créeme, por favor.

Y quería creerle. Quería, con toda el alma, pero no podía. El hecho de que estuviera o no con Graciela era lo de menos. Llegados a ese momento el cúmulo de desconfianzas, medias verdades y cosas ocultas (debo de reconocer, por parte de los dos), había sido tal que yo no podía hacer como Nacho y dar carpetazo al asunto como si tal cosa. Al contrario, algo había quedado roto irremediablemente y para siempre. Tuve la misma sensación que experimenté en mi oficina, cuando asida del teléfono, algo me agarrotaba y me impedía marcar el número de Nacho.

Algo dentro de mí seguiría desconfiando de él quién sabe en cuántas ocasiones más, y quizá para siempre. Y yo no era esa persona. La Mariola que todos conocían confiaba de pleno en la gente y en trascurrir de la vida, era optimista a rabiar y abría su corazón y su alma a quien se encontrara en el camino. Y yo no era, nunca había sido, esa persona al lado de Nacho.

Miré a mi alrededor y observé distraídamente el ambiente recargado y la decoración opulenta y profusa. Esa era la tercera vez en muy poco tiempo que me encontraba en un entorno como aquel, rodeada de lujos y exquisiteces, un lugar que tampoco me pertenecía.

Definitivamente había cubierto mi cupo de ostentación por una buena temporada. Eché de menos la pureza de lo sencillo, la honestidad de la gente que me importaba, la franqueza de las palabras de aquellos que me querían, y la humildad de un gesto tan simple como, por ejemplo, tomar las manos ateridas de la persona amada en invierno y frotarlas para que entren en calor. Esa imagen, nítida y contundente, me golpeó sin esperarlo y me sacudió hasta las entrañas. Fue tal su fuerza que me levanté de la silla donde estaba y me despedí precipitadamente de Nacho, sin esperar su respuesta.

No me despedí ni de mis amigos. No

tenía tiempo. Recogí mi bolso y la estola, y salí corriendo del hotel. Al llegar a pie de la escalinata de entrada, me volví por última vez y distinguí a Nacho, que seguía en lo alto, pero no me siguió. Era la estampa de un príncipe azul a quien había dejado más colgado que un pino. Inmediatamente paré un taxi:

-Al aeropuerto.

Había alguien que había creído en mí sin apenas conocerme. Alguien que me había prestado su apoyo incondicional desde el principio. Alguien que no había echado mano de retorcidas prácticas de persuasión, alguien que jamás me había mentado.

Alguien, en definitiva, que me había querido tal y como soy. Y ese alguien no era Nacho.

Llegué al mostrador de Lufthansa sin aliento. Por suerte no había cola, pero aquello no era buena señal: todos los pasajeros del vuelo a Berlín, con salida inmediata, ya estaban en la sala de embarque. Un amable azafato con marcado acento alemán me atendió de inmediato, no sin antes fijarse en lo curioso de mi atuendo. La profesionalidad le impidió hacer ningún comentario al respecto y se limitó a tratarme como uno más de los pasajeros:

-Su billete, por favor. ¿No factura ninguna maleta hoy?

-No, no... no tengo billete.

-Oh. Aún quedan plazas libres en el vuelo que está a punto de despegar. Solo en primera clase.

Debió de imaginar que, debido a lo ostentoso de mi atuendo, aquello no debía de ser ningún problema para mí. Pero nada más lejos de la realidad. No estaba yo para comprar billetes.

-Mire, lo que necesito es que me confirme por favor si un pasajero en concreto ha embarcado ya en el avión. Quizá podría llamarlo. Se llama Alfre...

Pero el amable azafato, que en eso momento dejó de serlo, me cortó en seco y me respondió de manera adusta:

-Señorita, eso es información confidencial. No podemos desvelar los

datos de los pasajeros, a no ser que se trate de familia inmediata. ¿Es usted un familiar?

-Yo... no –podría haber urdido una mentira de las mías, pero la verdad es que me había pillado desprevenida.

-Pues entonces lo siento. Y ahora, si no va a comprar un billete y si me permite...

El azafato se retiró del mostrador y ya que no había más clientes a la vista se puso a hacer otras cosas. Barajé la posibilidad de colarme ahora que la guardia estaba baja y avanzar corriendo por el aeropuerto, pero aquello era una misión suicida e imposible: sin billete ni pasaporte no tardarían en detenerme en el próximo control de seguridad y

ponerme de vuelta por donde había venido (quizá hasta escoltada por la policía y con grilletes, una estampa que no conjuntaba nada con el modelito que llevaba). Fue pasando el tiempo mientras me desesperaba y observaba mis pocas posibilidades de éxito. Los minutos se deslizaban: en muy poco rato el avión de Alfredo surcaría las alturas. Yo también me había alejado del mostrador mientras pensaba qué más podía hacer. Entonces una azafata que hasta entonces no había visto relevó al arisco alemán que me había atendido antes. No me lo pensé dos veces: de una enorme maceta que decoraba la sala de espera agarré un manojito de flores de tela y me acerqué con paso decidido al

mostrador. Dispuesta a ir a por todas. A interpretar el papel de mi vida. Aquella iba a ser la mentira más gorda de todas: me juré a mí misma que sería la última.

-¿En qué la puedo ayudar?

-Verá, necesito que me diga si un pasajero ha abordado ya el avión, y en ese caso que lo llame –estuve tentada de añadir “es cuestión de vida o muerte”; ya puestos, me hubiera encantado.

-No podemos dar información confidencial a no ser que se trate de...

-De familia, ya lo sé –fue en ese preciso momento cuando adopté mi papel y me puse de lo más dramática. Agité las flores sobre mi cabeza:

-Soy su prometida, ¡su prometida! Y

me ha dejado plantada en el altar, ¡aaarrrrgg! –me desplomé sobre el mostrador y fingí llorar a moco tendido. Agradecí como nunca la elección de mi vestido y las horas muertas que había pasado observado a los actores junto a Sole: sin ambas cosas la representación de aquel papelón me habría sido imposible. Unos cuantos curiosos, atraídos por mis gritos y por mis espasmos, se habían acercado también al mostrador y conjeturaban en cuchicheos lo que estaba pasando.

-¡Pero qué sinvergüenza! ¡Creía que esas cosas solo pasaban en las películas! –la indignada azafata me comprendía a la perfección.

-Pues ya ve, real como la vida

misma –asentí, asegurándome de que me pasaba la mano por los ojos para correrme el rímel y conseguir un efecto más devastador-. Si tan solo alguien pudiera ayudarme...-me volví, ya puestos, hacia mi audiencia, como había visto hacer en el teatro. Los curiosos, incrédulos, observaban mi vestido, las flores, el rímel corrido, y vi la pena, la compasión y la empatía en sus rostros. En otras palabras, lo estaba haciendo genial.

-Faltaba más –la azafata, conmovida hasta las lágrimas, había mordido el anzuelo y tecleaba algo en el ordenador a toda prisa-. ¿Y cómo dice que se llama ese desgrac... digo, su prometido?

-Se llama Alf...

-No hará falta –una voz grave a mis espaldas me cortó en seco y me obligó a girarme.

Allí estaba él. Era Alfredo. Con una maleta en la mano y cara de no estar entendiendo nada. Sentí un inmenso alivio y una infinita alegría.

-¿Qué... qué haces aquí? –pregunté asombrada.

-Se me ha hecho tarde. ¿Y tú? – Alfredo me miraba incrédulo a mí, y miraba el vestido, las flores, el maquillaje corrido y mi gesto descompuesto, sin llegar a atar cabos. Recordé que con mi relato lo había dejado en muy mal lugar delante de mi improvisada audiencia, y pensé que lo

mejor sería alejarse de allí cuanto antes antes de que lo lincharan. Dándole la espalda a la azafata lo tomé del brazo y le susurré en broma:

-Shhh... he venido a rescatarte: esa mujer me ha confesado que es una terrorista y ha puesto una bomba en el avión a Berlín.

Alfredo, que no era tonto, al fin lo compendió todo, sobre todo al ver el gesto de pocos amigos de la azafata y del resto de pasajeros, que no abandonarían la escena hasta quedar satisfechos. Tomándome por sorpresa, Alfredo me alzó en brazos y se dirigió a la salida, no sin antes satisfacer a nuestro público:

-¡He cambiado de opinión! ¡Me caso

con ella! –declaró a todo pulmón, mientras abandonábamos la sala y tanto las azafatas como los pasajeros que quedaban en ella prorrumpían en vítores y aplausos.

Una vez en la calle me sinceré con Alfredo. Mi explicación sobre los hechos de esa noche, sobre mis reflexiones, y mi petición de que se quedara a mi lado, no se prolongaron demasiado. Alfredo no necesitaba mucho más. Un “sí” mío era suficiente para hacerlo cambiar de planes, sin preguntas ni condiciones. Lo que no esperaba es que con mi relato del episodio del aeropuerto prorrumpiera en carcajadas y entre lágrimas solo pudiera

decir aquel “Mariola de va de la bola” que hacía tiempo no escuchaba. Definitivamente, me sentía en casa. Mientras esperábamos a un taxi que nos llevara de vuelta a la ciudad, Alfredo, más calmado pero sin dejar de sonreír, solo añadió:

-Menos mal que lo de que vas vestida de novia era broma.

-¿Ah sí? ¿Por qué?

-Porque no hubiera tenido más remedio que llevarte corriendo al altar ahora mismo.

Ahora vivo –vivimos- en Berlín. Alfredo se marchó unas semanas antes

que yo pues no podía aplazar por más tiempo la toma de su puesto, y luego yo lo seguí, dejando todo atrás. Bueno, o casi. De mis amigos no me iba a librar tan fácilmente.

Nuestro piso está en Prenzlauer Berg, una de las zonas más bohemias de la ciudad, que me recuerda mucho a mi antiguo barrio. Así que me siento prácticamente en casa. Hemos alquilado un apartamento pequeño pero coqueto y muy acogedor, suficiente para los tres. Sí, he dicho “tres”, y no, ni hemos tenido un niño ni estoy embarazada. Se trata del bóxer de Alfredo, “Panzón”, que ahora es mi mejor amigo (espero que no se entere Isa) y con el que paso muchas horas. Nuestro pequeño piso cuenta con

una enorme terraza llena de tiestos que no tiene nada que envidiar a la de Richi. Él mismo estuvo de acuerdo: desde que estamos aquí ha venido ya tres veces a verme. Él y todos los demás. No los podría perder de vista ni aunque me mudara de continente, ni yo querría hacerlo. También Cris y Yolanda nos visitaron en cuanto pudieron pedirse una semana de vacaciones en el trabajo. Les gustó tanto el ambiente liberal y decadente de esta ciudad que están considerando muy seriamente mudarse. A Alfredo le va muy bien en el trabajo: es director de marketing de una empresa española de jabones de baño y productos de tocador con sucursal en Alemania. Gracias a él nuestro piso,

Panzón y yo olemos siempre de maravilla. Nuestra vida aquí es de lo más tranquila: cuando Alfredo regresa del trabajo salimos a dar un paseo, a tomar algo o a cenar en cualquiera de los locales y restaurantes que están animados a cualquier hora y en cualquier estación. Mi vida, en realidad, no ha cambiado mucho de la que tenía hace unos meses. Pero sí siento una tranquilidad y una paz que hasta ahora no había experimentado. Quizá sea lo que llaman madurez emocional, pero yo creo que es más bien el sosiego que otorga el saber que se están haciendo bien las cosas, que estoy en buen camino, que cuento con el apoyo de la persona amada. Por no hablar de que ya

no necesito vivir con una máscara o maquinar nuevas mentiras cada dos por tres. También yo he encontrado trabajo: vuelvo a mis raíces y sirvo capuchinos y macchiatos en una cafetería, al menos hasta que aprenda algo de alemán y pueda encontrar otra cosa. Lo bueno de volver a trabajar en una cafetería es que por fin tengo tiempo de retomar mis cuentos y mis escritos, que comparto con mis amigos, y con todo el que quiera leerlos, en un blog. Tengo muchísimos lectores, y eso ha vuelto a alimentar mi antiguo sueño de ser escritora, quién sabe... si algo aprendí durante los meses pasados, es que todo es posible. Aunque la verdad, moverme entre la máquina del expreso y el mostrador, de

momento, no me disgusta para nada. Eso sí: me cuido mucho de no volver a dar mi número de teléfono a extraños. ¡Eso ni loca!

Fin

Esta novela se acabó de escribir el 18 de noviembre de 2015.

Sobre la autora

Una cosa es cierta: Martina Minkoff es una mentirosa compulsiva. Al menos, ha sabido hacer del embuste y la patraña un arte y una forma de vida. Al igual que la protagonista de esta novela, Martina Minkoff se dedica a la publicidad, la profesión más engañosa de todas, y en sus ratos libres escribe libros en los que la realidad, la biografía y la ficción se mezclan a partes iguales. Puestos a mentir, Martina Minkoff ni siquiera es un nombre real. ¿Quién se esconde tras este seudónimo?

¡Gracias por comprar este libro! Tu lectura es lo que me ayuda a seguir escribiendo. Si te ha gustado *¡Tierra trágame!*, por favor recomiéndalo a tus amigos y conocidos. Y si tienes preguntas, sugerencias o comentarios, puedes mandarme un correo a : MartinaMinkoff@gmail.com. La autora se compromete a responder de la manera más sincera posible.